



HARLEQUIN™

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

INTENSE

ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Lisa Childs
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Atracción legal, n.º 11 - febrero 2019
Título original: Legal Attraction
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-515-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

«¡Condenación!».

Ronan Hall la veía en todas partes. Porque Muriel Sanz estaba en todas partes: en todas las vallas publicitarias de Times Square y en la portada de todas las revistas de todos los kioscos de la ciudad. Mejor dicho, de todas las ciudades.

No obstante, no esperaba verla allí, en el vestíbulo del bloque de apartamentos del que se disponía a salir. Ella entraba cuando él salía, pero se había vuelto y la había seguido hasta el ascensor. Quizá debería haber sabido que estaría allí, puesto que sabía que Bette y ella eran amigas. Su amistad podría costarle a él su licencia para ejercer, si el Colegio de Abogados creía las mentiras de Muriel y las pruebas que había fabricado contra él.

«Maldita mujer».

Cuando empezaba a cerrarse la puerta del ascensor, introdujo la mano y la mantuvo abierta. No la dejaría escapar. Aunque, en honor a la verdad, no parecía que ella intentara hacerlo. No parecía que hubiera notado su presencia al cruzar el vestíbulo de aquel edificio del Garment District, pues mientras caminaba por el suelo de terrazo pulido, iba mirando su teléfono móvil y escribiendo un mensaje.

¿A quién le escribía? ¿A su amiga Bette? ¿A un amante? Teniendo en cuenta lo que Ronan sabía de ella y de sus insaciables apetitos, probablemente a un amante.

La puerta empezó a cerrarse de nuevo... contra sus dedos. Lanzó una maldición y utilizó ambas manos para abrirla y poder entrar.

Muriel estaba sola en el ascensor, pulsando el botón que cerraba la puerta. Definitivamente, ya le había visto. Su piel bronceada se veía sonrojada y sus ojos verdes pálidos brillaban de rabia.

¡Era tan increíblemente hermosa! Tal vez la mujer más hermosa que había visto en su vida. Por eso tenía tanto éxito como modelo. Llevaba mechones de distintos tonos en el pelo y su rostro mostraba pómulos altos, labios exuberantes y unos hermosos ojos grandes. Y su cuerpo...

Aunque llevaba un suéter largo y ancho y mallas negras, el tejido de lana verde se pegaba a todas las curvas de sus pechos, caderas y trasero. No era justo que tuviera una figura así.

Y Ronan sospechaba que todo en ella era natural, sin cirugía. De no ser así, la prensa lo habría descubierto y se habría cebado con eso, igual que hacía con todos los demás aspectos de su vida.

Por eso la veía en todas partes, incluso en sueños.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —preguntó ella.

Él había ido allí a hablar con su amiga, Bette Monroe. Los socios del bufete, con excepción de Simon Kramer, el socio administrador, habían ido a hablar con ella en nombre de este último. Bette era la antigua asistente de Simon y este se sentía desgraciado sin ella, más en lo personal que en lo profesional. Y Ronan tenía la culpa de que Bette hubiera roto su relación personal y profesional con Simon.

Por eso se había quedado atrás después de la marcha de los socios, para tratar de decidir si tenía que volver a disculparse otra vez. O quizá por primera vez. No estaba seguro de si se había disculpado ya o no. Por otra parte, tampoco estaba seguro de si le debía una disculpa o no.

—Voy a ver a tu amiga —contestó, tomada ya la decisión. Alzó la mano hacia el panel de botones.

Había un botón iluminado, pero no era el del décimo piso, donde estaba el apartamento de Bette. Antes de que Ronan pudiera pulsar este, Muriel colocó ambas manos sobre el panel, escondiendo los botones, pero pulsándolos a la vez. Se cerraron las puertas y el ascensor empezó a subir. Era pequeño, con espejos ahumados, latón pulido y un suelo a juego con el terrazo del vestíbulo.

—¿Qué demonios haces? —preguntó él.

El ascensor se detuvo y se abrió la puerta chapada en latón. Pero ella no salió, sino que pulsó el botón para volver a cerrarla. A continuación pulsó el botón del vestíbulo, pero todos los demás pisos estaban ya iluminados. Tendrían que parar en todos al subir antes de que el ascensor los llevara de vuelta abajo.

—No acosarás más a Bette —dijo Muriel—. No fue ella la que me dio las

pruebas que envié al Colegio de Abogados.

—Pruebas —él resopló—. Eso no son pruebas, son mentiras falsificadas y eso se va a demostrar fácilmente.

Muriel entrecerró los ojos y lo miró con recelo.

—Si eso es cierto, ¿por qué estás tan tenso? ¿Tan nervioso?

—Porque me cabrea que llegues a tales extremos con tal de difamarme —contestó él.

Ronan había huido de su casa de niño y había vivido un tiempo en la calle. Había trabajado duro para conseguir lo que tenía y no quería que nada, y menos las mentiras de ella, pudieran poner en peligro su carrera y el bufete de sus socios.

Esa vez fue ella la que soltó un bufido.

—¿Que yo llegue a tales extremos por difamarte a ti? Tú contrataste una empresa de relaciones públicas para destruir mi imagen. ¿Y para qué? ¿Solo para conseguir un acuerdo mejor para el baboso de mi ex en el divorcio? —preguntó. Sus largas pestañas aletearon, pero él dudó de que quisiera flirtear. ¿Estaría reprimiendo las lágrimas?

Sintió una punzada de algo. ¿Simpatía? No. No tenía ninguna simpatía por mujeres como ella. Lo único que debía sentir por ella era recelo y cautela. No dudaba de que intentaría jugar con él, igual que había hecho con su exmarido, al obligarle a firmar aquel ridículo acuerdo prematrimonial antes de casarse. El único modo de esquivarlo había sido demostrar quién y cómo era en realidad Muriel Sanz.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió de nuevo. La joven pulsó el botón para cerrarla.

—¿Cómo puedes dormir por la noche? —le preguntó.

«Últimamente, no muy bien», pensó él. Porque ella estaba siempre en su mente, incluso cuando se encontraba con otra mujer. Imaginaba su hermoso rostro, su cuerpo sexy como el pecado...

¿Cómo podía atraerle tanto una mujer así? ¿Qué demonios le ocurría a su polla?

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió—. Tú eres una manipuladora de primera. ¿Fue así como convenciste a Bette de que te diera el papel de oficina con el membrete de Street Legal?

Había empezado a creer que la antigua asistente de su socio no había tenido nada que ver con el plan enfermizo de Muriel. Bette Monroe se había

mostrado muy sorprendida cuando le había contado la denuncia que había presentado su amiga ante el Colegio de Abogados.

—Ya te dije que Bette no me dio nada —repuso Muriel despacio, como si él fuera demasiado obtuso para entenderlo.

—¿Se lo quitaste tú sin que lo supiera? —preguntó él.

Le habría resultado fácil hacerlo, si hubiera visitado las oficinas de Street Legal. Pero él había comprobado que ella no había ido allí. Tal vez Bette se hubiera llevado papeles a su casa. Tenía que preguntárselo.

El ascensor se detuvo y la puerta volvió a abrirse. Muriel apretó el botón para cerrarla.

—Yo no le he quitado nada a nadie —repuso.

Ronan hizo una mueca.

—Veré si Bette recuerda algo.

Ya la había interrogado una vez y, por supuesto, ella había negado haber ayudado a su amiga. Pero quizá recordara a Muriel revisando su bolso o llevándose algo de su apartamento. ¿Pero se lo diría a él o seguiría protegiendo a su amiga?

—Tu socio administrador y tú ya habéis tratado a Bette como a una basura —dijo Muriel—. No permitiré que le hagas más daño —pulsó el botón de parada y el ascensor se detuvo de pronto entre dos pisos.

—¿Qué demonios haces? —preguntó él cuando empezó a sonar la alarma. La cabeza comenzó a palparle casi tan fuerte como le palpitaba el corazón desde que la había visto cruzar el vestíbulo como si caminara por una pasarela de moda.

A Ronan no le gustaban los espacios cerrados, y menos verse atrapado con ella. Pulsó el botón para poner en marcha el ascensor. Este hizo un movimiento brusco hacia arriba y luego empezó a caer, junto con su estómago. Le había preocupado perder su licencia, pero, al parecer, eso no era lo único que podía robarle Muriel Sanz. Tendría suerte si sobrevivía a un viaje en ascensor con ella.

Muriel soltó un grito cuando sus pies abandonaron el suelo. El ascensor caía más deprisa que ella, desplomándose por el hueco. Luego se detuvo con tal brusquedad que ella cayó hacia delante con fuerza. Pero no aterrizó sobre

el suelo de terrazo, sino que golpeó un cuerpo muy musculoso que había caído antes que ella.

Ronan Hall estaba tumbado cuan largo era en el suelo, con las piernas estiradas. Su espalda y sus hombros habían golpeado una de las paredes de cristal ahumado y latón. Quizá su cabeza hubiera golpeado también la pared, pues tenía los ojos cerrados.

¿Estaba inconsciente?

Muriel, que había aterrizado en su pecho, alzó la vista hasta el atractivo rostro de él. Sus rasgos parecían tallados en granito. Tenía la mandíbula cuadrada y los pómulos tan afilados como la nariz. Sus pestañas eran largas, espesas y negras. Y no se movían.

A pesar de sí misma, y de las miles de razones que tenía para odiar a aquel hombre, lo miró con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No sé —repuso él con voz baja y ronca—. ¿Hemos dejado de caer ya?

Muriel tenía miedo de moverse, por si seguían cayendo. Ese miedo era la única razón de que siguiera encima de él, con las piernas de ambos entrelazadas. De no ser por eso, se habría apartado. Pero no se atrevía por si el ascensor empezaba a caer de nuevo.

Respiró hondo y su olor le llenó el olfato y la cabeza. Olía de maravilla. No a la colonia cara que siempre llevaba su ex, no. Ronan olía a jabón y...

Y a un olor que era solo suyo.

¿No solo era atractivo como un demonio, también tenía que oler bien? No era justo, pero eso no debería haberla sorprendido. La vida no había sido muy justa con ella últimamente.

No obstante, era demasiado positiva para dejarse hundir por eso. Tampoco seguiría allí tumbada, una vez que estuviera segura de que el ascensor no iba a caer hasta el fondo del hueco y a quedar aplastada como una lata de refresco debajo de la rueda de un vehículo.

—¿Estás bien? —preguntó la voz de Ronan impregnada de preocupación.

Muriel alzó la vista y vio que tenía los ojos abiertos y la observaba. Se encogió de hombros y dio un respingo cuando el ascensor crujió. Ronan la rodeó con sus fuertes brazos para que no se moviera. O quizá era que ella estaba rígida por el contacto de él. Fuera como fuera, estaba paralizada por el miedo, miedo a caerse y miedo a lo que él le hacía sentir.

—No te muevas —murmuró él con una voz que parecía retumbar hondo en

su pecho.

Muriel no tenía intención de moverse, pero no podía controlar los latidos frenéticos de su corazón. Este le golpeaba con tanta fuerza en el pecho que tenía la sensación de que todo su cuerpo temblara. Y el suyo no era el único. El de Ronan latía al unísono con el de ella, que tenía los pechos aplastados en el torso musculoso de él.

—¿Puedo respirar? —preguntó. Le dolían los pulmones de intentar controlar el pánico, lo que hacía que quisiera tragar aire.

—No sé si deberíamos —murmuró él, pero su aliento le acarició el pelo cuando susurró esas palabras.

Tenía un mechón de pelo en las pestañas, pero no se atrevía a levantar la mano. Lo que implicaba que sus manos se quedaron donde estaban, y ella acababa de darse cuenta de dónde era eso y lo que tocaba. Las había extendido instintivamente para frenar la caída y, como había caído encima de él, sus manos estaban sobre él. Una en el bíceps y la otra en el muslo. Ambos músculos se movieron bajo su contacto, como si él acabara de darse cuenta también de dónde lo tocaba ella.

Y el cuerpo de él, rígido ya por la tensión, se volvió más duro todavía. Muriel sintió su erección en el abdomen, empujando contra la cremallera del pantalón del traje.

Debía de haber venido directamente desde el despacho, pues llevaba traje. En las fotos que había visto de él en su tiempo de ocio, solía vestir vaqueros y camiseta. Aunque no había visto tantas fotos de él en momentos de ocio. Si sus socios del bufete Street Legal y él no hubieran tenido la mala fama que tenían en Manhattan, seguramente no los habrían fotografiado. Pero tenían fama de ser despiadados, tanto en los tribunales como en la cama. Cuando los fotografiaban en las puertas de los juzgados, normalmente iban acompañados de mujeres famosas: actrices, modelos o diseñadoras.

Intentó mover las caderas para que su pubis no presionara tanto la polla de él, pero Ronan lanzó un gemido. Deslizó un brazo por la espalda de ella y le agarró la cadera.

—No te muevas —le advirtió entre dientes.

El ascensor había dejado de caer. Había dejado, incluso, de emitir ruidos de crujidos.

—No creo que caiga más —dijo ella.

—No me preocupa el ascensor —repuso él.

—¿Y por qué estamos en el suelo con miedo a movernos? —preguntó ella.

Ronan volvió a gemir y sus dedos apretaron más la cadera de ella. Pero Muriel dudaba de que tuviera dolores, porque su boca mostraba una leve sonrisa de picardía.

—Porque estoy disfrutando de que te hayas echado encima de mí.

Muriel respiró con fuerza e intentó apartarse. Pero la mano de él la sujetaba y solo consiguió mover las caderas contra la entrepierna de Ronan. Y que se balanceara el ascensor.

Los cables chirriaron, pero aguantaron. El ascensor no iba a seguir cayendo. Ya no le preocupaba morir, le preocupaban más sus reacciones con Ronan Hall.

Su corazón, en lugar de frenar, latía aún con más fuerza. Le cosquilleaba la piel en todos los lugares donde su cuerpo estaba en contacto con el de él, que era básicamente en todas partes porque él era un hombre muy grande y musculoso.

Y cuando respiraba, inhalaba su olor y este llenaba su cabeza como llenaría él su cuerpo si...

Su erección era larga y dura. El núcleo de ella se llenó de calor húmedo. ¿Por él?

No. No era posible. No podía sentirse atraída por el hombre que había destruido su reputación y casi también su carrera y su vida.

—¡Suéltame! —exigió.

—¿Adónde vas? —preguntó él—. Estamos atrapados en un ascensor. Lo mejor será aprovechar al máximo esta oportunidad —subió la otra mano a la cabeza de ella, se la sujetó con la palma y la besó en la boca.

Cuando sus labios se encontraron, Muriel sintió una descarga que quería atribuir a la sorpresa. Pero sabía que era algo más. Algo que le endurecía los pezones y llenaba su cuerpo de calor: lujuria.

Él la besó, al principio dudoso, con un simple roce de los labios en los de ella. Luego Muriel lanzó un respingo al sentir otra descarga de deseo y él profundizó el beso y deslizó la lengua en la boca de ella. Su beso era caliente, apasionado y salvaje.

Y hacía que Muriel se sintiera así: caliente, apasionada y salvaje. No quería desear a aquel hombre, pero ¡era tan atractivo! ¡Tan musculoso y tan diestro!

Era un maestro besando, tan bueno que ella casi estaba al borde del orgasmo solo con un beso. Pero luego empezó a tocarla también, a subir la

mano desde la cadera hasta uno de los pechos.

La joven inhaló con fuerza, lo cual empujó su pecho contra la mano de él.

Ronan apretó con gentileza y ella soltó el aire entre los labios, fundidos con los de él, que gimió en respuesta. Se apartó levemente para abrirle los botones del suéter.

Muriel llevaba un top debajo, pero era un diseño de su amiga, un top muy sexy, sujeto con lazos en los hombros. Ronan le bajó el suéter por los hombros y agarró uno de los lazos.

Si lo soltaba, el top se bajaría y los pechos femeninos quedarían libres para que él los viera y tocara...

Ella quería que la tocara. Lo deseaba.

Pero no podía. No después de lo que él le había hecho a su reputación, a sus ahorros y a su autoestima.

Lo único que quería de Ronan Hall era verlo de rodillas implorando su perdón. Y sabía que era muy poco probable que ocurriera eso, al menos hasta que le hiciera pasar por el mismo infierno por el que la había arrastrado a ella.

Capítulo 2

La fuerza de la bofetada hizo que la cabeza de Ronan cayera hacia atrás. Pero sonrió. Aunque le escocía la mejilla, aquel beso había valido la pena. Todavía podía saborearla en sus labios y era pura dulzura.

¿Cómo podía saber tan bien una mujer tan dura y despiadada? Sí, la bofetada le había venido bien, le había impedido hacer una estupidez, como soltarle aquel lazo del hombro.

¿Qué haría ella si lo hacía? ¿Volvería a abofetearlo? Verla sin el top bien valdría otra bofetada. Veía cómo empujaban los pezones la seda fina. Debajo de la blusa no llevaba nada, excepto su piel de color miel. Ronan quería cerrar los labios en torno a uno de los pezones y tirar de él hasta que ella gritara y pidiera más.

Jugueteó con los dedos con el extremo del lazo. Solo tenía que tirar.

Pero entonces ella le apartó la mano y lo empujó hacia atrás con la palma en el pecho.

—¡Ni se te ocurra!

—No me retes —le advirtió él. Era de los que lamía de niño el mástil helado de la bandera ante el primer amago de reto. Volvió a alzar la mano hacia el hombro de ella.

Muriel se subió el suéter y se lo abrochó con fuerza, como si se lo hubieran arrancado a su pesar. Como si eso fuera necesario. En las vallas publicitarias y las portadas de las revistas, casi no llevaba nada más que su sonrisa seductora. Normalmente, solo algunos retales de encaje o seda.

—¿Cuál es tu juego? —preguntó él. No era una mujer modesta, pero sí era astuta. Los documentos falsificados así lo demostraban.

—¿Juego? —la voz ronca de ella sonaba más aguda que de costumbre—. Eres tú el que me ha besado.

—Tú nos has dejado encerrados en este ascensor y te has subido encima de mí —comentó él. ¿Intentaba seducirlo? ¿O solo quería volverle loco sexualmente?

—Me he caído encima de ti —puntualizó ella—. Y yo no te he encerrado aquí.

Ronan resopló.

—No he sido yo el que ha jugado con el panel de los botones y se ha dedicado a apretarlos todos para después parar el ascensor.

—Lo he parado porque quería evitar que siguieras acosando a Bette —explicó ella.

—Yo no voy a acosar a Bette —contestó él.

Para empezar, porque Simon lo mataría si lo hiciera. Ya estaba furioso con él por algunas cosas que le había dicho. El pobre Simon se había enamorado de su tímida asistente.

Aunque, por otra parte, Bette no era tan tímida... para un hombre al que le gustaba el estereotipo de bibliotecaria sexy.

Aquel no era el estilo de Ronan. Él no quería una mujer reprimida, quería a alguien tan salvaje, aventurera y adicta al sexo como él.

Muriel se colocó delante de la puerta del ascensor como si así pudiera detenerlo.

—No. Tú no hablarás más con Bette.

Ronan no quería hablar con Bette. No quería hablar con nadie. Quería volver a tener a Muriel en sus brazos, con su cuerpo apretado contra el de él. Ella era la hembra que quizá podría por fin corresponder a sus apetitos en la cama y en todos los demás sitios donde osaran hacerlo.

—Estamos atrapados aquí —le recordó. Y cuando lo dijo, el ascensor se balanceó y crujió.

Muriel dio un respingo y se lanzó hacia delante... directa a los brazos de él.

—¿Te has caído otra vez? —se burló Ronan—. Jamás habría creído que una supermodelo fuera tan torpe.

Aunque ella lo miró de hito en hito, siguió abrazada a sus hombros.

—¿No has notado nada? Estamos colgados.

—Yo nunca me he colgado de nadie —repuso él—. Y no voy a empezar ahora —y menos con una devorahombres como Muriel Sanz.

—Me refería al ascensor —murmuró ella. Se echó a reír y retrocedió. Y al hacerlo, dejó caer los brazos alrededor de los hombros de él—. No me refería

a mí. No puedes pensar que yo me vaya a colgar de ti.

Ronan entrecerró los ojos y la miró de hito en hito. Hablaba como si fuera ridículo que pudiera gustarle él. Muchas otras mujeres opinaban diferente. Pero, por otra parte, él no había tenido con otras la mala relación que tenía con ella. De hecho, no había tenido una relación de pareja con nadie.

Solo sexo.

Y le gustaría tenerlo con ella, a pesar de que intentaba destruir su carrera. Porque, a juzgar por su beso, sabía que se entenderían a ese nivel. ¡Qué narices!, estaba seguro de que el sexo entre ellos sería fantástico.

Hacía tiempo que no tenía sexo fantástico. Era probable que porque últimamente cada vez que estaba con una mujer imaginaba que esa mujer era Muriel y se llevaba una decepción al darse cuenta de que no lo era.

—Jamás cometería el error de pensar que podrías amarme —le aseguró—. Creo que eres tan incapaz de enamorarte como yo.

—He estado casada —repuso ella—. Hasta que tú acabaste con mi matrimonio.

—Lo acabaste tú con tus infidelidades.

Muriel alzó la mano, pero Ronan se la agarró antes de que pudiera abofetearlo.

—Yo no fui infiel —dijo ella entre dientes.

Él soltó un bufido, casi divertido por el espectáculo de indignación mojigata de ella. Podía ser una de esas modelos que se convertían en actrices. Desde luego, tenía aptitudes para ello.

—Y entonces, ¿cómo encontró tu ex tantos testigos que declararon otra cosa?

Muriel abrió mucho sus ojos verdes.

—¿Mi ex? ¿Los testigos los encontró él? Yo creía que habías sido tú. O esa empresa de relaciones públicas.

—Sí, ese fue tu segundo error cuando falsificaste esas circulares que supuestamente procedían de mis casos —repuso él—. Hiciste que pareciera que yo había encontrado a los testigos —movió la cabeza—. Y eso no era verdad.

Muriel lo miró de hito en hito.

—Lo que dijeron esos testigos no era verdad. Cometieron perjurio y tú lo sabías.

—Y ese fue tu primer error —contestó él. Se acercó más, hasta apretar los

pechos de ella con su torso—. Intentar echarme la culpa de tus malas decisiones.

—¿Malas decisiones? Mi única decisión mala fue casarme.

Ronan asintió.

—En eso estamos totalmente de acuerdo. El matrimonio siempre es un error —el matrimonio de sus padres le había enseñado eso. Sus peleas constantes eran la razón por la que había huido de casa un tiempo en su adolescencia—. La gente no ha nacido para ser monógama.

—Muchas personas lo son.

Ronan negó con la cabeza.

—La gente como tú y yo, no —le pasó los dedos por la barbilla, los bajó por su cuello, le apartó el suéter de uno de los hombros y volvió a jugar con el lazo del top. Sentía muchas tentaciones de soltarlo. Muchas.

Movió los dedos y el lazo empezó a aflojarse. Entonces el ascensor hizo un ruidito y se abrió la puerta.

Muriel salió por ella, pero, al hacerlo, apretó un botón en el panel y la puerta se cerró cuando ella se volvía y se alejaba corriendo por el pasillo.

Ronan no sabía en qué piso habían parado, si era el piso de ella o si simplemente quería alejarse de él. Antes de que pudiera mirar los números de encima de la puerta, el ascensor empezó a bajar y no se detuvo hasta el vestíbulo.

Dudó un momento antes de salir. Había cambiado de idea sobre intentar disculparse de nuevo con Bette. Probablemente sería mejor para Simon que no hablara con ella. Sospechaba que Bette le había dicho ya todo lo que sabía. No. Si quería llegar al fondo de los documentos que habían sido entregados al Colegio de Abogados, tenía que hablar con Muriel, pero tendría que ser otro día, porque si la buscaba en aquel momento, después del beso y de ver cómo empujaban los pezones contra el top, haría mucho más que hablar con ella.

Muriel se apoyó en la puerta de su apartamento con las piernas temblorosas. Había echado el cerrojo para que, si él la seguía, no pudiera entrar en su casa. Pero no creía que fuera a seguirla. La puerta del ascensor se había cerrado antes de que él hubiera tenido ocasión de salir.

Sin embargo, podía buscarla, pues ya sabía adónde se había mudado

después del divorcio. Aunque quizá Ronan no se había dado cuenta de que vivía allí. Tal vez pensara que solo había ido a ver a Bette.

En ese caso, debería haberse bajado en otro piso, porque no descartaba que él decidiera llamar a todas las puertas hasta encontrarla. Estaba furioso con ella por haberlo denunciado al Colegio de Abogados. ¿Por qué se había enfadado tanto? ¿Porque lo habían pillado, o porque decía la verdad y no había sobornado a los testigos para que cometieran perjurio?

Muriel entendía su furia si no había hecho nada malo. Era lo mismo que había sentido ella durante el proceso del divorcio. La habían calumniado en el tribunal y en la prensa y ella no había hecho nada de lo que la acusaban. Desde luego, no había sido infiel.

Se había tomado su matrimonio en serio. Había sido monógama. Había cumplido. Incluso antes de casarse, nunca había salido con más de un hombre a la vez. Y desde el desastre del divorcio, ni siquiera había empezado a salir todavía con nadie.

Quizá por eso la había afectado tanto Ronan Hall. O quizá no había sido él, tal vez hubiera sido la avería del ascensor, que le había hecho temer que estuvieran a punto de morir. En un momento así, no era extraño que se hubiera sentido atraída por él.

Sobre todo porque él era muy apuesto y sexy.

Pero, aun así, debería odiarlo, no desearlo. Y lo odiaba. Pero ¿y si él no había sido responsable de la aparición de los testigos? ¿Y si las circulares de Street Legal habían sido falsificadas, como sostenía Ronan?

No. Eso no podía creerlo. Conocía a todos los testigos que habían declarado. Aunque no eran muy amigos de ella, eran conocidos. No habrían mentido así sin una coacción fuerte. Arte no habría hecho eso. No era el hombre que ella había creído, pero tampoco era un monstruo, o ella no se habría casado con él. En otro tiempo había sido un hombre tierno y encantador.

No. El monstruo era Ronan Hall. Y ella lo probaría. Buscaría más pruebas, por si no bastaba con aquellas circulares.

Ronan también se había sentido atraído por ella. Y Muriel no creía que fuera porque estaba asustado. No. Se sentía atraído por su físico. Ese físico era la razón de que su carrera no se hubiera resentido tanto como temía, a pesar de las calumnias a su reputación. Las revistas y los diseñadores decían que ella vendía ejemplares y ropa, quizá más desde que se había vuelto tan famosa.

Pero ella no había querido esa fama. Y le mortificaba que muchas personas creyeran aquellas mentiras sobre ella y que sus abuelos, la pareja cariñosa que la había criado, hubieran oído esas mentiras sobre aventuras, orgías y fiestas sexuales.

Aunque la conocían demasiado bien para creerlas, tenían que soportar los comentarios de sus amigos, de los feligreses de su parroquia, de sus vecinos...

Por eso odiaba a Ronan Hall. No tanto por lo que le había hecho a ella como por lo que les había hecho a ellos. Quería que sufriera como habían sufrido ellos. Por eso había entregado los papeles que había recibido al Colegio de Abogados. Pero quizá debería haberlos autenticado primero. No lo había hecho porque había creído que se los había dado Bette.

Pero su amiga no sabía nada de los papeles.

¿Quién había dejado el sobre con las circulares en su puerta? ¿Y eran auténticas?

Tenía que saber la verdad. Y necesitaba pruebas de que eran ciertas. El mejor modo de conseguir las era ir directamente a la fuente: el propio Ronan.

¿Pero qué tendría que hacer para obligarlo a confesar? ¿Seducirlo?

Curiosamente, esa idea no la asqueó sino que la excitó. Tal vez fuera porque hacía mucho tiempo que no estaba con nadie, que se conformaba con su vibrador. Y aunque eso aliviaba parte de su tensión, no era como estar con un hombre, como tener las manos y la boca de un hombre en su cuerpo.

Como había estado la boca de Ronan en la suya.

La inundó una ola de calor y se dirigió al dormitorio... y al vibrador que guardaba en la mesilla. De momento tendría que arreglarse con eso... hasta que planeara cómo seducir a Ronan Hall para que confesara su mala praxis durante el proceso del divorcio.

Eso era lo que de verdad quería. Su confesión.

No a él.

Pero pensaba en él cuando sacó el vibrador del cajón. Por la erección que había sentido a través del pantalón, sabía que su pene era más grande que el juguete de ella. Y también más duro, si es que eso era posible.

Él la deseaba. Por mucho que ambos se detestaran, no podían negar la atracción que había entre los dos. Y Muriel la utilizaría en beneficio propio, igual que utilizaba el recuerdo de él cuando se quitó la rebeca y se bajó los pantalones de yoga. A continuación se tumbó en la cama e imaginó a Ronan besándola, tocándola...

Soltó uno de los lazos de la blusa y empezó a tocarse. Dos lazos más ataban sus braguitas. Los desató y pulsó el botón del vibrador. Y cuando se lo introdujo, imaginó que era la polla larga y dura de Ronan.

Se corrió casi en el acto, y la horrorizó darse cuenta de que en el momento del clímax, gritaba su nombre.

Capítulo 3

Las luces resplandecían, pero no era eso lo que cubría de sudor la frente de Ronan. El calor que irradiaba de él no tenía nada que ver con las luces y sí mucho con la mujer que posaba debajo de ellas.

Su glorioso cuerpo estaba muy poco cubierto, solo por retazos de encaje y seda, y por toda aquella piel de un bronceado natural. El deseo golpeó a Ronan con una fuerza que no había sentido nunca y se le puso muy dura.

Tal vez no había sido buena idea ir allí.

Pero quería estar con ella... terminar dentro de ella. Sabía que era la única que podía aliviar la tensión insoportable que había ido acumulándose en su cuerpo desde que se habían quedado atrapados.

—¡Muriel! —gritó el fotógrafo—. No me das lo que quiero.

A Ronan tampoco le daba lo que él quería. Porque quería desatar el lazo que unía las dos copas del sujetador sin tirantes y los dos lazos que sujetaban sus braguitas en las caderas.

Pero quería algo más que verla desnuda. Quería sentirla, saborearla... y penetrarla hasta lo más profundo.

¿Por qué narices le atraía tanto aquella mujer? Se la habría tirado en el ascensor si ella no lo hubiera abofeteado. Pero antes le había devuelto el beso. ¿Se sentía atraída también por él?

Ronan contaba con ello para poder sacarle la verdad. Esa era la razón de que estuviera allí, por eso le había seguido el rastro hasta la sesión de fotos. No era por sexo.

Eso podía encontrarlo en cualquier parte. No se trataba de que solo pudiera satisfacerlo ella. Cualquier mujer podía hacer eso.

No. Lo que quería de Muriel Sanz era la verdad.

Ella sonrió levemente.

—¿Qué es lo que quieres, Lawrence?

—Que seas mala —respondió el fotógrafo—. Quiero que seas mala.

Era mala, y Ronan lo había probado así en el tribunal. Pero ella decía que los testigos habían mentido. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Por qué se iban a arriesgar a que los acusaran de perjurio? No tenían nada que ganar mintiendo.

La mentirosa era Muriel. Y Ronan pensaba demostrarlo. Solo tenía que conseguir que admitiera que había falsificado las circulares. ¿Podría seducirla hasta lograr una confesión?

Los testigos habían dicho que era adicta al sexo y por eso había engañado a su esposo. Pues si era adicta al sexo, quizá pudiera conseguir que se hiciera adicta al sexo con él, tan adicta que se lo confesara todo.

Sabía que era posible que una persona se hiciera adicta a otra. Esa había sido la desgracia de su padre, que se había vuelto adicto a su madre a pesar de lo mal que lo trataba ella. Su madre había sido muy parecida a Muriel Sanz: hermosa, egoísta y totalmente desprovista de conciencia.

—Necesito que seas la malota de Lazos Hechiceros Bette —dijo Lawrence.

Aquella sesión de fotos era para la línea de lencería que representaba Muriel. Una línea diseñada por su amiga Bette Monroe, la antigua asistente de Simon.

Ronan tenía que admitir que Bette tenía talento para el diseño. Su lencería era la más sexy que había visto jamás.

Desgraciadamente, Muriel también.

—¡Oh!, puedo ser mala —le aseguró ella al fotógrafo. En ese momento miraba a Ronan. Este sintió su mirada y su piel empezó a calentarse todavía más. Ella alzó un poco más su voz grave, probablemente para estar segura de que la oía, y añadió—: Puedo ser muy, muy mala.

Ronan soltó una risita. Todavía no la había tocado, y ella había empezado ya a confesar.

La cámara hizo clic.

Muriel bajó los dedos por su escote hasta el lazo entre los pechos. Y jugó con las puntas como había jugado él un par de noches antes en el ascensor.

Lástima que aquel lazo no hubiera estado también entre sus pechos. Así podría haberla tocado como se tocaba ella en ese momento.

Mientras subía y bajaba las yemas de los dedos por el escote, se mordió el labio inferior y luego pasó la lengua por él.

Ronan lanzó un gemido. El fotógrafo lo emuló y luego lo miró. En vez de

reñirle por haberse colado en el estudio, le sonrió.

—Tú debes de ser la razón de que le brillen ahora los ojos —dijo Lawrence—. Tú haces que sea mala.

Ronan rio.

—Nadie ha hecho a Muriel mala —y menos él. Ella era ya mala de antes.

—Soy buena —repuso ella. Ladeó la cabeza con un gesto provocador—. Muy, muy buena...

Y los dos hombres volvieron a gemir.

—Ahora entiendo por qué su ex... —murmuró Lawrence.

—¿Qué? —preguntó Ronan cuando el otro se interrumpió—. ¿Por qué qué? ¿Por qué se divorció o por qué se casó con ella?

El fotógrafo negó con la cabeza.

—Puedes quedarte —dijo—, pero no me distraigas.

—¿Y yo qué? —preguntó Muriel.

—Para ti es una distracción buena —repuso Lawrence.

¿Podría serlo? ¿Podría Ronan distraerla lo suficiente para que retirara su denuncia ante el Colegio de Abogados?

Tenía que intentarlo. Por eso estaba allí. Por eso, porque no dejaba de pensar en ella y por aquel condenado beso que no le dejaba dormir.

Quería algo más que un beso.

No era una distracción buena para ella. Pero cuando Muriel miró por encima del hombro de Lawrence la pantalla del ordenador donde estaban las miniaturas de las fotos, no pudo negar que Ronan la había inspirado. Era, con diferencia, la mejor sesión de fotos que había hecho y eso que llevaba más de una década trabajando de modelo, desde los catorce años.

—Si no invitas a una copa a ese hombre, lo haré yo, encanto —dijo Lawrence—. Te ha llevado al borde del orgasmo —se volvió y la besó en los labios—. Nunca has estado tan espectacular.

El entusiasmo del fotógrafo hizo reír a Muriel.

—Seguro que ya se ha ido —comentó.

No se le ocurría por qué había ido allí en primer lugar... A menos que buscara lo mismo que ella.

La verdad.

Probablemente quería saber cómo había conseguido las circulares que había

entregado al Colegio de Abogados. Al menos, parecía que había aceptado por fin que lo había hecho ella y no Bette. Eso era algo bueno. Muriel jamás lo habría hecho de haber sabido los problemas que eso le causaría a su amiga.

—Sigo aquí —dijo una voz profunda.

Aquello no era bueno.

Muriel alzó la vista y vio el cuerpo largo y musculoso de él apoyado en la jamba del estudio de Lawrence. Iba vestido de traje, lo que indicaba que probablemente había venido desde el despacho o desde los juzgados. ¿A quién más le estaría arruinando la vida?

Tenía miedo de que fuera otra a vez a ella, si se atrevía a probar su plan de seducirlo hasta hacerle confesar. ¿Podía correr ese riesgo?

—Puedo irme —se ofreció él—. Si interrumpo...

—Has interrumpido la sesión —contestó ella—. Y no has ofrecido irte entonces.

Hacía horas de eso. Había permanecido allí durante cambios de ropa, arreglos en el pelo, maquillaje y cambios de telones de fondo.

¿Por qué se había quedado tanto tiempo?

—Él ha mejorado la sesión —replicó Lawrence—. Ha sido el mejor trabajo de tu vida —miró la pantalla del ordenador y murmuró—: Y puede que también de la mía.

Muriel se estremeció de excitación, pero le preocupó que se debiera menos a los elogios que al modo en que la miraba Ronan, el modo en que llevaba dos horas mirándola. Sus ojos se habían oscurecido más con cada cambio de ropa y el cuerpo se le había ido poniendo más rígido. Aunque en ese momento estaba recostado a medias en la jamba, ella notaba la tensión que irradiaba de él.

La misma tensión que ella sentía enroscarse en su cuerpo y palpar en su clítoris. No recordaba haber deseado jamás tanto a un hombre, lo cual era una locura. Había estado enamorada y no había sentido aquella atracción poderosa. Pero a aquel hombre, al que odiaba, lo deseaba más que a ningún otro.

Quizá había perdido el juicio. Esa era la excusa que iba a usar para lo que estaba a punto de hacer.

—Bien, ¿qué me dices? —preguntó, de camino ya hacia la puerta—. ¿Quieres tomar una copa?

Ronan entrecerró los ojos como si recelara de su oferta, igual que recelaba

ella de su presencia allí. Muriel sintió un escalofrío que le puso carne de gallina en los brazos a pesar de llevar ya vaqueros y un suéter. No le había pasado eso cuando la miraba, vestida solo con sujetador y braguitas. Entonces no sentía frío, sino un calor infernal. Y eso se notaba en las fotos.

Sin embargo, de pronto la ponía nerviosa pensar cómo la había localizado. ¿Cómo la había encontrado?

Dudó antes de acercarse a la puerta donde estaba él. Pero entonces Ronan retrocedió al pasillo.

—No he venido aquí solo para mirar —dijo—. Eso no es lo mío.

Muriel entornó los ojos con recelo. ¿Todo lo que él decía le parecía una insinuación sexual o lo que quería decir era que había algo entre Lawrence y ella?

Por supuesto, había visto que el fotógrafo la había besado. Pero Lawrence besaba a todo el mundo sin excepción.

—Buenas noches —le dijo al fotógrafo, quien apenas se molestó en alzar la vista de la pantalla del ordenador para despedirlos con un gesto de la mano.

Ya en el pasillo del antiguo almacén, la joven miró a Ronan.

—¿Por qué has venido aquí y cómo me has encontrado? —preguntó.

—Tengo mis fuentes —repuso él.

Y aquello le heló todavía más la sangre a ella.

—Ya lo sé. Pero no puedo creer que esta vez hayan acertado.

Ronan se detuvo ante el ascensor y la miró entornando los ojos.

—¿O sea que todos esos testigos mentían y tú eres la única que dice la verdad?

—Sí —contestó ella. Sus abuelos la habían educado con valores, y uno de esos valores era que nunca estaba bien mentir, ni siquiera mentirijillas pequeñas. ¡Lástima que no hubieran educado igual a esos testigos!

—¿Por qué iban a mentir todos los demás? —preguntó Ronan.

—Dímelo tú —lo desafió ella—. ¿Les pagaste? —tenía que ser eso. ¿Qué otra cosa podían ganar, excepto formar parte temporalmente de la publicidad horrible que había arrojado sobre ella el escándalo?

Ronan rio, pero no contestó a su pregunta. En vez de eso, apretó el botón del ascensor.

¿Qué haría falta para que confesara haber coaccionado a aquellos testigos para que mintieran? Era rico, o sea que no necesitaba dinero. Probablemente había gastado una parte en pagar a los testigos, puesto que Arte no tenía mucho

hasta que consiguió en el divorcio la mayoría de los ahorros de ella, el apartamento y el coche. Ni siquiera sabía conducir.

Llegó el ascensor y se abrió la puerta con un silbido de ruido y de aire. Muriel inhaló con fuerza al pensar en entrar en otro ascensor con Ronan Hall.

Él se hizo a un lado y esperó a que pasara delante.

—Vamos —dijo—. Si no te pones a jugar con el panel de los botones, no pasará nada.

Muriel vaciló.

—Podemos bajar por las escaleras —seguramente sería más seguro, por distintas razones.

—Estamos en el piso doce —le recordó él—. ¿Has subido andando?

—No.

—O sea que no tienes problemas en usar el ascensor —comentó él, como si la interrogara de nuevo como había hecho en el estrado de los testigos—. Solo tienes problemas en usar el ascensor conmigo.

Aunque el interrogatorio había sido despiadado, no la había alterado. Quizá porque ella tenía la verdad de su parte. Él no tenía eso, así que quizá pudiera alterarlo, pero para conseguir arrancarle una confesión, tendrían que estar a solas. ¿Se atrevería a seguir adelante con su plan? ¿Se quedaría a solas con él?

Porque sabía lo que ocurriría entonces.

La atracción era demasiado fuerte, tanto que probablemente vencerían la furia, el resentimiento y la desconfianza que también había entre ellos.

Entró en el ascensor y cuando alzó la mano automáticamente al panel de los botones, cambió de idea y la dejó caer a un costado. No se iba a arriesgar a volver a quedarse encerrada con él.

Ronan entró con una risita y pulsó un botón del panel. Muriel no vio cuál apretaba, simplemente asumió que sería el del vestíbulo. En el corazón del Garment District, los inquilinos del edificio eran principalmente diseñadores, junto con algunos fotógrafos. Allí no había ningún lugar donde tomar una copa.

Muriel necesitaba una copa. De hecho, necesitaba más cosas. No recordaba cuándo había comido por última vez y no era el tipo de modelo que se matara de hambre. Le gustaba demasiado comer.

Por suerte, la industria de la moda había empezado a valorar las curvas más que un cuerpo a base de huesos y piel. De no ser así, ella no habría podido trabajar, cuando la realidad era que la demandaban mucho.

Profesionalmente. A nivel personal tenía menos éxito. Los hombres no estaban deseando salir con la devoradora de hombres que había descrito la prensa sensacionalista. Había oído decir a alguno que el otro sexo la encontraba amedrentadora.

Ronan Hall, en cambio, no parecía nada amedrentado por ella. Y no debía de estarlo porque, de otro modo, no la habría buscado de nuevo.

Se cerró la puerta y se quedaron juntos dentro. El ascensor no era tan lujoso como el del bloque de ella, era básicamente de metal y madera, y era grande como un montacargas, lo bastante grande para que cupieran los cajones de ropa que salían de los pisos.

Le cosquilleó la piel y sintió la sangre caliente bombeando con rapidez por sus venas.

—Deberíamos ir a un sitio que den comida —musitó—. También tengo hambre.

Sentía un vacío dentro, pero no estaba segura de que lo pudiera llenar la comida. Quizá solo pudiera llenarlo él.

Ronan levantó de nuevo la mano hasta el panel, apretó un botón y el ascensor se detuvo.

—Yo también tengo hambre —dijo. La abrazó por la cintura y la apretó contra su cuerpo. ¡Era tan grande y tan musculoso! ¡Tan duro!

Su erección empujaba los pantalones... y la cadera de ella. Muriel se arqueó instintivamente y se frotó contra él, que lanzó un gemido.

—Y cada vez que te cambiabas de ropa, me entraba más hambre —dijo.

—No tenías por qué quedarte —musitó ella.

Pero cada vez que había salido de la habitación después de cambiarse de ropa, se había alegrado de que estuviera allí. Quería que viera lo que se había puesto, quería que la viera a ella y ella quería ver su reacción.

—No podía irme —musitó él con voz más gruñona, como si sufriera.

—¿Por qué no?

—Porque no tenía lo que he venido a buscar.

—¿Y qué has venido a buscar? —preguntó la joven.

Ronan bajó la cabeza y la besó profundamente... Con ansia. Mordisqueó los labios de ella, hasta que la joven lanzó un respingo de placer.

—He venido por ti —dijo, y su voz era un susurro ronco—. A por esto.

Le levantó el suéter y se lo sacó por la cabeza. Suspiró con lujuria.

—Esperaba que llevaras todavía esto...

Era un sujetador negro con el lazo en el medio. Bette era una diseñadora genial. Había conseguido hacer el sujetador de modo que un único lazo ofreciera sujeción a los pechos y sujetara a la vez las copas juntas. Los pechos de Muriel sobresalían por encima de las copas.

—¿Por qué? —preguntó ella.

La falta de aliento en su voz no tenía nada de fingida. El corazón le latía tan deprisa que casi no conseguía introducir aire en sus pulmones, pero, cuando lo intentaba, sus pechos se hinchaban aún más y amenazaban con desbordarse por encima del sujetador negro.

Ronan tiró de las cintas del lazo y el sujetador se soltó, dejando libres los pechos. Muriel jadeó, embargada por la excitación. Sus pezones se endurecieron, ansiosos de algo más que el contacto de la mirada de él.

—Por esto —contestó él—. Me moría de ganas de desatar ese lazo.

Muriel había trabajado a menudo como modelo de lencería y de trajes de baño, así que hacía mucho que había dejado atrás cualquier escrúpulo que pudiera tener relacionado con la modestia. Pero algo en el modo en que Ronan Hall la miraba hacía que se sintiera más desnuda que nunca antes.

Él no miraba solo su cuerpo. Daba la impresión de que quisiera asomarse a su corazón y a su alma. Quizá se preguntaba si la tenía.

Sin ninguna duda, la tenía. Así que, ¿qué demonios hacía medio desnuda en un ascensor con el hombre que casi la había destruido?

Capítulo 4

A Ronan le latía con fuerza el corazón en el pecho y en la polla. No podía creer lo hermosa que era. Sus pechos eran montículos perfectos, sus pezones, maduros y rosados. Quería desesperadamente introducirse uno en la boca. Pero cuando intentó hacerlo, ella se apartó.

Sus ojos verdes se abrieron con pánico y subió las manos para cubrirse los pechos.

Él miró a su alrededor. ¿Habría una cámara de seguridad allí? No lo había pensado, aunque tendría que haberlo hecho. Pero después de presenciar la sesión de fotos, se había vuelto incapaz de pensar. Solo había podido sentir el deseo que circulaba por su cuerpo.

La deseaba más de lo que podía recordar haber deseado a ninguna otra persona. Quería ser una adicción para ella, pero empezaba a temer que pudiera suceder al revés, y eso antes incluso de haberla hecho suya.

Tal vez aquello fuera un error. Quizá debería retroceder como acababa de hacer ella. Sintió un aletazo del mismo pánico que veía en el rostro de ella, pero no era ni mucho menos tan fuerte como el golpe de deseo que le formaba un nudo en el estómago.

—¿Qué narices estamos haciendo? —preguntó ella con una voz que le temblaba horrorizada.

Ronan se encogió de hombros. No podía confesar que quería seducirla para que dijera la verdad sobre el Colegio de Abogados. Era posible que ella ya ni siquiera supiera cuál era la verdad. A la madre de Ronan le había pasado eso. Se había enredado de tal modo en sus mentiras que había terminado por creerlas.

—Te odio —le dijo Muriel con la voz temblando de rabia—. Odio lo que me has hecho.

Y eso le propinó a él otro tipo de golpe: uno de arrepentimiento. Pero él solo había hecho su trabajo, que consistía en lograr el mejor trato posible para su cliente.

—Yo no he hecho nada —contestó.

Nada que ella no se hubiera buscado. Había hecho pasar a su esposo por un infierno. Ronan no había visto a un hombre tan deshecho desde su padre. Volvió a sentir la sacudida de pánico y se encogió. Pero no tenía que preocuparse. Él no era como su padre ni como el ex de ella, era demasiado listo para enamorarse de una cara bonita. Demasiado listo para enamorarse de ninguna cara. Nunca.

Muriel siseó entre dientes. Se agachó a recoger el sujetador del suelo del ascensor.

—¿Cómo puedes decir que no has hecho nada? Contrataste a una empresa de relaciones públicas para difamarme.

—No puedes decir que tu carrera se haya resentido por eso —señaló él—. De hecho, me parece que el juicio ayudó a tu carrera —después de eso, todo el mundo conocía su nombre y su cara, mientras que antes quizá solo conocían su cuerpo. Aunque llevaba años de modelo de lencería y trajes de baño, no se había hecho famosa hasta el drama del divorcio.

Muriel negó con la cabeza y su pelo rojizo ondeó sobre sus hombros desnudos. Todavía no se había puesto el sujetador, seguía tapándose los pechos con los brazos.

Ronan quería volver a verlos. Quería tocarlos, saborearlos...

—Deberías darme las gracias —dijo, sonriente.

La joven apartó una mano del pecho para abofetearlo, pero él le agarró la muñeca y tiró de su cuerpo hacia sí.

—Ese no es modo de darle las gracias a nadie —la riñó. Bajó la cara hasta la de ella—. El modo de dar las gracias es este —en cuanto sus labios rozaron los de ella, se olvidó de burlarse y se olvidó del pánico que había sentido.

Se olvidó de todo, excepto de lo mucho que la deseaba. Los pechos suaves de ella apretaban su torso y Ronan sentía la tensión de sus pezones a través de la seda fina de la camisa que llevaba él. Su cuerpo palpité de deseo y reprimió un gemido. Y a continuación tragó el gemido suave que escapó de los labios de ella y profundizó el beso.

Deslizó la lengua en la boca de ella y Muriel pasó su lengua por la de él. Ambas se movieron juguetonas, retando, saboreando...

Era el beso más apasionado que él había experimentado jamás, un beso hecho de jadeos y gemidos. Un beso húmedo y salvaje. Y la quería así. Mojada y salvaje para él, así que se apartó un poco y la tocó.

Movió las manos sobre los hermosos pechos de ella y rozó la piel sedosa con las yemas de los dedos antes de pasarlos por los pezones.

Muriel volvió a gemir.

Ronan bajó la cabeza hasta sus pechos y cambió los dedos por los labios, que cerró sobre uno de los pezones endurecidos. Tiró con gentileza, jugando con ella.

La joven deslizó las manos en el pelo de él y le agarró la cabeza, pero no lo apartó, sino que lo acercó más a ella. Bajó los dedos de la cabeza al cuello y le aflojó la corbata antes de empezar con los botones. Cuando abrió la camisa, bajó las uñas por el pecho de él.

A Ronan se le contrajo el estómago y el deseo lo golpeó con fuerza en el bajo vientre. Se apartó, pero ella lo siguió y apretó los labios en su pecho desnudo. La sensación de ella en sus brazos era maravillosa.

La estrechó con más fuerza y por un momento se limitó a abrazarla, pero su cuerpo se calentó y la tensión se fue acumulando. Ya no le bastaba solo con abrazarla.

Tenía que hacerla suya, tenía que saborearla, tenía que estar dentro de ella. Bajó las manos hasta su cintura y le desabrochó los pantalones vaqueros. La cremallera chirrió al abrirse y a Ronan le latió más fuerte el pulso por el ruido. Le había dejado bajársela, igual que le había dejado quitarle el suéter y el sujetador. ¿Pero le dejaría que le bajara los vaqueros?

Muriel retrocedió antes de que pudiera tocarlos. Y él dejó de respirar. Sabía que ella le iba a detener.

Y comprendía por qué.

Lo culpaba de que hubiera sido la peor parada en el divorcio y en la prensa. Pero, como él había señalado, eso no había perjudicado su carrera, mientras que ella sí intentaba dañar la de él al entregar las circulares falsificadas al Colegio de Abogados. Y él tendría que estar tan furioso por eso que no debería sentirse nada atraído por ella.

Y estaba furioso, más furioso de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. Pero incluso así, no podía encontrarla repulsiva. Era demasiado hermosa y sexy para resistirse. Y él no quería resistirse.

La deseaba demasiado para eso y, lo más importante, deseaba demasiado

que ella lo deseara igual.

Algo que no podría conseguir si Muriel no dejaba de impedirlo.

En aquel momento lo miraba fijamente, con los ojos posados como una caricia en el pecho desnudo de él. Aunque en ese momento los separaban unos sesenta centímetros, Ronan podía sentir su contacto y su piel.

Entonces ella retrocedió otro paso y se volvió hacia el panel de los botones. Él contuvo el aliento, esperando que tocara un botón y el ascensor empezara a moverse.

Pero si quería hacer eso, ¿no se pondría antes el sujetador y el suéter? No lo hizo, sino que se bajó los vaqueros y mostró un lazo minúsculo en un tanga. El lazo estaba encima de su trasero perfecto.

Ronan cerró los puños a los costados para no agarrarla. Que se desnudara no implicaba que pensara tener sexo con él. Tal vez solo quisiera torturarlo. Tal vez era su modo de vengarse, igual que había hecho entregando los documentos al Colegio.

Verla de aquel modo, tan desnuda y hermosa, y no poder tenerla, podía ser peor que perder su licencia para ejercer la abogacía.

¿Qué demonios hacía? Muriel se repitió aquella pregunta, pero tampoco esa vez pudo encontrar una respuesta. Sabía lo que creía que hacía: poner en práctica el plan que había ideado para hacer caer a Ronan Hall de rodillas y lograr que le dijera la verdad.

Pero nadie ponía a las personas como él de rodillas. Ni mujeres ni hombres. Las personas como él eran demasiado fuertes, demasiado poderosas.

En sus vidas y, sobre todo, en el dormitorio. Muriel había oído muchas historias sobre él, no solo de lo despiadado que era en los juzgados, sino también de lo despiadado que era en las relaciones. Ella había trabajado con algunas exnovias suyas. Siempre era él el que terminaba la relación y siempre demasiado pronto en opinión de las mujeres.

Por muy despiadado que hubiera sido, ellas habían acabado queriendo más. Algunas incluso admitían haberle suplicado.

Por lo tanto, era ella la que tenía que preocuparse de que no le hicieran caer de rodillas. Otra vez.

Ya le había ocurrido en una ocasión: en los tribunales. Y le preocupaba que volviera a ocurrirle allí. Porque cuando la tocaba...

Cuando la besaba...

Él hacía que lo deseara más de lo que nunca había deseado a nadie. Y eso era justo lo que le habían dicho las otras mujeres.

En aquel momento no la besaba ni la tocaba. Se vestiría y pondría el ascensor en marcha. Pero cuando se agachó a subirse los vaqueros, un ruido extraño llenó el ascensor.

Era un sonido crudo y gutural, un gemido de dolor, como si el hombre que lo emitía estuviera siendo torturado. Aparte de ella, Ronan era la única persona que había allí, así que se volvió a mirarlo.

Estaba de rodillas. Pero incluso en esa postura, su cabeza quedaba por encima de la cintura de ella. ¡Era tan alto y tan musculoso!

¡Y tan sexy!

Su aliento caliente silbó entre sus dientes apretados y acarició el abdomen de ella. Los músculos del estómago de Muriel se encogieron y la tensión se apoderó de ella y se extendió desde los pezones hasta su núcleo.

—Eres perfecta —murmuró él. Rozó la piel de ella con los labios.

Muriel podría haber replicado que no era eso lo que había afirmado en el juzgado. Allí había sido de todo menos perfecta.

Pero no podía hablar. Ni siquiera podía moverse. Estaba paralizada, anhelando que volviera a tocarla.

Ronan pasó los labios desde su estómago hasta su cadera y después más abajo, por encima del encaje de las braguitas. Y ella sintió, a través del fino encaje, el aliento caliente de él en su monte de Venus. La tocaba también con las manos, que colocó sobre su trasero, donde sus dedos tiraron suavemente del lazo hasta soltarlo. Sus braguitas cayeron al suelo.

Ya nada separaba la boca de él del núcleo de ella. Ronan movió la lengua adelante y atrás por el clítoris al tiempo que la alzaba y le colocaba las piernas encima de los hombros de él. Succionó un rato antes de penetrarla con la lengua.

Y Muriel se derritió, envuelta en una marea de calor y placer. Él lamía y succionaba y la volvía loca. Ella gemía, lloriqueaba y se arqueaba hacia atrás. Se habría caído si no hubiera tenido detrás la pared del ascensor. Notaba la madera fría y dura en la espalda, pero le daba igual.

Tenía la fuerza y el calor de Ronan, que seguía moviendo la boca en su cuerpo. Se aferró a su cabeza. Su lengua jugaba con ella. Levantó una mano hasta el pecho de ella, encima del pezón duro.

Muriel gritó cuando llegó al clímax, pues el orgasmo la hizo estremecerse con tal intensidad que los ojos se le llenaron de lágrimas. Y comprendió por qué las mujeres le suplicaban más.

A pesar del reciente orgasmo, ella quería más.

Ronan no se había apartado. Seguía lamiendo como si no se cansara nunca del sabor del orgasmo de ella. Pero no era eso lo que Muriel quería en aquel momento.

Lo quería a él. Quería sentirlo dentro.

Bajó las piernas de sus hombros e intentó sostenerse de pie. Pero su cuerpo estaba demasiado lánguido por el placer y sus músculos demasiado lasos. Se le doblaron las piernas y cayó de rodillas delante de él. Ya le había abierto la camisa, así que se la bajó por los hombros junto con la chaqueta. A continuación llevó las manos al cinturón.

Ronan le atrapó la mano y entonces fue ella la que se preguntó si iría a pararla. Se quedó paralizada, recordando todas las veces que había ocurrido eso en su matrimonio. Ella no era la adicta al sexo que habían descrito su ex y los testigos, pero, desde luego, lo necesitaba más que su esposo, que tenía siempre una excusa. No se sentía bien, estaba cansado...

Y Muriel se había preguntado si no sería culpa de ella. Si simplemente ocurriría que no era muy deseable.

Sin embargo, los ojos oscuros de Ronan ardían de deseo por ella. Su pulgar le acariciaba la muñeca por encima del pulso. Su voz sonó rasposa cuando murmuró:

—Si me tocas ahora, me correré en el acto, y quiero que esto dure.

Muriel quería lo mismo, pero él la tenía de nuevo al borde del orgasmo solo con sus palabras, y con su modo ronco y sexy de pronunciarlas, especialmente cuando su mirada se movió por el cuerpo de ella como una caricia.

Ronan se lamió los labios, que estaban húmedos del orgasmo de ella, y gimió.

—Tienes un sabor tan maravilloso que podría pasarme toda la noche ahí abajo.

—No tenemos toda la noche —le recordó ella. Solo tenían hasta que alguien se diera cuenta de que el ascensor no se movía y se pusiera a trabajar en el problema—. Tenemos que darnos prisa.

No le importaba que él terminara deprisa, solo le importaba que lo hiciera dentro de ella. Con un preservativo, por supuesto. Siempre había practicado el

sexo seguro. Tomó el bolso que había dejado en el suelo. Seguro que llevaba alguno dentro.

¿O no?

No necesitó buscarlo. Ronan sacó uno de su cartera y a continuación se puso de pie. Se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera de los pantalones.

Muriel contuvo el aliento mientras esperaba que los bajara junto con los calzoncillos, y cuando lo hizo, soltó el aire con un respingo de admiración. El pene de él era enorme... largo, grueso y palpitante.

Quería tocarlo con las manos y con la boca. Quería succionarlo como la había succionado él. Pero cuando tendió la mano hacia él, Ronan deslizó los dedos en el pelo de ella.

—No tenemos tiempo —le recordó. Y por su voz, parecía que lo lamentaba.

Quería que ella se la mamara. Lo veía en su cara y en cómo la miraba arrodillada delante de él. Muriel se lamió los labios con la lengua para incitarlo y él volvió a emitir otro gemido torturado.

Pero terminó de quitarse los pantalones, abrió el paquete de papel de aluminio y se puso el preservativo. Seguramente se los harían de encargo, pues le cubría mucho más de lo que ella pensaba que cubrirían los normales.

—¡Qué grande es! —murmuró sin aliento, y la recorrió un estremecimiento de miedo. ¿Le cabría?

Estaba deseando descubrirlo. Se tumbó en el suelo del ascensor y, con él mirándola, bajó la mano por su cuerpo. Empezó en la garganta y fue bajando por los pechos y el abdomen hasta donde estaba mojada y palpitante. Cuando movió los dedos encima del pubis, gimió y se retorció. Estaba muy preparada para él.

Y Ronan volvió a gemir.

—Vas a hacer que me corra solo con mirarte —le advirtió, antes de dejarse caer de rodillas de nuevo.

En lugar de colocarse entre las piernas de ella, la levantó, de modo que ella quedó sentada a horcajadas sobre los muslos de él. Luego la levantó más todavía, hasta que casi estuvo de pie, de modo que pudiera ir bajando sobre la polla de él. Muriel lo guió a su interior, con sus músculos internos estirándose y aferrándolo. Aunque estaba muy mojada, tuvo que estirarse y arquearse para recibirlo dentro. Sentía el pene palpitando con el mismo deseo que la llenaba a ella.

Y la tensión era evidente en el atractivo rostro de él, en las gotas de sudor

de su frente y en la rigidez de su mandíbula apretada. Ronan bajó la cabeza y la besó. Y cuando deslizó la lengua en la boca de ella, embistió con fuerza dentro de su cuerpo. Sus manos agarraron las caderas de ella para guiarla primero hacia abajo y después hacia arriba.

Se movían juntos y el ritmo se iba haciendo cada vez más frenético a medida que aumentaba la presión en su interior.

Muriel anhelaba tanto el orgasmo que casi sollozaba. Estaba al borde de algo que sabía instintivamente que sería mucho más poderoso que nada de lo que había sentido antes.

Si solo con la boca le había dado un orgasmo abrumador, con aquella polla...

Aquella polla enorme y palpitante...

No podía ni imaginar el placer que sería. Y de pronto ya no tuvo que imaginarlo, pues sus músculos empezaron a contraerse. Él deslizó la mano entre los dos y rozó el clítoris con el pulgar una vez... y después otra.

Y ella gritó atrapada por el placer. Y llegó a un orgasmo que parecía que no se iba a acabar nunca.

Entonces él terminó también. Agarró las caderas de ella con fuerza y la embistió con ímpetu antes de ponerse tenso y gritar. Y su cuerpo se estremeció en el orgasmo.

Muriel estaba en shock. En lugar de paralizada o exhausta, estaba llena de pánico. ¿Qué había hecho?

El grito que había lanzado.

Jamás había gritado así, pero, por otra parte, jamás había sentido nada igual.

Y eso le daba un miedo cerval, así que se movió con rapidez. Se levantó de un salto del regazo de él y recogió su ropa. Le temblaban demasiado las manos para entretenerse con los lazos de Bette, así que se puso los vaqueros y el suéter y guardó la ropa interior en el bolso.

Ronan se vistió también, pero no tan deprisa como ella. Miró a su alrededor mientras se abrochaba los botones de la camisa. A él no le temblaban las manos.

Muriel lo odió por eso, además de por todas las otras razones por las que lo odiaba ya. Odiaba que lo que acababan de hacer pareciera tener tan poco efecto en él. Pero, por otra parte, él practicaba el sexo muy a menudo.

Era ella la que se había visto reducida a utilizar compañeros de placer que

funcionaban a pilas. Por culpa de él. Quizá, pues, fuera una cuestión de justicia poética que él le hubiera dado tanto placer.

Se lo debía.

También le había dado miedo. Seguramente los habría oído alguien y estarían investigando los sonidos. Esperaría un momento antes de poner en marcha el ascensor, no quería que los vieran salir y se dieran cuenta de lo que acababan de hacer.

El ascensor olía a sexo... a orgasmo y a sudor.

El sudor chorreaba entre sus pechos.

—¿Hay una cámara de seguridad aquí? —preguntó él—. ¿Es por eso que estás tan asustada?

Muriel lanzó un respingo. Eso no se le había ocurrido. Tenía miedo de que los pillaran, pero no había pensado que pudieran haberlos grabado.

¿Por qué no se le había ocurrido que pudiera haber cámaras de seguridad en el ascensor? Con la suerte que tenía, probablemente las habría y alguien vendería las imágenes, que acabarían colgadas por todo internet.

Su vídeo de sexo con Ronan Hall.

Tendría que estar horrorizada, pero sentía cierta excitación al pensar en ver lo que le había hecho él. Lo que quería que volviera a hacerle. Pero si se giraba hacia él en ese momento, Ronan pensaría que todos habían dicho la verdad y era una adicta al sexo.

Pulsó con mano temblorosa el botón que ponía en marcha el ascensor. Tenía que buscar a un guardia de seguridad y asegurarse de que, si había un vídeo, ella tuviera la única copia.

—¿Ni siquiera puedes mirarme? —preguntó él.

Si Muriel no lo hubiera conocido, habría creído que su voz sonaba herida. Pero después de todas las semanas que había pasado con él en el tribunal y de todas las entrevistas que le había visto dar, lo conocía. Sabía que, como no tenía sentimientos propios, no le importaban los de los demás. Era imposible que ella pudiera herirlo.

Imposible... a menos que perdiera su licencia para ejercer debido a la denuncia de ella. Sintió una punzada de remordimientos por haber hecho aquello, pero enseguida recordó todas las semanas en los tribunales, las mentiras que habían dicho sobre ella y a los reporteros que la acosaban en busca de entrevistas.

Negó con la cabeza. No. No podía mirarlo en aquel momento. Y tendría que

haber sido porque estuviera asqueada por lo que acababa de hacer y con quién lo había hecho, pero no. No podía mirarlo porque lo deseaba de nuevo.

Sin embargo...

Los orgasmos que le había dado solo le habían hecho desear más. Su plan le había explotado en la cara. No lo haría caer de rodillas, al menos no del modo que ella quería. Pero tenía mucho miedo de que fuera él el que la pusiera de rodillas a ella y se quedara así, suplicándole cualquier placer que quisiera darle. Lo mejor sería no volver a verlo más, salvo en el vídeo, si es que existía la cámara de seguridad.

Casi deseaba que así fuera.

Capítulo 5

Lástima que no hubiera habido una cámara de seguridad en el ascensor. Así Ronan habría podido ver el vídeo y verificar que no había soñado lo que había pasado aquella noche de hacía ya una semana. Habría sabido de cierto que había tenido un rollo con Muriel Sanz, la mujer más bella del mundo.

No la consideraba así porque fuera romántico o fantasioso. Solo repetía algo que el mundo había declarado ya. Había sido elegida la mujer más bella del mundo por *Celebrity International* y estaba en las portadas de todas las revistas y en muchos lugares de internet. Era imposible escapar de ella.

Y sin embargo, hacía días que no la veía. Y ya no estaba seguro de que lo ocurrido hubiera pasado de verdad. Desde luego, no lo había liberado de la tensión que embargaba todavía su cuerpo.

O quizá estuviera tenso por la reunión que habían convocado sus socios. Antes de que hablara alguien, ya sabía que el tema era él.

El martes era el día en el que solían comentar los asuntos de Street Legal y aquel día era viernes. Por supuesto, la reunión podría haber sido por el inminente juicio por asesinato que llevaba su socio Stone Michaelson. Era el caso más notorio que había llevado hasta la fecha, pues representaba a un multimillonario acusado de matar a su joven esposa. Tal vez su caso se hubiera visto comprometido. Sospechaban que tenían un topo en el despacho. Alguien había dado notas de casos de Trevor Sinclair, otros de los socios, al abogado de la competencia, pero como Trevor había ganado el caso contra una empresa farmacéutica importante, aquello no les había supuesto mucho problema.

Peor eran las notas sobre Ronan que habían terminado en el Colegio de Abogados. Aunque eran falsificadas, sí podían hacerle daño. Podía perder su licencia o, como mínimo, ser sancionado. Y si eso ocurría, podía afectar

también a su carrera.

Miró a sus tres socios, sentados en torno a la mesa. Eran algo más que compañeros de trabajo, eran amigos desde hacía tiempo. De no ser por ellos, no habría sobrevivido a la época que había pasado en la calle de adolescente. Y precisamente porque eran sus amigos, tenía que arreglar aquello de modo que no les afectara en absoluto.

—No os preocupéis —dijo, porque sus miradas sombrías y sus mandíbulas rígidas expresaban claramente que estaban preocupados—, tengo esto controlado.

—¿Sabes quién es el topo? —preguntó Simon, esperanzado. Como socio administrador, se había arrogado el papel de encontrar la fuente de las filtraciones, pero, en lugar de eso, había encontrado amor.

Ronan habría preferido que Simon hubiera encontrado al topo, y no solo por razones egoístas, sino también porque para su amigo habría sido menos peligroso que arriesgar su corazón.

—No —negó con la cabeza—. No sé quién es —el topo tenía que ser alguien del despacho, una persona que tenía acceso a sus casos.

—Tenemos que averiguarlo —comentó Trevor, quien seguía cabreado porque hubieran puesto en peligro su gran juicio civil—. Tú necesitas saberlo, para descubrir quién está detrás de ese lío con el Colegio de Abogados.

Ronan sintió un calor interior. Trevor lo apreciaba. Todos lo hacían. Y él, a pesar de su reputación de que no le importaba nada que no fuera ganar, sentía aprecio por ellos.

—Lo siento —dijo.

—Se suponía que era yo el que tenía que encontrar al topo —intervino Simon.

—Y las alegaciones de Muriel Sanz no son ciertas —añadió Stone, leal como siempre—. Es imposible que tú sobornaras a alguien para que cometiera perjurio.

Ronan se alegraba de que sus amigos supieran eso y creyeran en él. ¡Ojalá Muriel pudiera hacer lo mismo!

Tenía que saber la verdad o no se habría puesto a falsificar los documentos. Pues, a pesar de sus afirmaciones de lo contrario, tenía que ser ella quien los había falsificado. Pero si eran lo bastante creíbles para que los investigara el Colegio, seguro que parecían auténticos. ¿Y cómo había conseguido ella hacerlos sin ayuda?

—Gracias —dijo Ronan—. Me alegra que sepáis eso.

—Tú no necesitas hacer trampas para ganar —repuso Trevor.

—Ya no —murmuró Simon, quien había sido un artista del timo, entrenado por su padre desde muy joven para engañar a la gente. Sin su encanto y su astucia, Ronan y sus socios no habrían sobrevivido en la calle—. Pero hay alguien que sí hace trampas. Una cosa es que nos roben información de las carpetas, ¿pero falsificarla?

—Quizá solo nos quitaran el papel con el membrete y la modelo falsificara los documentos —dijo Trevor.

Eso era lo que creía Ronan. O, al menos, lo que creía antes del interludio en el ascensor, pues después de eso, ya no sabía qué pensar. Ni siquiera estaba seguro de creer que había ocurrido aquello. ¡Seguía tan tenso y necesitado! De ella. Ni siquiera se había molestado en intentar paliar esa tensión con otra mujer. Sabía que ya solo podría satisfacerlo Muriel... hasta que se cansara de ella.

Stone resopló con desdén.

—¿Crees que es lo bastante lista para eso?

Ronan se puso aún más tenso.

—No es una Barbie descerebrada —dijo, cortante. No era propio de su amigo caer en ese estereotipo solo por el trabajo de ella. Ronan había salido con muchas modelos listas, y Stone también—. No es idiota.

Stone movió la cabeza.

—He leído tu caso sobre ella. Tenía que ser idiota para casarse con ese tío.

—Muchas personas inteligentes se casan con la persona equivocada —replicó Ronan. Su padre había sido una de ellas y era un hombre inteligente en todos los aspectos menos en el amor.

—No lo dudo —repuso Stone—. Pero fuiste tú el que la pintó como una Barbie descerebrada.

—Allison McCann y él —musitó Trevor, con un suspiro que casi sonaba arrepentido.

Él también utilizaba Relaciones Públicas McCann, la empresa de Allison, en todos sus juicios. Pero Trevor llevaba casos civiles de perfil alto y Ronan se ocupaba de divorcios notorios.

Debido a su reputación y a sus clientes, casi todos los casos de Street Legal, incluidos los fideicomisos y los testamentos que preparaba Simon, eran de perfil alto.

—No fuimos solo Allison y yo —repuso Ronan—. También fueron todos esos testigos que ella dice que mintieron —¿sería cierto que habían mentido? Tenía que averiguarlo. Tenía que saber qué narices era verdad y qué era ficción.

Y también si había echado un polvo en un ascensor con la mujer más bella del mundo o lo había soñado.

—Bette cree que mintieron —intervino Simon.

—Bette es su amiga —le recordó Ronan. Y la amistad era mutua. Muriel también había defendido a la exasistente de Simon.

Este se puso tenso.

—No seguirás pensando que Bette le dio el papel con el membrete a Muriel, ¿verdad?

Ronan no podía descartarlo hasta que conociera todos los hechos. Y, al parecer, él no era el único. Tanto Trevor como Stone miraron un instante a Simon y luego apartaron la vista.

—¿Todos pensáis que pudo hacerlo? —preguntó el socio administrador.

—Son amigas —contestó Trevor.

—Nosotros también —repuso Simon. Pero en lugar de continuar la frase, lanzó un juramento.

—Y todos mentiríamos por los demás —terminó Trevor en su lugar.

Simon suspiró.

—Sí, lo haríamos. Pero Bette no me mentiría a mí.

Ronan lanzó un bufido. Nunca había conocido a una mujer que no mintiera. Y no podía creer que su amigo, tan astuto en la calle, se hubiera vuelto tan ingenuo.

Sí, enamorarse era un error para todo el mundo. Error que Ronan no cometería jamás.

En lugar de enfadarse, Simon se limitó a mover la cabeza como si compadeciera a Ronan, cuando era él el que se había atado a una mujer. Su plan había sido seducir a Bette para averiguar si era el topo del despacho, pero había terminado seducido por ella. Bette había timado al timador.

El digno de compasión era Simon, no Ronan.

—¿Por qué crees que no te mentirá a ti? —preguntó este último con curiosidad sincera.

—Porque me ama.

Ronan soltó otro bufido.

—Me quiere de verdad. No es un capricho ni lujuria, es real —dijo Simon. Y a Ronan le entristeció que su amigo creyera que el amor era real.

—¡Lástima que tú no hayas podido hacer eso! —exclamó Stone—. Si hubieras hecho que Muriel se enamorara de ti, quizá habrías conseguido que retirara la denuncia al Colegio de Abogados.

—¿Acaso se toman eso en serio? —preguntó Ronan. Stone tenía una fuente en el Colegio.

Su amigo asintió con aire sombrío.

—¡Maldita sea!

—Prueba la idea de la seducción —sugirió Trevor—. A Simon le funcionó. El aludido soltó una risita.

—Me funcionó porque yo tenía una relación cordial con Bette. Pero Muriel Sanz odia a Ronan. Jamás le permitirá acercarse lo suficiente como para intentar seducirla.

¡Oh! Sí le había permitido acercarse lo bastante para tocarla, saborearla y follar con ella.

¿Y si hubiera habido una cámara en el ascensor?

No habían pensado en eso hasta después. No habían pensado en absoluto, ni en eso ni en nada. Y Ronan no les había hablado a sus amigos de sus encuentros con Muriel porque temía que pensarán que eso solo lograría empeorar la situación y cabrearla todavía más.

Y tal vez fuera eso lo que había pasado, pues Muriel ni siquiera había sido capaz de mirarlo después de...

Stone suspiró.

—Y Ronan tampoco tiene tu encanto. Tienes razón, no funcionaría.

—¿Queréis apostar? —preguntó Ronan.

Simon se echó a reír.

—¿Ahora quieres jugar a verdad o atrevimiento?

Habían jugado a eso en la calle, cuando se retaban unos a otros a correr riesgos estúpidos o decir la verdad sobre las vidas de mierda de las que habían huido. Ronan siempre elegía atrevimiento. Y en aquel momento haría lo mismo con Muriel Sanz.

Se atrevería a intentar sacarle la verdad.

—Es un trabajo sucio —dijo—, pero alguien tiene que hacerlo.

—Yo me sacrificaría gustoso —comentó Stone, con un suspiro lujurioso— si no estuviera a punto de empezar el juicio por asesinato.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció Trevor. Y sus ojos azules brillaron con lascivia—. Me gustaría tirarme a la mujer más bella del mundo.

—¡No! —gritó Ronan.

El grito le sorprendió, sobre todo porque le salió sin pensar, al tiempo que una emoción extraña le recorría el cuerpo, le provocaba nudos en el estómago y le hacía apretar los puños.

¿Eso eran celos?

Era algo que no había experimentado nunca. Jamás había sido posesivo con nadie. ¡Qué narices!, en el pasado, incluso había hecho de celestina entre sus amigos y alguna ex. Tal vez el problema fuera ese, que todavía no se había cansado de Muriel Sanz.

—Ya sé que crees que es una arpía —dijo Trevor—. Pero puedo cuidarme solo. De hecho, me gusta el sexo duro —soltó una risita.

Ronan sintió deseos de pegarle. ¿Qué demonios le ocurría? Aquellos eran sus amigos. Apretó los dientes y movió la cabeza.

—Yo me ocuparé —dijo—. Ya he hablado un par de veces con ella desde que me denunció.

Al otro lado de las mesas, Trevor se inclinó hacia delante y lo observó atentamente.

—¿Qué? —preguntó Ronan, nervioso.

—Busco huellas de garras.

Ronan se tocó la mejilla y Trevor se echó a reír.

—Te pegó.

—Me lo busqué.

—Oh, seguro que sí —contestó Trevor—. ¿Y qué te hace pensar que puedes lidiar con ella?

Ronan no estaba seguro de poder, pero sí estaba dispuesto a intentarlo.

—Ella es mi problema —dijo—. Y nunca he tenido un problema con el que no haya podido lidiar.

Hubo un silencio súbito. Todos apartaron la vista de él como habían hecho con Simon cuando se había mostrado seguro de que Bette no mentía. Sabían que había un problema con el que no había podido lidiar sin salir huyendo: sus padres.

No obstante, esa vez no huiría. Suspiró.

—Venga, chicos, de eso hace mucho. Puedo lidiar con Muriel Sanz —y tenía intención de acariciarla hasta que gritara otra vez como había hecho en el

ascensor.

O, al menos, creía que había hecho eso. Tenía que asegurarse de que no lo había soñado todo.

—Recuerda cuál es tu objetivo —le aconsejó Simon—. Quieres que retire la denuncia del Colegio de Abogados.

—Y te diga de dónde sacó esos documentos —añadió Trevor con una mirada rápida a Simon.

Ronan se levantó de la mesa para no darles tiempo a empezar a debatir de nuevo.

—Reto aceptado —dijo, de camino a la puerta.

Aunque, antes incluso de salir, se dio cuenta de que Muriel Sanz bien podía ser el mayor desafío de su vida.

Sonó el timbre de la puerta y Muriel se encogió. Llevaba días sonando sin parar, desde que había recibido aquel título ridículo que inventaban las revistas para vender más ejemplares. No sabía quién votaba esas cosas. ¿Ella la mujer más bella del mundo?

¡Sí, vamos!

El timbre volvió a sonar y Muriel se abrió paso por el apartamento, que de pronto estaba abarrotado de cosas. Cuando se asomó por la mirilla, solo vio flores, una profusión colorida de lirios naranja tigre, gardenias rojas y tulipanes amarillos. Eran unas flores muy hermosas, no podía rechazarlas. Abrió la puerta con un suspiro.

—Seguro que empieza a cansarse de subir tantas flores —dijo.

Entonces las flores se movieron y mostraron una cara. La cara injustamente atractiva del hombre que las llevaba. No era Howard, el conserje de pelo gris con tantas arrugas que parecía un *bulldog*. Era el hombre que atormentaba los sueños de Muriel y la mantenía despierta entre las sábanas revueltas.

Ronan no parecía que hubiera perdido horas de sueño en la última semana. ¡Qué hombre tan puñeteramente atractivo! Seguramente no venía desde el despacho, porque llevaba vaqueros y una camiseta, que dejaba sus brazos desnudos, unos brazos en los que sobresalían los músculos debido a la carga que transportaban.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella. Se le aceleró el pulso al darse cuenta

de que él sabía dónde vivía. Había localizado su apartamento igual que había localizado la última vez dónde trabajaba.

Ronan levantó una botella de vino que llevaba en la mano que no sujetaba las flores.

—Nunca llegamos a tomar esa copa —sus ojos oscuros brillaban de malicia porque recordaba, igual que ella, por qué no habían tomado esa copa.

Habían saciado su sed en el ascensor. No. Eso solo le había abierto el apetito a Muriel y hecho que lo deseara más.

—No estás aquí para tomar una copa —dijo, al ver cómo la miraba.

No iba vestida como la mujer más bella del mundo. Llevaba un pantalón viejo de chándal y una camiseta de tirantes, pero él la miraba como si solo le cubriera la lencería seductora de Bette. O quizá pudiera ver debajo de la camiseta de tirantes y de los pantalones raídos.

Ronan se adelantó y ella retrocedió instintivamente, lo que le permitió a él entrar en el apartamento. Además de la botella de vino, llevaba también una bolsa grande, de la que salían aromas a comida con especias.

—No, también he traído la cena —dijo—. Recuerdo que aquella noche tenías hambre.

—De eso hace más de una semana —le recordó ella—. He comido desde entonces.

Tenía hambre, sí, pero no de la comida de la bolsa. Tenía hambre de él. Le rugió el estómago y recordó que no había comido últimamente.

Ronan rio.

—Hoy no —dijo.

Muriel hizo una mueca.

—En las dos últimas horas, no.

Ronan miró de nuevo su cuerpo.

—¿Estás pasando hambre?

La joven rio.

—Si lo hiciera, no tendría este aspecto.

Ronan asintió, y un leve gemido escapó entre sus labios.

—No, eso es cierto. Y me alegro de no haberme molestado en traer también una ensalada.

—¿Qué has traído? —preguntó ella, aunque sabía que sería estúpido dejar que se quedara.

No se limitarían solo a vino y comida. Habría también sexo, y quizá era por

eso por lo que le dejaba quedarse.

Deseaba mucho acostarse con él. Quería saber si el sexo entre ellos era tan bueno como le había parecido en el ascensor o si se lo había parecido así porque hacía mucho tiempo que solo tenía actividad sexual con su vibrador.

—Comida de Carmine's —dijo él.

Muriel señaló la bolsa.

—Eso ya lo veo.

—Pasta ragú y pollo a la parmesana.

A Muriel le sonó de nuevo el estómago.

—Buena elección. ¿Y el vino?

Ronan levantó de nuevo la botella, que llevaba en la misma mano que la comida.

—*Pinot noir*.

La joven se preguntó cómo podía saber qué era lo que más le gustaba, hasta que recordó que había tenido que hacer una entrevista para la revista que le había otorgado aquel título ridículo. Lo miró entornando los ojos.

—Has hecho los deberes —dijo.

Ronan no lo negó. Entreabrió los labios en una de sus sonrisas puñeteramente seductoras y le brillaron los ojos oscuros.

—Por suerte para mí, tus gustos son también los míos.

Muriel no sabía si creerse eso. Dudaba de que pudiera creer mucho de lo que él decía. Pero en ese momento no le importaba. Tenía demasiada hambre, y no solo de comida.

Le quitó la bolsa y lo precedió hasta la pequeña zona de comedor. La mesa también rebosaba de flores, al igual que la mesa de centro delante del sofá y la del vestíbulo. Las flores eran el único color vivo en el apartamento que ella había querido que fuera un oasis de serenidad después del caos que había creado el divorcio en su vida. Las paredes y techos eran blancos, igual que los muebles. Y los suelos no tenían alfombras ni ninguna mancha ni barniz que oscureciera el roble blanco.

—Esto parece una funeraria —comentó él.

—Tú no eres el único que ha leído ese artículo —contestó ella—. Todas las flores son para felicitarme —eran de personas a las que no conocía. De diseñadores, fotógrafos e incluso algunos productores de cine. Se estremeció un poco al pensar en toda la atención que había atraído.

Ronan le tendió las flores.

—Felicidades.

La joven se encogió de hombros.

—Yo no he tenido nada que ver con eso —en todo caso, probablemente se debía más a él y a toda la publicidad generada por el divorcio, pero no lo dijo—. Es pura genética —terminó.

Él se echó a reír.

—¿O sea que no niegas que eres hermosa?

—¿Tendría que hacerme la modesta? —preguntó ella. Había demasiada gente que le había dicho que era hermosa, empezando por sus abuelos, siempre sinceros, para que ella dijera otra cosa.

—Mentirías si lo hicieras —dijo él.

Muriel lo miró con intención.

—Y yo no miento.

Ronan no discutió aquello. Solo sonrió y levantó de nuevo el vino.

—¿Sacacorchos? —preguntó. Su sonrisa se hizo más amplia y sus ojos oscuros brillaron con malicia.

Muriel pasó a la pequeña cocina a través de un arco, sacó un sacacorchos de un cajón del mueble blanco y se lo tendió. A continuación sacó platos y cubiertos. Esa vez tenía intención de comer y beber antes.

Pero no tenía la menor duda de cuál sería el postre.

Capítulo 6

Ver comer a Muriel era una tortura.

Cerraba los ojos y saboreaba cada bocado con pequeños gemidos de placer deslizándose entre sus labios. Después de tragar la comida, se lamía los labios como para limpiar alguna gota de salsa o un trozo de algún alimento. A continuación se llevaba el tenedor a los labios, los abría despacio y volvía a iniciar todo el proceso.

Era la primera vez que Ronan se excitaba viendo comer a alguien, pero estaba tan empalmado que no podía saborear lo que entraba en su boca, solo podía masticarlo y regarlo con un sorbo de vino.

Muriel lo distraía demasiado. Era demasiado irresistible.

Tenía el cuerpo tenso y le vibraba la polla con la necesidad de enterrarse en ella. No. Ya no tenía más hambre. Apartó el plato y tomó otro sorbo de vino.

—Me sorprende que me hayas dejado entrar —murmuró.

Muriel alzó la vista como si acabara de darse cuenta de su presencia allí. Estaba tan concentrada en la comida, que era posible que se hubiera olvidado de él.

Ronan se encogió, herido en su ego. Nadie olvidaba su presencia... hasta aquel momento.

—Tú no eres el único —murmuró ella—. Pero tenía hambre.

—En ese caso, me alegro de haber traído comida.

—Gracias —dijo ella. Señaló el plato de él—. Tú no has comido mucho.

—No tengo hambre —de comida. Tenía demasiados nudos en el estómago para comer algo. Pero a ella...

Quería saborearla de nuevo como había hecho en el ascensor. Quería ver si era tan dulce como le había parecido, tan adictiva.

No porque él pudiera hacerse adicto a nadie, que no. Sabía lo peligroso que

podía ser eso y no estaba dispuesto a cometer ese error, ni siquiera por la mujer más bella del mundo.

—¿Por qué has venido? —preguntó.

Ronan abrió la boca y estuvo a punto de decir la verdad, porque era un hombre directo por naturaleza. Pero si le decía que su intención era seducirla para que retirara la denuncia en el Colegio de Abogados, lo echaría de allí a patadas. No podía decir la verdad. O, como mínimo, no podía decir toda la verdad.

—He venido porque no puedo dejar de pensar en la otra noche en el ascensor —repuso.

—Fue terrorífico —replicó ella.

Era cierto. Había sido terrorífico. Ronan no recordaba haber deseado nunca a nadie tanto como a ella. Y ese día, en su apartamento, la deseaba más todavía, especialmente después de verla comer. Quería verla hacer algo más.

Con él.

—Pensé que íbamos a morir allí —añadió ella.

Él se dio cuenta de que hablaba del incidente del ascensor, no del mismo en el que pensaba él, el que lo mantenía despierto y empalmado por las noches y prácticamente también en casi todos los momentos del día.

¿Pero había ocurrido de verdad?

¿O lo había soñado él?

—Eso no habría pasado si tú no hubieras jugado con el panel de los botones —le recordó.

Los ojos de ella brillaron con malicia.

—Me gusta poner a prueba los controles —comentó.

Ronan se dio cuenta de que se burlaba de él y sonrió.

—¿Los tuyos o los míos?

—Ambos —repuso ella—. Pero suspendí el examen del ascensor.

—¿Por eso no podías mirarme después? —preguntó él.

Aquello le había preocupado. ¿Tanto la asqueaba que se había avergonzado de echar un polvo con él? ¿O era que se avergonzaba de haberlo hecho en aquel lugar?

Muriel suspiró.

—No puedo creer que no pensáramos en las cámaras —lo miró con recelo—. ¿O tú lo pensaste y te daba igual?

Ronan negó con la cabeza.

—Sinceramente, no pensé en nada en absoluto —se había limitado a dejarse llevar por una atracción poderosa por la mujer más bella del mundo.

Muriel lo observaba con intensidad, como si quisiera determinar si era sincero.

—La famosa eres tú —comentó él—. ¿No asumes que siempre hay cámaras grabándote?

—No sé si ahora soy famosa o infame —respondió ella. Y estaba claro que le echaba la culpa de eso—. Pero tendría que estar acostumbrada a que siempre haya cámaras grabándome.

Ronan había visto paparazi apostados delante del edificio, pero sospechaba que ella lo sabía y que por eso estaba en casa un viernes por la noche. Claro que todavía era temprano. Quizá pensara salir cuando oscureciera.

—Desde luego —comentó él—. Creo que vas a tener más de quince minutos de fama —ya había descubierto que ella era algo más que una cara espectacular y un cuerpo perfecto. También era inteligente y fuerte.

Muriel se encogió de hombros.

—Llegará otro escándalo y la prensa se olvidará de mí.

Ronan movió la cabeza.

—De eso nada.

La joven suspiró, mirándolo todavía.

—Si sigo viéndome contigo, no —musitó.

—¿Crees que yo te voy a meter en otro escándalo? —preguntó él.

—Solo pasar algo de tiempo contigo es un escándalo —repuso ella—. Eres el hombre que representó a mi ex en los tribunales, el hombre que me destrozó.

Ronan se echó un poco hacia atrás y casi cruzó el arco que separaba la sala de estar del comedor. El apartamento era pequeño, pero ella había perdido el ático en el divorcio... gracias a él. Tomó la revista que había visto en una mesa y levantó la portada con el rostro de ella impreso.

—No pareces destrozada.

Con todo el éxito que tenía últimamente, seguramente podría pagarse un lugar más grande que el que había perdido.

—Soy fuerte —dijo ella.

—Sí, lo eres —Ronan se identificaba con eso. Había sobrevivido a muchas cosas en su vida y podría sobrevivir también a aquello, lo que quiera que fuera aquella cosa con ella.

Un desafío. Sus amigos lo habían retado a que consiguiera que ella retirara

la denuncia. Y seguramente lo conseguiría. Vacío la botella de vino en la copa de ella.

—¿Pretendes emborracharme? —preguntó ella.

—¿Con una botella de vino? —repuso él. Alzó su copa—. ¿Una botella de vino entre dos?

—Quizá me tomas por un peso ligero —musitó ella.

Ronan la observó. A ella le brillaban de nuevo los ojos.

—Apuesto a que puedes tumbarme bebiendo —dijo él.

—Podemos hacer una competición —sugirió ella.

—¿Quién es la que intenta emborracharse ahora? —preguntó él. No quería emborracharse, ya le costaba bastante controlarse cuando estaba con ella, aunque estuviera sobrio. Apartó su copa.

Y ella ese puso a cacarear como una gallina.

Ronan se echó a reír. Aquella mujer era una sorpresa tras otra, y la mayor era que siguiera permitiéndole acercarse. ¿Acaso sentiría la misma atracción por él que sentía él por ella?

—Tengo cierto miedo —admitió, y en eso no mentía—. De ti.

Muriel sonrió.

—¿Te crees tu propia campaña de difamación? ¿De verdad crees que soy una devorahombres?

—Sí.

—Todavía tengo hambre —dijo ella.

Había apartado ya su plato y echó la silla hacia atrás, aunque, en lugar de levantarse, se dejó caer de rodillas y desapareció debajo de la mesa.

Al instante, él sintió las manos de ella en los muslos, y las palmas subiendo hacia la cremallera del pantalón. Echó hacia atrás la silla, pero no pudo ponerse en pie porque le empezaban a temblar las piernas.

Le temblaba también la polla, que vibraba por el deseo que lo embargaba.

—¿Qué haces? —preguntó con voz ronca.

—Poner a prueba el control.

Ronan no tuvo que preguntar el de quién. Lo sabía. Era el suyo. Desde luego, estaba en apuros. Pero no podría mantener el control con ella tocándolo. Sin embargo, estaba impotente para pararla. Ella le desabrochó el cinturón y le bajó la cremallera del pantalón antes de bajarle los calzoncillos para liberar la polla. Esta casi saltó en sus manos y ella se echó a reír.

—Está impaciente —musitó.

Ronan quería aquello, lo había imaginado, se moría por ello, por el momento en el que ella cerrara los labios alrededor de su verga...

Muriel no se apresuró. Primero subió y bajó la mano por todo el pene, lo cual casi le volvió loco. Luego se inclinó hacia delante y pasó la lengua por el glande.

Ronan casi perdió la cabeza. De su garganta brotó un gemido y se echó hacia atrás. Sentía que se le tensaban los músculos del cuello y tenía nudos en el estómago. La tensión se acumulaba en su interior. Luego ella bajó la lengua por el pene de él, hasta los testículos.

—¿Qué me haces? —murmuró él con un gemido.

Sospechaba que era una tortura y no podía negar que se lo había buscado. La deseaba tanto, quería tanto que cerrara los labios en su pene y se lo introdujera en la boca, que estaba dispuesto a darle lo que quisiera de él.

Pero no era eso lo que tenía que ocurrir. Se suponía que debía seducirla él a ella y, en lugar de eso, había sido seducido hasta sentirse incapaz de rebelarse.

Muriel sabía que esa era su oportunidad. El cuerpo grande y musculoso de él casi temblaba por la pasión que lo embargaba. Estaba a punto de perder el control.

Si se retiraba de pronto...

Si se detenía...

Tal vez pudiera conseguir que él le suplicara que siguiera. Y quizá podría intercambiar sus favores sexuales a cambio de la verdad. ¿Pero podría creer lo que le dijera así?

Además, en aquel momento a ella no le importaba la verdad. Solo le importaban el calor y la pasión que la invadían. Lo deseaba. Quería saborear su polla y su orgasmo. Quería volverlo loco como había hecho él con ella en el ascensor una semana atrás.

Cerró los labios alrededor del pene y succionó. Ronan se arqueó en la silla y gimió. Cerró los dedos en el pelo de ella, pero sin tirar. No la apartaba, la sujetaba cerca.

Él necesitaba el orgasmo. Muriel sentía la tensión en su cuerpo, que prácticamente vibraba. Y su polla se movía en la boca de ella. Sentía su pulso golpeando frenéticamente en la carne erecta. El de ella tenía el mismo ritmo frenético, de lo excitada y estimulada que estaba por darle placer. El pulso le

vibraba en el clítoris y los pezones duros presionaban a través del sujetador de encaje y de la camiseta de tirantes que llevaba.

Gimió y succionó la polla con más fuerza, hasta introducirla en la parte de atrás de la garganta. Luego deslizó los labios arriba, abajo y alrededor, volviéndolo loco.

Los dedos de él agarraron el pelo de ella con más fuerza, pero Muriel no sintió dolor, solo más excitación. Excitarlo era excitarse ella misma. Nunca había deseado a nadie como lo deseaba a él. ¡Eran tan fantástico! ¡Tan grande!

Subió y bajó la mano por el resto de la erección de él.

Y Ronan se corrió por fin y gritó su nombre cuando su cuerpo se tensó y se estremeció. Ella lo bebió como había hecho con el vino, saboreando cada gota. Su sabor era intenso y complejo, igual que él.

Él jadeó con la cabeza echada hacia atrás y el cuerpo flojo, hasta que ella se apartó. Entonces se movió con rapidez, la levantó en vilo y se giró con ella en brazos a mirar el apartamento.

—¿Esto es un estudio? —preguntó.

Muriel señaló una puerta.

—Eso es un dormitorio —dijo.

Era un cuarto pequeño, con la cama ocupando casi todo el espacio, lo cual era algo bueno, porque llegaron pronto y él la dejó sobre el colchón, que estaba cubierto con cojines blancos blanditos y sábanas blancas sedosas. Muriel, en la cama, quería tener la sensación de que dormía en una nube.

Ronan se apartó y, por un momento, ella se preguntó si simplemente la iba a dejar allí. Después de todo, él ya había tenido su orgasmo y tenía fama de ser despiadado. Aunque no de amante egoísta.

Por fin se movió. Se bajó los pantalones y calzoncillos, se quitó los zapatos y se sacó la camiseta por la cabeza, con los abdominales y los músculos del pecho oscilando durante el movimiento.

Muriel soltó un gemido.

—Podrías ser modelo —musitó. Era guapísimo.

Él rio como si acabara de oír un chiste absurdamente divertido.

Pero ella hablaba en serio.

—Podrías —insistió.

—Te he visto en una sesión de fotos —le recordó él, como si ella hubiera podido olvidar la mirada de él clavada en su cuerpo mientras la fotografiaban con distintas prendas de lencería—. No podría quedarme quieto tanto rato. No

podría mantener las poses ni soportar el calor con tantas luces, y, sobre todo, no podría obedecer las órdenes del fotógrafo.

—No, no podrías —asintió ella.

Hacer de modelo era un trabajo mucho más agotador de lo que la gente creía. A Muriel la complació que él lo supiera y respetara lo duro que era. Pero no porque ella quisiera su respeto, no.

Y menos después de como la había tratado en los tribunales.

Sí lo deseaba. Quería tenerlo dentro, llenándola, como había ocurrido en el ascensor. Él empezaba ya a reponerse, se iba empalmado solo con mirarla tumbada sobre las almohadas.

Muriel alzó las caderas y se quitó el pantalón de chándal, que arrojó al suelo con el resto de la ropa. A continuación se sacó el top por la cabeza y mostró su último diseño de Lazos Hechiceros de Bette.

Era verde. Bette lo había diseñado a juego con sus ojos. Y le había regalado las primeras prendas a modo de felicitación cuando la revista la había elegido la mujer más bella del mundo. El sujetador tenía las copas unidas por el lazo que había encima de ellas, así que tuvo que entretenerse en desatar el lazo antes de poder soltar la cinta.

—Ese no te lo vi en la sesión de fotos —comentó él, tras lanzar un silbido de aprobación.

—Bette lo ha creado ahora para celebrar el título de la revista.

—Es mejor que flores —comentó él con un suspiro y sin dejar de mirarla.

Muriel desató el lazo con lentitud, pasando los dedos por el escote al tiempo que soltaba la cinta. Cuando terminó de quitarse el sujetador, Ronan volvía a estar totalmente empalmado.

Las bragas estaban diseñadas del mismo modo, sujetas con un lazo en cada cadera. Antes de que pudiera desatar el primero, Ronan estaba ya con ella en la cama. Se colocó encima, pero se apoyó en un codo para mantener la mayor parte del peso fuera de ella. Se inclinó a besarla. El beso empezó siendo gentil, lo cual la sorprendió tanto que dio un respingo estremecido.

Ronan profundizó el beso y empezó a mover la lengua dentro de la boca de ella, lamiendo la lengua de ella con la punta de la suya.

Muriel mordisqueó esa punta con gentileza y él gimió. Empezó a acariciarla bajando las manos por sus hombros y brazos primero y a continuación por los pechos. Los tocó y ella se arqueó en el colchón para empujar los pechos en las manos de él. Ronan los apretó con gentileza y los masajeó un poco antes de

centrarse en los pezones. Los tomó entre el índice y el pulgar y los frotó hasta endurecerlos.

El calor y la humedad le inundaron la entrepierna y su pubis se hinchó, palpitante. Se retorció debajo de él. Necesitaba más, lo necesitaba a él. Estaba ya tan desesperada como él momentos antes y eso que apenas la había tocado todavía.

—Ronan —murmuró, sin importarle que sonara a súplica. Pero no quería ser la única desesperada, así que volvió a tocarlo. Le acarició el pecho y bajó las manos por los abdominales hasta la verga, que agarró con los dedos.

Muriel arqueó el cuerpo y gimió.

—¡Qué receptiva eres! —exclamó él con voz ronca por la pasión—. Seguro que ya estás mojada para mí.

En lugar de pelearse con los lazos, le bajó las bragas por las piernas y pasó la mano por el pubis de ella. Deslizó los dedos en su interior y lanzó un gemido.

—Muy mojada.

Fue bajando más por el cuerpo de ella y mojándola más todavía al pasar la lengua por su clítoris. Muriel se estaba volviendo loca. Se agarró con fuerza a la cama y después al pelo de él y gritó su nombre cuando la tensión culminó en un orgasmo demoledor.

Su cuerpo se estremeció.

Le clavó las uñas en la espalda a Ronan e intentó arrastrarlo hacia arriba.

—Te necesito —dijo—. Te quiero dentro de mí —le daba igual si sonaba exactamente como la había retratado él, como una adicta al sexo devoradora de hombres. Él era el único hombre al que quería devorar en aquel momento.

Ronan volvió a gemir, pero se apartó.

Y ella casi gimió con frustración, hasta que oyó el ruido del papel de aluminio al romperse. Luego volvió a colocarse encima de ella y la penetró. ¡Era tan grande! Muriel alzó las piernas y él se las levantó todavía más y las colocó sobre sus hombros. Por suerte, Muriel era flexible. Empujó las piernas contra sus pechos para rozar sus pezones, ya muy sensibles. Ronan embistió con fuerza, entrando y saliendo de ella, que se acopló a su ritmo, arqueándose y empujando contra él.

¡Estaba tan cerca!

Muy cerca del orgasmo, pero antes de que pudiera llegar, él se retiró. Le dio la vuelta. La manejaba con facilidad, como si fuera una muñeca. Aunque

fuera modelo, Muriel no era precisamente un peso ligero. Su exmarido no había podido cruzar el umbral con ella en brazos en su luna de miel. Ronan no habría tenido ese problema. Aunque él jamás cruzaría el umbral con ella en brazos.

La levantó con facilidad y la colocó de espaldas a él, con el trasero en alto, y así la penetró de nuevo, movió la mano por su pubis y empezó a acariciarle el clítoris. Subió más la mano por su cuerpo y acarició los pezones con los pechos colgando. Y la penetró más hondo todavía.

Muriel balanceó las caderas contra él y respondió a sus embestidas sin vacilar, a medida que la tensión se acumulaba en su interior. Cuando sus músculos se contrajeron antes de relajarse, se estremeció, ahíta de placer.

Ronan la embistió una vez más antes de ponerse tenso y emitir un gemido hondo. Apretó el pecho de ella con la mano y Muriel volvió a excitarse. A pesar del orgasmo potente que acababa de darle, podría haber empezado a follar de nuevo. Y no solo una vez.

¿Acaso era adicta al sexo con Ronan Hall?

Capítulo 7

A Ronan le temblaban las manos. Mejor dicho, le temblaba todo el cuerpo. Pero se esforzó por apretar los puños y golpear la puerta con ellos. Había un timbre. Podía usarlo, pero sospechaba que la mano le temblaba demasiado para que su dedo pudiera encontrar el pequeño botón.

No tenía problemas encontrando los botones de Muriel. Ni en pulsarlos, como pulsaba ella los suyos. Ambos se volvían locos mutuamente. Quizá por eso estaba allí.

Estaba loco. Tenía que estarlo para haber dejado a la mujer más bella del mundo tumbada desnuda en su cama, pero había sentido el impulso de huir, el mismo que sentía de niño cuando lo abrumaban las peleas de sus padres.

Y había huido.

Aunque no había ido lejos, solo unos pocos pisos más arriba, hasta otro apartamento en el mismo edificio. Alzó la mano para volver a llamar, pero la puerta se abrió antes. Se quedó un momento atónito al ver a la persona que había abierto y lo miraba fijamente. Aunque era una persona conocida, no era la que esperaba, aunque debería haber sabido que, si Bette Monroe estaba en casa, Simon estaría con ella. Sospechaba que su amigo pasaba todo su tiempo libre con su antigua asistente. En ese momento llevaba la camisa desabrochada y el pelo rubio revuelto, así que no era difícil imaginar lo que estaban haciendo.

Lo mismo que había hecho él con Muriel.

Simon parecía también sorprendido de verlo. Entrecerró los ojos azules y frunció la frente, confuso.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Te has perdido?

Aunque sí se sentía un poco perdido, más o menos como cuando había huido de su casa tantos años atrás, Ronan negó con la cabeza.

Y Simon lo acogió igual que había hecho entonces. Abrió la puerta del apartamento y lo precedió por un pasillo corto hasta una sala de estar de buen tamaño. El apartamento era más grande que el de Muriel y más agradable, con suelos de madera pulida y rodapiés oscuros. Tal vez los diseñadores ganaran más dinero que las modelos.

O quizá Muriel no había podido permitirse un apartamento más grande porque había tenido que pagar el acuerdo de divorcio que había conseguido Ronan para su ex.

Se encogió bajo el peso de la culpa. Por supuesto, eso ya no importaba. Con sus éxitos posteriores, seguro que ya volvía a estar por encima de su ex.

Encima...

¿Por qué narices no había probado esa postura con ella? Porque, en ese caso, el ritmo lo habría marcado ella y lo habría vuelto todavía más loco. Cuando se había arrodillado a comérsela, casi había perdido el conocimiento, abrumado por el placer.

Simon se volvió a mirarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Creía que esta noche ibas a intentar seducir a Muriel.

—¿Qué? —exclamó Bette, acercándose a su novio por detrás. Se iba abrochando el cinturón de una bata de seda, que seguramente sería lo único que llevaba—. ¡Eso es horrible!

Ronan no le iba a recordar que eso era lo que había hecho Simon con ella. Ya había causado bastantes problemas entre ellos.

Pero, al parecer, Bette no lo había olvidado, porque le dio un golpe en el hombro a Simon y dijo:

—Ya fue bastante malo que lo intentaras tú conmigo.

—¿Fue malo? —preguntó él. Se volvió hacia ella y enarcó una ceja.

Bette suspiró con anhelo y sonrió con malicia.

—Muy malo.

Simon se acercó más, la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí. Pasó la mano por la cadera de ella y bajó la vista hasta donde empezaba a abrirse la bata encima de los pechos.

Ronan chasqueó los dedos.

—¡Eh, estoy aquí! —dijo.

No le importaba participar en un trío... si las otras dos eran mujeres. Era el único modo en el que estaba dispuesto a compartir, pero sospechaba que con

Muriel no querría ni siquiera eso. A ella no le gustaría compartirla con nadie.

Pero si su reputación era cierta, ella no se veía solo con él. Su apartamento estaba lleno de flores y tenían que ser de conocidos o no habrían sabido dónde enviarlas. Según su ex, nunca había podido satisfacerla un hombre solo. Claro que ese hombre no había sido él.

Él sí podía satisfacerla. Al menos, eso creía.

—¿Por qué has venido? —preguntó Bette.

Obviamente, no se alegraba de verlo, aunque eso no tenía nada de raro. No había sido muy amable con ella en su fiesta de despedida del despacho.

¿Lo perdonaría alguna vez? Si no lo perdonaba ella, tampoco lo haría Muriel. ¿Pero qué había que perdonar?

Solo había hecho su trabajo. No era él el que había actuado mal, era Muriel. ¿O no?

—He venido a preguntarte por Muriel —respondió.

—Bette ya te dijo que no tuvo nada que ver con los documentos que acabaron en el Colegio de Abogados —intervino Simon. Y en ese momento, su voz era tan fría y hostil como la de su novia.

—Muriel dijo que esos documentos se los habían dado —comentó Ronan.

Y había sido ella la que se los diera al Colegio de Abogados. Pero ¿por qué? Si había hecho lo que habían dicho los testigos, ¿por qué se había enfadado tanto? ¿Y por qué parecía tan segura de que los testigos habían mentido?

Se le heló la sangre al pensar que pudieran haber cometido perjurio. Pero no. Él no podía haberse equivocado.

—Y no sé quién se los dio —dijo Bette—. Muriel tampoco lo sabe.

—¿La conoces bien? —preguntó Ronan.

Bette lo miró de hito en hito.

—Muy bien —respondió, cortante y un poco a la defensiva.

Ronan no quería cabrearla, y menos delante de Simon. Pero tenía que preguntar.

—¿Cómo narices la conoces?

—¿Qué quieres decir? —fue Simon el que hizo la pregunta, y su voz sonaba todavía cortante en defensa de su novia—. ¿Adónde quieres llegar?

Ronan suspiró con frustración.

—Es que no comprendo su amistad.

Bette debió de entenderlo, porque contestó a Simon.

—No comprende cómo podemos ser amigas porque Muriel es hermosa y famosa y yo no —dijo, con voz dolida.

Ronan se encogió. No era eso lo que había querido implicar, pero era una razón válida para que no fueran amigas. Parecían tener muy poco en común.

Simon estrechó a su novia por la cintura con más fuerza.

—Tú también eres hermosa y famosa, querida.

Bette se echó a reír, sin amargura ni resentimiento.

—No como Muriel —pero no parecía celosa de su amiga—. Ella es la mujer más bella del mundo.

Ronan estaba de acuerdo, pero Simon, al parecer, no.

—No me refería a eso —intervino Ronan, para no darle tiempo a su amigo a discutir—. Tú eres encantadora, amable y sincera —al menos, por el bien de su amigo, esperaba que lo fuera—. Y Muriel Sanz no lo es.

Bette volvió a reír.

—Sí lo es. Y por eso somos amigas. Nunca he conocido a nadie más directa ni sincera que Muriel.

Ronan negó con la cabeza. No era posible.

—Pero... pero eso no es lo que dijeron todos esos testigos.

—Mintieron —repuso Bette, como si eso fuera tan sencillo.

Ronan expresó sus dudas con un suspiro de desdén.

—¿De verdad? ¿Todos ellos?

—¿Por qué te resulta tan fácil creer que quien mintió fue ella? —preguntó Bette—. ¿Porque es mujer? ¿Porque es hermosa?

Ronan entornó los ojos. ¿Cuánto sabía Bette de su vida y de su pasado? Miró a su amigo.

Simon se encogió de hombros.

—Es muy intuitiva.

—Y tengo buen ojo para la gente —añadió Bette—. Confío en Muriel. Creo que dice la verdad.

Ronan no quería creerla. Porque si Muriel decía la verdad, tenía muchos motivos para odiarlo. ¡Qué narices! Él también se odiaría a sí mismo.

Negó con la cabeza. No quería aceptarlo. No podía haber mentido tanta gente. No, la mentirosa era Muriel, y era muy manipuladora. Tenía que ir con cuidado. Tenía que protegerse antes de meterse demasiado en aquello.

Sin embargo, tenía la terrible sensación de que ya podía ser demasiado tarde. Había sido listo al dejarla sola en la cama y salir corriendo.

Probablemente debería haber huido más lejos, porque le iba a costar mucho entrar en el ascensor y no pulsar el botón de su piso y volver a por más.

Por primera vez en su vida, empezaba a entender a su padre. Empezaba a entender cómo una mujer se podía convertir en una adicción.

¿Qué necesitaría para curarse?

¿Perder su licencia de abogado?

¿Eso mataría por fin su atracción por ella?

Sonó el timbre de la puerta y, aunque lo esperaba, el sonido la sobresaltó. Y Muriel se dio cuenta de que se había adormilado en el sofá. Abrió los ojos y los entornó para protegerse del sol que entraba por los ventanales.

Después de lo que habían hecho en el dormitorio, no habría podido dormir allí, con las sábanas revueltas que olían a Ronan y a sexo. No habría podido dormir allí porque habría yacido despierta, deseando más. Pero por lo visto era la única que quería más, porque Ronan se había ido corriendo.

¿Acaso llegaba tarde a otra cita con otra mujer?

Aunque su cena juntos no había sido una cita. No la había invitado a salir, solo se había presentado allí con una bolsa de comida para llevar. Y, algo muy humillante para ella, la había encontrado sola un viernes por la noche. Pero era viernes y, por supuesto, él sí tenía planes. Por eso se había ido con tanta prisa.

Sin embargo, Muriel estaba segura de que volvería, de que aquella atracción lo afectaba tanto como a ella. Pero no había vuelto.

A menos que fuera él quien llamaba al timbre con insistencia. Tal vez le llevara el desayuno.

Al pensar en comida, le sonó el estómago. Se levantó del sofá y corrió por el pequeño pasillo. Cuando abrió la puerta y vio a su amiga, se sintió decepcionada.

Como se sintió culpable, recibió a Bette con una sonrisa esplendorosa. Su amiga llevaba unos vasos de cartón y una bolsa, que empezaba a empaparse debido al alimento grasoso que transportaba. Muriel se hizo atrás, pero su amiga no se movió del pasillo.

—¿Está él? —preguntó.

Muriel se puso tensa. No le había contado a Bette que últimamente se había encontrado un par de veces con Ronan. Sin duda su amiga la consideraría tonta

solo por molestarse en hablar con él, y no quería ni pensar lo que diría si se enteraba de lo que le había dejado hacer con ella.

Dentro de ella.

A pesar de que se había vuelto a poner los pantalones de chándal y una sudadera después de la marcha de él, se estremeció.

—¿Quién tiene que estar aquí? —preguntó, intentando ganar tiempo.

¿Acaso Bette pensaba que se había enrollado con otro? Quizá alguna revista hubiera publicado más mentiras sobre ella. Pero Bette sabía que no debía creer lo que leía respecto a ella.

—Ronan Hall —dijo su amiga.

Muriel se sonrojó de vergüenza.

—Está jugando contigo —le advirtió Bette—. Intenta seducirte para que retires la denuncia ante el Colegio de Abogados.

Muriel sintió una punzada en el corazón. Aunque no se sentía herida ni nada de eso.

Había sospechado que Ronan se proponía algo y que por eso la había buscado en el ascensor y en la sesión de fotos.

Tomó uno de los vasos con café que llevaba su amiga.

—Al menos déjame tomar cafeína antes de empezar esta conversación —dijo.

Estaba agotada. No solo por el maratón de sexo que había tenido con Ronan, sino también porque no había podido dormir nada después de su marcha.

Lo deseaba la noche anterior y lo seguía deseando a la mañana siguiente.

Bette levantó la bolsa manchada de grasa.

—También traigo donut.

—Te quiero —contestó Muriel. Tiró de ella al interior del apartamento y cerró la puerta.

—Tú quieres muy fácilmente —contestó Bette.

Muriel dio un respingo. Tenía la sensación de que la hubiera abofeteado.

—No estoy enamorada de Ronan —repuso.

—Eso espero —contestó Bette.

—Lo odio —le recordó Muriel.

—Y entonces, ¿por qué hablas con él o, lo que es más grave todavía, por qué te acuestas con él?

Muriel lo maldijo en silencio por tener motivos ocultos, y se maldijo a sí

misma por ser tonta. Debería haber sabido que él presumiría ante sus amigos y Bette salía con uno de ellos. Simon Kramer no era mucho mejor que Ronan. Todos los socios de Street Legal tenían fama de ser despiadados como abogados y como amantes.

—Yo podría decir lo mismo de Simon y de ti —le recordó a su amiga.

—Al principio sí —admitió Bette—. Pero ahora estoy enamorada de él y Simon me quiere.

Muriel no dudaba de los sentimientos de Bette por su antiguo jefe, y lo cierto era que parecía que él también estuviera empeñado en la relación. Desde luego, pasaba mucho tiempo en casa de ella.

—Eso no pasará con Ronan y conmigo —dijo. Él se había largado corriendo en cuanto habían terminado de echar un polvo.

—Lo sé —asintió Bette—. ¿Y qué demonios haces con él?

—No salimos juntos —murmuró Muriel, pensando en lo que habían hecho y en todo lo que todavía quería hacer con él—. Yo también juego con él.

Los ojos de Bette se oscurecieron con escepticismo evidente.

—¿Cómo?

—Quiero que admita la verdad —repuso Muriel—. Quiero que confiese que coaccionó a todas esas personas para que mintieran sobre mí en el estrado de los testigos.

Bette apartó la vista. ¿Acaso no creía que esas personas habían mentido?

—¿Crees que dijeron la verdad sobre mí?

—No —se apresuró a contestar Bette—. Por supuesto que no. Pero no estoy segura de que Ronan hiciera que mintieran —dejó los dónut sobre la mesa.

Muriel tomó uno cubierto de polvo blanco. Sabía que estaría lleno de crema y esos eran sus favoritos.

—Y entonces, ¿por qué mintieron? —preguntó, antes de dar el primer bocado.

Bette se encogió de hombros.

—¿Por qué hace cosas la gente?

—Por dinero —respondió Muriel—. O por fama.

—Exactamente.

La gente que había declarado contra ella había conseguido las dos cosas. Las entrevistas que habían dado después del juicio les habían procurado sus quince minutos de fama, y las revistas y las cadenas de televisión probablemente les habían pagado por esas entrevistas.

¿Era posible que Ronan no hubiera sobornado el perjurio?

—¿Pero y las circulares? —preguntó.

Bette suspiró.

—Creo que las falsificaron.

—¿Crees a Ronan?

—Es demasiado listo para poner por escrito algo que lo incrimine —señaló Bette.

Tenía razón. Ronan era listo. Si hubiera hecho algo ilegal, no se habría arriesgado a que lo descubrieran. Probablemente no lo habría documentado. ¿Las circulares que había recibido serían ilegales, como él sostenía?

Muriel lanzó un juramento. Si no hubiera estado segura de que eran auténticas, no las habría enviado al Colegio de Abogados.

—¿Pero por qué me las enviaron a mí?

Bette suspiró.

—Alguien quiere causarle problemas a Street Legal —contestó—. También dieron notas de un caso al abogado contrario de uno de sus juicios.

—¿Pero esas notas eran reales? —preguntó Muriel.

Bette asintió.

—Lo que no significa que las que te dieron a ti lo fueran —repuso—. No creo que Ronan hubiera sido tan descuidado —tragó saliva y su garganta se movió como si se atragantara con sus palabras—. Y no creo que él sobornara a nadie para que cometiera perjurio —añadió.

—¿Ni siquiera para ganar? —preguntó Muriel.

A Ronan Hall le gustaba mucho ganar y lo había admitido así en una entrevista que había dado.

—No acepta casos que no crea que puede ganar —repuso Bette—. O sea que es posible que él también diga la verdad.

Muriel, sin embargo, no podía estar segura de que fuera así, y hasta que no estuviera segura, no retiraría la denuncia en el Colegio de Abogados, por muchas veces que él la sedujera. Además, si lo único que quería de ella era que retirara la denuncia, ¿por qué no le había pedido que lo hiciera?

No le había pedido nada ni durante el sexo ni después. Se había vestido rápidamente y había salido del dormitorio y del apartamento como si llegara tarde a algo.

O con alguien.

Muriel sintió una punzada que le dejó un sabor de boca amargo a pesar de

la dulzura de la crema del donut. No podían ser celos, tenía que ser solo asco. La invadió la rabia.

—Aunque no supiera que esas personas mentían, me trató como a una basura —dijo—. Arrastró mi nombre por el fango. Eso no se lo perdonaré nunca.

—Bien —repuso Bette—. No quiero que vuelvas a enamorarte del hombre equivocado y acabes sufriendo.

—No lo haré —le aseguró Muriel. Pero sentía náuseas en la boca del estómago y no era por el donut, pues había comido poco todavía. Era miedo.

No, no se enamoraría de Ronan por muy bueno que fuera el sexo entre ellos. No era un hombre bueno. Pero era el mejor amante que había tenido y...

Tal vez lo que tenía que hacer era echar muchos polvos con él hasta que se hartara del sexo y del hombre.

Capítulo 8

El sol entraba a raudales por la pared de cristales del despacho de Ronan. Las oficinas de Street Legal ocupaban el piso superior de un edificio de Midtown. El espacio era una especie de *loft* con cielos altos y abiertos hasta las vigas, con conductos al descubierto, paredes exteriores de ladrillo y suelos de madera rugosa.

Ronan estaba de pie delante de su mesa, un escritorio en el que podía trabajar levantado, pues no le gustaba sentarse. Ya era bastante duro permanecer sentado en el juzgado, cosa que hacía solo lo imprescindible, cuando hablaba el abogado contrario.

Estudiaba una carpeta que tenía en la mesa, leía las transcripciones del tribunal y resopló con desdén por los fallos que había cometido el abogado contrario de ese caso. El defensor de la acusada no había representado ningún reto para él.

No había presentado ninguno de los argumentos que habría pronunciado él si hubiera sido el abogado de Muriel. Pero no lo había sido, había sido el de su ex.

Recordó el comentario que había hecho Stone en la reunión de socios. La razón por la que había cuestionado la inteligencia de Muriel no había sido porque fuera modelo, sino por el hombre con el que se había casado. Stone no tenía una opinión muy buena del excliente de Ronan, y a medida que este releía las notas del caso, las reales, no las falsificadas que había entregado Muriel al Colegio de Abogados, su opinión sobre Arte Armand iba cayendo también en picado.

¿Por qué demonios había defendido a esa comadreja?

¡Ah, sí! Porque le había dado pena. Arte estaba destrozado cuando había acudido a su despacho. Había llorado por el modo horrible en que lo había

tratado su esposa. Una esposa reciente.

No llevaban casados mucho tiempo. Menos de un año. El acuerdo prematrimonial que ella le había hecho firmar se habría mantenido de no ser porque en el divorcio se había demostrado que ella había obrado mal. Lo había demostrado Ronan.

¿Había obrado mal? Todos los testigos habían afirmado que había tratado a Arte tan mal como él decía. Pero si eso era cierto, ¿por qué había seguido con ella?

¿Porque había sido incapaz de irse, igual que el padre de Ronan no había podido dejar a su madre? Por eso había aceptado el caso, porque Arte le había recordado a su padre. Pero su padre había querido años a su madre antes de que ella empezara a engañarlo. Habían tenido juntos un hijo. Él había tenido una razón para quedarse.

¿Cuál había sido la razón de Arte? ¿Dinero? ¿O amor?

Afirmaba que había amado a Muriel. Pero si eso era cierto, ¿por qué estaba tan empeñado en hacerle daño, en humillarla públicamente? ¿Y por qué le había ayudado él, Ronan, a hacerlo?

La punzada de incomodidad y arrepentimiento que sentía cada vez más se convirtió en ese momento en un dolor insistente en el pecho. ¿Se había equivocado? No. Eso no era posible. Había demasiados testigos que afirmaban que Muriel había tratado muy mal a su ex.

Sin embargo, al releer sus declaraciones en las transcripciones, iba notando lo parecidas que eran sus historias. Eso, que antes le había convencido de su veracidad, ahora le hacía dudar. ¿No eran demasiado parecidas, casi como si todos ellos hubieran leído el mismo guion?

Sintió un escalofrío de incomodidad en la columna. No era por las transcripciones, sino porque había alguien en la puerta de su despacho. Se volvió hacia donde Muriel estaba apoyada en la jamba, observándolo.

Se preguntó cómo había conseguido atravesar la barrera de Miguel, su recepcionista gorila, hasta que recordó que era domingo y Miguel no iba los domingos. No iba nadie, excepto Ronan y sus socios. Stone también había venido a preparar su inminente juicio de asesinato. Y Trevor también estaba trabajando en algo. El único que no había aparecido era Simon, probablemente porque seguía en la cama con Bette.

A Ronan le habría gustado poder hacer lo mismo con Muriel. No debería haberla dejado el viernes por la noche. Al verla en aquel momento, tan

hermosa, con los vaqueros rotos con arte y un suéter con cortes en los hombros, no supo cómo había podido dejarla allí desnuda, con las sábanas revueltas por su aventura sexual.

Recordó su aspecto, su piel desnuda sonrojada por la pasión, y el cuerpo se le tensó y se empalmó en el acto. Volvía a desearla, pero...

Era una mujer muy sexy y casi parecía que estuviera posando apoyada en la jamba, como había posado en la sesión de fotos. Se movió y se acercó despacio haciendo oscilar las caderas.

A Ronan le temblaba ligeramente la mano con la que cerró la carpeta que contenía las transcripciones del caso de ella. No quería que Muriel viera lo que estaba leyendo. No quería que supiera el efecto que le causaba, que adivinara que empezaba a tener dudas.

Tuvo que carraspear para eliminar el deseo de su voz.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Pero a pesar de sus precauciones, la voz le salió brusca, como gruñona.

—Yo también me alegro de verte —comentó ella con sarcasmo.

Ronan se alegraba, sí. A pesar de ver su rostro en todas partes, la había echado de menos, y eso le disgustaba. No era propio de él echar de menos a nadie que no fueran sus amigos. Y Muriel y él no eran amigos.

Eran enemigos, ¿no? Ella lo había denunciado al Colegio de Abogados y él la había...

¿Qué había hecho él?

¿Y qué hacía ella? Se había parado al lado del escritorio y miraba la superficie de este.

Ronan dio la vuelta a la carpeta.

—Estoy trabajando.

—Perdona —ella alzó las manos, pero él no confundió aquello con un gesto de rendición, y menos cuando añadió—: No pretendía interrumpirte cuando estás arruinándole la vida a otra persona.

—No lo estoy —respondió él. Al menos, esperaba que no—. Y yo no arruiné la tuya.

—Eso lo dirás tú —resopló ella.

—Estás en la portada de todas las revistas y en todos los noticiarios.

Muriel se estremeció.

—¿No es eso lo que querías? —si no hubiera querido ser famosa, no se habría hecho modelo, ¿no?

—No quería que fuera así, por un escándalo —respondió ella—. Quería saber que me lo había ganado.

—Te lo has ganado —ya era la mujer más bella del mundo antes del escándalo.

Muriel resopló de nuevo.

—Casi espero que esa compañía sórdida de Relaciones Públicas o tú me enviéis una factura.

Ronan no descartaría aquello del todo en el caso de la empresa de Relaciones Públicas. Allison McCann era casi tan mercenaria como la madre de él y como quizá había sido el ex de Muriel. Aunque si alguien le enviaba una factura, probablemente sería Arte Armand.

—Yo no te enviaré una factura —le aseguró.

Ni podía ni debía hablar por Allison McCann, y en aquel momento se preguntó si tendría que haberle impedido hablar en nombre de Street Legal, al menos en su caso. ¿Arte y sus amigos, que probablemente eran ya examigos de Muriel, habían dicho la verdad?

—No deseo tu dinero —dijo. Solo la deseaba a ella, como la había tenido el viernes por la noche, desnuda y loca por él. Le cosquilleaban los dedos por la urgencia de tocarla, de acariciarla...

—Lo sé —contestó ella. Lanzó algo sobre el escritorio y aterrizó justo encima de la carpeta.

—¿Qué es esto? —preguntó él, mirando el gran sobre naranja.

—Esto es por lo que tú me sedujiste —contestó Muriel.

Ronan lanzó un gemido. Tendría que haber sabido que Bette le contaría su plan. Eran amigas. Al parecer, más amigas que Simon y él, pues su «amigo» no había guardado el desafío en secreto.

—Muriel... —antes de que pudiera decir más, y no estaba seguro de lo que iba a decir, ella le tapó la boca con las manos.

—No te preocupes —dijo—. Yo también te seducía a ti.

En lugar de sentirse ofendido o furioso, Ronan se sintió divertido y movió los labios contra los dedos de ella, que sonrió. Él se había preguntado por qué Muriel lo dejaba intimar con ella. Obviamente, también ella buscaba algo.

La joven se estremeció y apartó la mano.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó él.

¿Qué quería de él? En aquel momento, Muriel no se acordaba. Ni siquiera estaba ya segura de saber su nombre. Solo sabía que él la hacía sentirse lasciva.

Lo deseaba muchísimo.

—En este momento no lo sé —murmuró.

—Yo creo que sí —comentó él. Salió de detrás de su mesa y quedó justo delante de ella, tan cerca que los muslos de ambos se tocaron.

Ese día, Muriel llevaba tacones de aguja muy altos. Como ya era alta de por sí, con los tacones alcanzaba casi la misma estatura que él. Pero Ronan era increíblemente grande, alto, musculoso y atractivo.

—Es un desperdicio que seas abogado —murmuró. Con su atractivo devastador, debería ser modelo. Habría tenido mucho más éxito que su ex.

Ronan debió de tomarse el comentario como un insulto, puesto que se encogió.

—Todo el mundo odia a los abogados.

Todo el mundo no.

—Solo a los de divorcios —bromeó ella—. No tengo ningún problema con tus socios.

Ronan entornó sus ojos oscuros y la observó con escepticismo.

—¿Ni siquiera con Simon?

—Ahora no —contestó ella—. Pero si hace sufrir a Bette, lo mataré.

Nunca había tenido una amiga como Bette. De eso estaba segura, sobre todo después de que todas aquellas personas hubieran dado falso testimonio contra ella. No habían sido amigos de verdad.

Ronan soltó una risita, le tocó el brazo y le apretó el bíceps con gentileza. Muriel lo flexionó para él.

—Creo que podrías con él —dijo Ronan—. Y conmigo, seguro que también.

—A ti quise matarte durante mucho tiempo —admitió ella.

Ronan se encogió de nuevo. Subió los dedos por el hombro de ella y le acarició la piel desnuda.

—¿Y ahora? —preguntó.

En aquel momento, Muriel solo lo deseaba. Se estremeció en reacción a su caricia. Pero no era suficiente. Quería sus manos por todo el cuerpo. Quería su boca también por todas partes.

Su nombre se deslizó entre sus labios en forma de suspiro lujurioso.

—Ronan...

Y él la besó en la boca. Primero con gentileza, con un beso que era un roce suave, como un susurro de sus labios sobre los de ella.

Muriel emitió un respingo de placer. No sabía que él podía ser tan tierno. Casi parecía que ella le importara. Pero eso no era cierto.

Tenía que recordarse que a Ronan Hall no le importaba nadie ni nada que no fuera ganar. Y que no pararía hasta que ganara, hasta que la sedujera y la convenciera de que hiciera lo que él quería. No solo quería averiguar de dónde había sacado las circulares, también quería que retirara la denuncia ante el Colegio de Abogados. Bette se lo había advertido.

Si fuera lista, se mantendría alejada de él. Pero ese día lo había buscado ella. Bette se había negado a darle la dirección de su casa, pero le había dicho de mala gana que podría estar en el despacho, que los socios a menudo trabajaban los fines de semana.

¿Por eso no había vuelto Ronan por el apartamento de ella? ¿Porque había estado ocupado trabajando? ¿Demasiado ocupado arruinándoles la vida a otros para volver a seducirla?

Ronan aprovechó los labios entreabiertos de ella para profundizar el beso y deslizar la lengua en su boca. Jugó con la lengua de ella, saboreándola.

A Muriel la envolvió una ola de deseo, que le calentó la piel e hizo que el pulso le latiera con fuerza. En aquel momento ya no le importaba nada, ni sus motivos ni los de él. Solo quería el placer que sabía que él podía darle.

Ronan se apartó jadeando, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—¡Maldita seas! —murmuró.

En lugar de ofenderse, ella se echó a reír, porque sabía que él sentía también aquella atracción abrumadora que había entre los dos.

Ronan curvó los labios en una especie de sonrisa renuente.

—Te estás convirtiendo en una adicción.

Al parecer, no entendía la definición de adicción, porque si fuera adicto a ella, no habría podido alejarse como había hecho varios días atrás. No habría podido abandonar su cama.

En el despacho no había cama. Ni siquiera estaba segura de que hubiera una silla, pues él estaba de pie ante aquel escritorio raro suyo. Pero a ella le daba igual dónde echaran un polvo, solo quería que fuera con él.

Ya.

Muriel sí entendía lo que era una adicción y mucho se temía que se estaba volviendo adicta a él. Le dolía el cuerpo de deseo, de necesidad de él.

Lo agarró por la nuca y le bajó la cabeza para devolverle el beso. Se saltó la ternura que había mostrado él al principio y fue directa a la pasión. Lo besó profundamente y con ansia. Le mordisqueó los labios y tocó la lengua de él con la punta de la suya.

Ronan gimió y la levantó en alto. Los músculos de sus brazos se hincharon y ondularon al transportarla.

Muriel no sabía adónde la llevaba, y no le importaba, siempre que la poseyera.

La depositó encima de algo que resultaba duro y frío debajo de su trasero. Y cuando bajó la vista, vio que estaba en la barra instalada a lo largo de una de las paredes del despacho. Era una superficie de granito negro cruzada por una raya dorada. El grifo del pequeño fregadero era dorado, como también las licoreras que había en la encimera al lado de su trasero.

—¿Necesitas una copa? —preguntó.

—Te necesito a ti —contestó él.

Le sacó el suéter por la cabeza. A ella le cayó el pelo revuelto por la cara, cegándola por un momento, por lo que no vio la reacción de él al sujetador. Era de cuero negro y, por supuesto, el encaje de encima terminaba en un lazo por delante. Pero oyó su reacción en el modo brusco en que respiró.

A continuación lanzó un gemido y susurró el nombre de ella. Cuando tocó los vaqueros de Muriel, le temblaban los dedos, pero consiguió desabrochar el botón y también bajar la cremallera. Ella llevaba braguitas de cuero a juego con el sujetador, también atadas con un lazo por delante.

—Recuérdame que felicite a Bette por sus maravillosos diseños —murmuró él cuando bajó la cabeza para besarla de nuevo.

Muriel le mordisqueó el labio inferior. Quería algo más que sus besos. Quería su polla. Extendió el brazo y pasó la mano por la bragueta de los vaqueros. El pene empujaba la tela ya desgastada del pantalón. Muriel soltó el botón y bajó la cremallera para liberar la verga de los calzoncillos.

Tomó el pene en su mano y subió y bajó la palma por él.

—Te necesito ahora —dijo—. Necesito sentirte dentro de mí.

Ronan gimió, pero no protestó. De hecho, tiró de los vaqueros de ella hasta sacárselos del todo y casi arrancó el lazo que sujetaba las braguitas. El cuero abandonó el cuerpo de ella, pero Muriel seguía caliente, ardiendo todavía por el contacto de él. Ronan deslizó los dedos dentro de ella y volvió a gemir.

—¡Qué mojada estás!

Estaba preparada para él.

Muriel tiró del lazo del sujetador y sus pechos salieron por encima de las copas de cuero. Los pezones estaban ya endurecidos y apuntando hacia Ronan. Este tomó uno en su boca y pasó la lengua por él.

La joven gimió y se retorció contra su mano. Él movió los dedos dentro de ella al tiempo que le frotaba el pubis con la palma. A continuación movió el pulgar adelante y atrás sobre el clítoris. Ella se puso tensa, pero entonces él cerró los dientes con gentileza en el pezón y ella se estremeció con el orgasmo.

—Ronan —casi sollozó su nombre. Aumentó la presión en la polla de él y la acarició con más fuerza.

Él se estremeció y volvió a tomarla en brazos y a levantarla. A pesar de su fuerza, se tambaleó hacia atrás. O quizá su intención había sido andar de espaldas, porque se dejó caer en una silla con ella a horcajadas en su regazo. Sacó un preservativo, rompió el paquete y se lo puso.

Desesperada por sentirlo en su interior, Muriel se levantó de rodillas y lo guio dentro. Su verga era tan grande y tan gruesa que ella tenía que amoldarse poco a poco. Se arqueó y lo acogió lo más profundo que pudo. Ronan movió las caderas y embistió un poco más adentro.

Muriel nunca había estado tan llena, tan completa. Abrumada por la pasión, soltó un gemido. ¡Qué hábil era él! Ronan siguió moviendo las caderas, le tocó los pechos y jugó con sus pezones. Ella se mordió el labio inferior, pero no pudo reprimir otro gemido.

La volvía loca. Y ella quería hacerle lo mismo a él. Lo tocó a su vez, jugó con sus pezones hasta que se hincharon un poco y a continuación deslizó las manos debajo del trasero y le acarició los muslos y los testículos.

Él lanzó un gemido y le sobresalieron los músculos del cuello.

—Muriel... —gruñó el nombre a modo de advertencia. Y el sudor le cubría el labio superior y la frente a medida que luchaba por controlarse.

La joven quería que se descontrolara, que se mostrara tan salvaje como la volvía a ella. Se inclinó hacia delante y lo besó profundamente antes de bajar los labios por su mandíbula de granito hasta el cuello. Mordisqueó los tendones del cuello y succionó.

Ronan le agarró el pelo con los dedos, enredándolo todavía más. Tiró de la cara de ella hacia arriba y la besó en la boca. Cuando deslizaba la lengua entre sus labios, introdujo más el pene en su interior.

Muriel balanceaba las caderas contra él, arqueándose y esforzándose por disminuir la presión que había vuelto a acumularse en su interior. La tensión era casi insoportable. A pesar del orgasmo que ya le había dado, necesitaba más.

Más de aquel placer intenso que temía que solo él podría darle. Nunca había tenido orgasmos tan largos ni tan potentes como los que le había dado él. Ronan le acarició una vez más el clítoris con el pulgar y ella volvió a correrse gritando su nombre.

El nombre de ella se mezcló con el de él cuando el cuerpo grande de él se tensó y a continuación se estremeció con su propio orgasmo. Al igual que en el caso de ella, daba la impresión de que el orgasmo era interminable. Cuando ella se dejó caer sobre el pecho jadeante de él, Ronan la abrazó. Sus corazones latían con el mismo ritmo frenético.

Muriel nunca se había sentido tan cerca, nunca había sentido una conexión así con otro ser humano. Pero no podía permitirse aquello con Ronan Hall, pues él nunca dejaba acercarse a nadie.

Y después del modo en que la habían traicionado, ella tampoco debería hacerlo. Se recordó el daño que le habían hecho, el que le había hecho Ronan, y se levantó de su regazo para correr hasta la barra en la que se había quitado la ropa.

—Yo también necesito una copa —murmuró él, como si pensara que era eso lo que necesitaba ella.

Pero Muriel no tendió la mano hacia las licoreras, sino que agarró su ropa y se vistió con tanta rapidez que no se dio cuenta de que se había puesto el suéter del revés hasta que Ronan tiró de la etiqueta. Entonces él tomó una de las licoreras por encima de ella y la joven vio que le temblaba la mano.

Tal vez estuviera tan nervioso como ella. Debía de haberse vestido también deprisa, pues llevaba los vaqueros puestos y abrochados. Cuando se hubo servido la copa, volvió a su escritorio, dejando libre el camino hacia la puerta.

El instinto empujaba a Muriel a salir corriendo de allí. Si era lista, se iría. Pero si fuera lista, no habría ido allí ese día, no se habría arriesgado a volver a verlo.

Capítulo 9

—Yo no te seduje por esto —dijo Ronan, tomando el sobre.

Después de la sesión de sexo que acababan de tener, no estaba seguro de haberla seducido por otra razón que no fuera el placer. Nunca en su vida había sentido un placer tan intenso antes de empezar con ella.

—Es solo un sobre.

Lo único que tenía el sobre era el nombre de ella escrito en la parte delantera. Ronan no reconoció la letra, aunque tampoco era fácil leerla, pues el rotulador negro grueso con el que lo habían escrito se había corrido y había calado el papel naranja.

—Los documentos estaban ahí —contestó ella—. Lo metieron por debajo de mi puerta. Cuando lo encontré, pensé que me los había dejado Bette.

—No fue Bette —Ronan ya había aceptado eso. A Bette le importaba demasiado Simon como para poner en peligro su bufete.

—No. Y no sé quién fue —contestó ella con un suspiro—. Así que supongo que no te he dado la razón por la que me sedujiste.

—Te seduje para que fueras al Colegio de Abogados y confesaras que los documentos eran falsificados —explicó él.

Muriel se echó a reír.

—Si accediera a hacer eso, estarías de nuevo sobornando a alguien para cometer perjurio.

—Yo no hice eso —repuso él. Nunca había tenido que coaccionar a nadie para que mintiera. La gente solía hacerlo sola, por sí misma. Pero en aquel caso, no había sido consciente de que mintiera nadie aparte de ella—. Yo jamás haría eso.

Jamás se arriesgaría a perder su licencia ni jugaría con la reputación del bufete. Había trabajado muy duro para salir de la calle y ayudar a sus amigos a

crear Street Legal. El despacho de abogados significaba mucho para él. Sus amigos y eso eran lo único que tenía.

Los hermosos ojos verdes de Muriel lo observaron con intensidad, como si intentara discernir si mentía o decía la verdad.

—Tú has admitido que ganar lo es todo para ti.

—¿En entrevistas? —preguntó él—. ¿En comunicados de prensa? No contratamos a la empresa de relaciones públicas para que nos haga parecer perdedores. ¿Quién va a contratar a un abogado al que no le importe perder?

—Aparentemente, no mi ex —murmuró ella.

—Tú le hiciste mucho daño —repuso Ronan. Tenía que recordar eso, no olvidar lo peligrosa que era. Había destrozado a Arte Armand, tenía que asegurarse de que no hiciera lo mismo con él.

Muriel negó con la cabeza y sus pestañas, negras y espesas, aletearon como si estuviera reprimiendo las lágrimas.

—Yo no le hice daño.

Ronan enarcó una ceja para expresar su escepticismo.

—No lo hice —insistió ella—. Me lo hizo él a mí.

Ella no estaba destrozada como había estado Arte. No sollozaba. Pero le brillaban los ojos y Ronan no podía estar seguro de que no fuera a causa de las lágrimas. No podía estar seguro de que ella no sintiera nada.

¿Seguía jugando con él? Había admitido ya que lo había hecho.

—¿Por qué me sedujiste tú? —preguntó, no porque le importara saberlo, pues había disfrutado bastante de dicha seducción. De hecho, si la hubiera disfrutado más, probablemente no habría sobrevivido.

Muriel era una amante increíble. Pero no era solo eso. Encajaban el uno con el otro como si sus cuerpos estuvieran hechos para estar juntos. Y sus apetitos sexuales eran igual de voraces.

La deseaba de nuevo. Incluso después de tener uno de los orgasmos más intensos de su vida, volvía a desearla. ¡Qué narices!, la necesitaba.

La joven lo miró como sin entender, quizá por el modo abrupto en que él había cambiado la conversación.

—Has dicho que tú también me seducías a mí —le recordó él—. ¿Por qué? ¿Qué quieres de mí?

Confiaba en que fuera más de lo que acababan de hacer, mucho más, porque no sabía si podría cansarse algún día de Muriel Sanz.

Esta entrecerró sus hermosos ojos verdes y lo miró de hito en hito.

—Quería seducirte para que confesaras que coaccionaste a esas personas para que mintieran sobre mí.

Ronan movió la cabeza.

—Pues lamento no poder darte tampoco lo que quieres.

Ella sonrió con tristeza.

—En ese caso, supongo que los dos perdemos el tiempo —murmuró.

Ronan no tuvo la sensación de perder hasta que ella se volvió para marcharse. No podía dejar que se fuera así. La agarró por la cintura y la volvió hacia él. Los pechos de ella golpearon el torso de él, que sintió que el aliento abandonaba sus pulmones. Miró el hermoso rostro de ella y su corazón empezó a latir con fuerza y de un modo errático.

¡Era tan buena la sensación de tenerla en sus brazos! Como si aquel fuera su sitio natural. Pero eso no era posible. Los brazos de Ronan no estaban hechos para ninguna mujer. Él no era el tipo de hombre que se quedaba a acurrucarse después del sexo. Y tampoco quería hacerlo en ese momento.

No fue por eso por lo que la estrechó en sus brazos. Quería más sexo. Eso era lo que quería.

Pero en su pecho había una sensación extraña, como de calor, y no le gustó. No le gustaba sentir algo.

Lujuria. Solo era eso, no podía ser nada más. Solo atracción y lujuria.

Muriel se estremeció a pesar del calor del cuerpo de él apretado contra el suyo. La expresión de la cara de él, con la mandíbula apretada, era tan tensa, casi asustada, que ella también se asustó.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz suave y temblorosa por el miedo que percibía en él.

Ronan movió la cabeza.

—Debería estar mal —murmuró—. Pero la sensación es que está bien.

—¿Qué?

—Esto —él bajó la mano por la espalda de ella hasta la cadera y a continuación frotó la erección, que tensaba de nuevo la bragueta del pantalón, contra el vientre de ella—. Nosotros.

—Está mal —repuso ella. Pero no podía negar que la sensación era buena.

Nunca habían tenido momentos violentos, jamás ninguna vacilación, nunca nada que no fuera pasión. Mucha pasión.

Ronan negó con la cabeza, como si no pudiera aceptarlo.

Pero tenía que hacerlo. Ella tenía que convencerlo a él y convencerse a sí misma de que aquello estaba mal.

—¿Qué diría el Colegio de Abogados si supiera que intentas coaccionarme para que retire la denuncia contra ti?

Ronan se puso tenso y respiró con fuerza, como si acabara de darle un puñetazo.

—¿Tú serías capaz de decírselo?

Muriel sí se consideraba capaz. En otro tiempo había estado tan enfadada con él que lo habría hecho. Pero la pasión entre ellos y los orgasmos que le había dado habían aminorado parte de su enfado.

—No intentaba coaccionarte para que les mintieras —dijo él—. Yo no haría eso.

Y ella estaba empezando a creerlo.

—Pero has admitido que quieres que retire la denuncia —le recordó ella.

—Sí, pero quiero que la retires porque creas que esas circulares fueron falsificadas —repuso él—. Porque crees en mí —sus ojos oscuros le imploraban que hiciera exactamente eso.

Muriel cerró los ojos. Quería creerlo, pero no podía. Él había dicho a sus amigos que estaba jugando con ella, así que no podía creer nada de lo que dijera.

Negó con la cabeza.

—Muriel... —susurró él. Y rozó con su aliento el lóbulo de la oreja de ella cuando bajó la cabeza y posó los labios en su cuello—. Créeme.

—No puedo —tartamudeó ella—. Igual que tú no puedes creer en mí.

Ronan lanzó un gemido y se movió un poco.

—Ya no sé qué creer.

Muriel podía entender eso.

—No quieres creerme —dijo— porque entonces tendrías que admitir que te equivocaste.

Ronan frunció el ceño, pero no negó la afirmación de ella. Bajó la cabeza y le rozó los labios con otro de sus besos suaves. Si Muriel no lo hubiera vivido, no lo habría creído capaz de tanta ternura. Con la misma suavidad con que la besaba, le acarició la mejilla con los dedos.

—¿Qué haces? —preguntó ella con voz ronca porque, abrumada por la pasión, tenía que esforzarse para respirar—. Ya no tienes motivos para

seducirme. No iré al Colegio de Abogados a retirar la denuncia —por mucho placer que le diera él.

Pensó que él no la había oído, porque seguía acariciándola. Bajó los labios desde la mejilla hasta el cuello y se lo besó, con el aliento caliente sobre la piel de ella.

Muriel se estremeció. A continuación, los labios de él se posaron en su hombro desnudo. Y ella se estremeció de nuevo, aunque lo que la invadía hasta el núcleo de su ser era calor, no frío. Se le endurecieron los pezones y un gemido escapó de sus labios.

Ronan volvió a besarla en la boca, pero ya no había gentileza en la caricia. La besó profundamente, con ansia, y cuando se apartó, ella jadeaba, luchando por respirar.

La excitación hacía que le cosquilleara la piel y el pulso le latiera con fuerza. Aquello era una locura, la obsesión que empezaba a sentir por Ronan era una locura.

Había perdido el juicio.

Y el aliento.

Y la capacidad de pensar o de moverse.

Era como si sus caricias la paralizaran. Su cuerpo tenía tan poca fuerza que si él no la hubiera tomado en brazos, probablemente se habría derrumbado. Esa vez no la llevó lejos, se limitó a sentarla en el borde del alto escritorio.

Le quitó la ropa hasta que quedó sentada desnuda sobre la mesa, encima de la carpeta que leía él cuando ella entró en el despacho. Tan absorto estaba en su contenido, que había tardado un momento en percatarse de su presencia en la puerta.

Pero ya se había olvidado de eso y estaba totalmente concentrado en ella. La besaba y tocaba cada centímetro de su piel y cada parte de su cuerpo.

Movió la boca al pubis de ella y pasó la lengua por el clítoris. Muriel se arqueó y gritó cuando la presión empezó a acumularse en su interior. Necesitaba liberarla, lo necesitaba a él. Y de pronto dejó de estar paralizada.

Tiró de la ropa de él, que desgarró, hasta que estuvo también desnudo. Sentada en la mesa alta, estaba a la altura ideal para él.

Lo abrazó por la cintura y lo atrajo hacia sí, hasta que él ya no pudo acercarse más. La cubrió con su cuerpo de tal modo que a Muriel le habría costado decir dónde terminaba ella y empezaba él. Empezaron a moverse juntos con un ritmo que era solo suyo, como si fuera una melodía creada solo

para ellos.

El ritmo fue *in crescendo* y los dos gritaron al llegar al orgasmo. Muriel se estremeció y su cuerpo quedó relajado sobre la mesa.

Y el cuerpo de él empezó a temblar como si se sintiera tan abrumado como ella. La miró y ella vio miedo en sus ojos oscuros.

Estaba tan abrumado como ella.

Y ella lo estaba mucho. Ronan le hacía sentir muchas cosas, sobre todo, placer. Por eso no se cansaba de él. Nadie le había dado orgasmos tan potentes, una satisfacción tan fuerte.

Tenía fama de ser un amante fantástico. Por eso sus exnovias se disgustaban tanto cuando las dejaba, porque cuando las dejaba, querían más.

Muriel las comprendía ya. Porque aunque acababa de darle tanto placer, ella quería mucho más.

Y entonces el miedo se apoderó de ella. Se bajó del escritorio y en el proceso tiró la carpeta al suelo. Se agachó a recogerla, pero él estaba ya allí, agarrando los papeles y volviendo a meterlos en la carpeta de papel manila.

Muriel buscó su ropa y lo observó mientras se vestía. Él seguía desnudo, tenía un cuerpo espectacular y ella volvía a desearlo.

Aquella obsesión era peligrosa. Tanto, que se sentía tentada a hacer lo que él quería. A ir al Colegio de Abogados y retirar la denuncia, aunque hubiera tenido todos los motivos del mundo para presentarla.

Y todavía los tenía.

No podía olvidar lo que le había hecho en los tribunales y en los medios de comunicación. Eso seguramente había sido obra suya.

Por mucho que lo negara, él tenía que haber alentado a los testigos a cometer perjurio. O quizá era que a ella le ocurría lo que a él, que no quería creer que Ronan dijera la verdad, porque entonces tendría que admitir que estaba equivocada con respecto a él y a las personas a las que había considerado amigas.

Con respecto a todo.

Quizá lo que empezaba a sentir por Ronan no fuera solo anhelo de más sexo. Quizá hubiera algo más entre ellos que una mera atracción física. Demasiado asustada para quedarse, se dirigió a la puerta en cuanto se hubo vestido del todo.

Esa vez él no la detuvo. Estaba demasiado concentrado de nuevo en la carpeta y parecía que se hubiera olvidado de ella.

Eso era lo que tenía que hacer Muriel, olvidarse de Ronan. No tenían futuro. Y debido al pasado, no tendrían que haber estado juntos jamás. No tendría que haber permitido que la tocara, porque eso le había hecho temer que sus caricias serían ya las únicas que querría. Tendría que haber seguido con su vibrador. Con un amante mecánico no tenía que preocuparse de que la traicionara, como habían hecho todos los demás amantes.

Ronan la había traicionado incluso antes de haberse convertido en su amante. Jamás podría confiar en él.

Capítulo 10

La primera vez que se había reunido con aquel hombre, Ronan había sentido lástima. El hombre estaba deshecho, destrozado porque su esposa lo había tomado por tonto. Y Ronan había estado decidido a vengarlo, igual que había querido vengar a su padre por todo lo que había sufrido.

Pero Arte Armand y Muriel no habían estado mucho tiempo casados. ¿Cuánto podía haber sufrido?

Tampoco hacía mucho tiempo que la conocía él, Ronan, y sufría. Su cuerpo estaba tenso y dolorido por ella. Y solo hacía un par de días que había ido allí a darle el sobre con su nombre manchado delante. ¿Le había dado alguien las circulares del sobre o en ese sobre había habido otra cosa y ella había inventado que era el sobre que contenía las circulares?

Ronan ya no sabía qué creer. Por eso le había pedido a Arte Armand que fuera a su despacho. Estaban sentados al lado de la barra donde Ronan había hecho el amor con su ex. Arte estaba enfrente, con las piernas cruzadas. Ronan casi podía oler a Muriel en el despacho.

Sintió una punzada de culpabilidad.

Pero Arte no parecía tan deshecho como el día de su primer encuentro. Tenía los ojos secos y brillantes, el rostro bronceado y el cuerpo relajado. Llevaba vaqueros, rotos con arte, como los de Muriel, y una camisa de seda rosa brillante con los puños enrollados para mostrar los lunares blancos y negros del revés de la tela.

—Me alegro de que me hayas llamado —dijo Arte—. Yo también pensaba pedirte una cita para hablar contigo.

—¿Ah, sí? —preguntó Ronan.

¿Habría vuelto a casarse? Solo habían pasado seis meses desde que le habían concedido el divorcio. Era tiempo suficiente para haber iniciado otra

relación seria, pero no para volver a casarse.

¿Por qué arriesgarse si su matrimonio con Muriel había sido tan malo como afirmaba?

—Sí, pero he estado ocupado con el musical que estoy produciendo.

Con el dinero de Muriel. Ronan sintió otra punzada de culpabilidad, esa vez por ella.

—¿En serio? —preguntó—. No sabía que te interesaba el teatro.

Arte rio.

—Pues sí. Por eso vine a esta ciudad. Soy una amenaza por triplicado. Canto, bailo y actúo.

¿Sería buen actor? ¿Tan bueno como para haber engañado a su abogado?

—Pero trabajas de modelo.

Arte sonrió, mostrando unos dientes perfectos de un blanco cegador.

—Fue más fácil empezar de modelo que de actor, pero ahora he encontrado el vehículo perfecto para lanzar mi carrera.

Muriel. El vehículo había sido ella. Y Ronan le había dado las llaves.

—No puedo ayudarte con las leyes del espectáculo —dijo—. Solo soy abogado de divorcios.

—No quería verte por eso —repuso el otro—. Es por esa cosa de la mujer más bella del mundo.

Muriel. Ella no era una cosa. Ronan apretó los dientes para reprimir una contestación.

—Eso lo ha conseguido por nosotros —continuó Arte—. ¿No crees que debería darnos una parte?

—Yo no quiero ese título —repuso Ronan. Pero empezaba a tener sus dudas respecto a Arte Armand.

Llevaba el pelo perfectamente cortado, con reflejos dorados. Del mismo color que el tono natural de Simon.

Arte volvió a reír, y su risa sonó casi a risita de adolescente.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Dinero —repuso Arte, como si fuera evidente.

Debería haberlo sido. Desde su primera reunión, aquello siempre había versado en torno al dinero.

—Creo que debería darme un porcentaje de lo que gana ahora —prosiguió Arte—, puesto que nosotros la hicimos famosa.

Nosotros. Ronan se encogió y sintió un nudo de culpabilidad en el estómago. Quería gritarle al otro que dejara de decir eso, que no le achacara a él el mérito de lo que le habían hecho a Muriel.

—No estuvisteis casados el tiempo suficiente para tener derecho a una pensión —le recordó a Arte.

—Pero tú me conseguiste una indemnización soberbia.

—Sí, así fue —mucho más de lo que Ronan empezaba a creer que se merecía Arte—. Y tú aceptaste el acuerdo, así que no puedes pedirle más.

—Pero de no ser por nosotros, Muriel seguiría siendo solo una cara y un cuerpo y poca gente sabría su nombre —insistió Arte—. Eso debería conseguirnos algo, un porcentaje de sus ingresos.

O sea que no eran Ronan ni la empresa de relaciones públicas los que estaban pensando enviarle una factura a Muriel. Era su ex.

—A mí me ha costado una denuncia ante el Colegio de Abogados —dijo Ronan—. Por eso te he llamado.

—¿Denuncia? —preguntó Arte. Se puso tenso.

—Sí, Muriel afirma que soborné a los testigos para que cometieran perjurio. Cree que los coaccioné para que mintieran.

Arte volvió a reír, pero esa vez su risa sonaba hueca y nerviosa.

—No te preocupes por eso. No puede probar nada.

—No hay nada que probar, ¿verdad? —preguntó Ronan—. Yo creía que toda esa gente decía la verdad.

—Por supuesto. Todos decían la verdad.

—La misma verdad casi palabra por palabra —murmuró Ronan—. Casi como si la hubieran ensayado —¿por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué no los había interrogado más a fondo a ellos y a Arte Armand?

Tal vez porque lo que habían dicho de sus infidelidades y sus orgías lo había distraído de la realidad y lo había hundido en la fantasía de una Muriel Sanz desnuda e insaciable de sexo.

Arte se encogió de hombros.

—Todos vieron las mismas cosas. Es normal que las describieran de modo muy parecido.

En aquel momento, Ronan supo ya quién había escrito el guion.

—Si mintieron, podría perder mi licencia de abogado.

Arte tendió la mano y le apretó el brazo.

—No te preocupes. Tú no tenías ni idea.

—¿De que mentían? —tenía que saberlo. Pero si Arte admitía lo que había hecho, probablemente sentiría ganas de hacerlo pedazos. Ya tenía los puños cerrados.

—No, no, claro que no —tartamudeó Arte—. Pero no sé por qué está tan enfadada ella. El juicio no dañó ni su carrera ni a ella.

Era el mismo argumento que daba Ronan a Muriel, pero, al oírlo, se dio cuenta de lo interesado que sonaba.

—Está enfadada —dijo. Y él empezaba a entender por qué.

Arte lanzó un suspiro apesadumbrado.

—Por sus abuelos.

—¿Qué?

—La criaron ellos cuando se largó su madre —contestó Arte—. Son personas encantadoras y muy conservadoras. Eso seguramente los destrozó.

«Eso» era lo que había salido en el juicio, lo que Ronan, utilizando a Relaciones Públicas McCann, había sacado a la luz para que todos lo vieran y lo oyeran. Se encogió, nervioso.

Arte volvió a suspirar, pero se enderezó en su silla.

—Pero ellos la conocen, así que no es probable que creyeran... —se llevó una mano a la boca como para intentar volver a meter allí sus últimas palabras.

—¿No es probable que creyeran las mentiras? —lo pinchó Ronan.

Arte negó con la cabeza.

—No, no, las mentiras no. La verdad —de nuevo tartamudeaba—. No se creerían la verdad sobre ella. Solo ven lo mejor en ella.

—Que es directa y sincera —comentó Ronan.

Arte lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tú crees eso de ella?

—Es lo que una de sus verdaderas amigas dijo de ella —repuso Ronan.

—Lástima que no llevara a esa persona a declarar —comentó Arte.

Lástima, sí.

Muriel había tenido un abogado malo. Y, al final, ella había aceptado el acuerdo después de que Ronan lograra anular el contrato prenupcial, o sea que estaba obligada a cumplirlo.

Al menos, ya no tenía que aguantar más tiempo a Arte Armand.

Este se puso en pie.

—Yo no me preocuparía por su denuncia —dijo—. Eres un buen abogado.

Ronan había creído lo mismo hasta ese momento, pero ya no estaba seguro de ser tan bueno.

—Estoy convencido de que saldrás de esta —comentó Arte—. ¿De verdad crees que no puedes sacarle más?

—¡No! —exclamó Ronan, cortante. Se levantó de la silla como un resorte. Tenía tantas ganas de pegarle al otro, que mantuvo los puños cerrados a los costados—. Creo que ya ha perdido bastante.

Su dinero y su reputación. Y quizá también el respeto de los abuelos a los que amaba.

Comprendió entonces por qué estaba tan enfadada. Y no la culpó. Tenía suerte de que solo lo hubiera denunciado al Colegio de Abogados. En su lugar, él habría hecho algo mucho peor, lo que quería hacer en aquel momento con Arte Armand.

Llamaron con los nudillos a la puerta, esta se abrió y una cabeza rubia se asomó al interior.

—Hola. ¡Oh!, siento interrumpir —dijo Simon—. Te estamos esperando para empezar la reunión. No sabía que estabas con un cliente.

—Hemos terminado —repuso Ronan. Por el momento.

Después de lo que Arte Armand había hecho, y lo que le había obligado a hacerle a Muriel, no estaba seguro de que hubiera terminado con él.

Arte se dirigió a la puerta con prontitud, como si estuviera ansioso por huir de Ronan. Quizá había captado lo cerca que había estado este de darle una paliza. O quizá simplemente estaba ansioso por ver mejor a Simon, pues era evidente que se había fijado en él.

¿Cómo demonios no se había dado Ronan cuenta de eso?

¿Y cómo no lo había visto Muriel? No debía de saberlo o no se habría casado con él.

Cuando Arte echó a andar hacia los ascensores, Ronan entró en el despacho de Simon y se dejó caer pesadamente en una de las sillas que rodeaban la mesa de reuniones.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Trevor.

Ronan cerró los ojos y negó con la cabeza. No podía hablar de lo que acababa de averiguar, de lo tonto que había sido.

—Arte Armand acaba de salir de su despacho —contestó Simon por él.

—¿Y te has dado cuenta de que ese tío es un sinvergüenza? —preguntó Stone con un estremecimiento de asco.

—¿Tú lo conoces? —preguntó Ronan.

Su socio había hecho comentarios parecidos en otras ocasiones y lo que más preocupaba a Ronan era que Stone era abogado penalista.

Stone negó con la cabeza.

—Coincidí con él un par de veces en el ascensor cuando lo representabas tú.

—¿Pero tú no lo has representado? —preguntó Ronan.

Stone volvió a negar con la cabeza.

—Es un sinvergüenza, pero hasta donde yo sé, no es un delincuente.

—Es un timador —intervino Simon desde su puesto en la cabecera de la mesa—. Ese tío es un fraude.

Ronan respiró hondo. Su amigo acababa de poner en palabras sus peores miedos.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Hay que ser uno para reconocer a otro —respondió Simon. Él también había sido timador. Si no lo hubiera sido, no habrían sobrevivido todos en la calle. Sus timos los habían mantenido vivos y alimentados.

Ronan suspiró.

—¿Qué significa esto? —preguntó Trevor.

—Creo que puedo estar en un buen lío —repuso Ronan—. Todos los testigos mintieron. Si el Colegio de Abogados se entera, tal vez no crean que yo no lo sabía, que no soborné el perjurio.

—Y podrías perder tu licencia —murmuró Stone.

Perder la licencia para ejercer era lo que menos preocupaba a Ronan en aquel momento. Tenía miedo de perder más que eso, la oportunidad de volver a ver a Muriel.

Muriel, muy tensa, siguió al hombre que la precedía por el largo pasillo. Estaba rígida y dolorida. Quizá debería haber usado el vibrador antes de aquella reunión, pero dudaba de que el artefacto hubiera podido aliviar su tensión. Empezaba a preocuparle que solo Ronan pudiera lograr eso.

Y por eso estaba allí.

—Me sorprende que quiera contratar a Relaciones Públicas McCann —murmuró el hombre que iba delante.

Obviamente, sabía quién era Muriel y lo que su empresa y Ronan le habían

hecho. Por eso no había ido allí a contratarlos. No los necesitaba, y menos después de ser elegida la mujer más bella del mundo.

No. Lo que buscaba eran respuestas.

Ronan no se las había dado y esperaba encontrarlas allí. Con Allison McCann. El hombre se detuvo al final del pasillo y empujó la puerta que daba a un despacho de esquina. El sol entraba a raudales por dos paredes de cristal e iluminaba como un foco a la mujer sentada detrás del escritorio.

Allison McCann, con su cabello rojo intenso, su piel blanca sedosa y sus ojos azules brillantes, se merecía la etiqueta de mujer más bella del mundo más que ella. Pero Allison McCann siempre permanecía entre bastidores.

Muriel no sabía cómo lo conseguía. Hasta que la oyó hablar y su voz sonó tan fría que rondaba la congelación.

—Señorita Sanz, por favor, tome asiento —señaló los sillones situados delante de su escritorio de cristal—. Edward, cierra la puerta al salir.

Cuando el aludido se volvió a cumplir la orden de su jefa, Muriel captó la expresión de su rostro y se estremeció. La voz de la jefa no era lo único frío que había en aquel despacho.

La puerta se cerró con un golpe seco y Muriel se sobresaltó. Dudó un momento antes de acercarse al escritorio y a la mujer.

—Lo siento —murmuró esta.

—No he venido aquí a buscar una disculpa —repuso Muriel. Esperaba tan poco que se disculpara aquella mujer como que lo hiciera Ronan.

—Lo decía por Edward —Allison señaló la puerta cerrada—. Si no ha venido a por una disculpa, ¿por qué ha venido, señorita Sanz? ¿Necesita nuestros servicios? —sonaba cortésmente esperanzada, no avasalladora.

Todas las personas de relaciones públicas que había conocido Muriel eran agresivas. Casi se sintió agradablemente sorprendida, hasta que recordó lo que le había hecho esa mujer.

—¿Por qué? —preguntó Muriel. Eso era lo que más deseaba saber.

La mujer sonrió levemente.

—Es una buena pregunta, teniendo en cuenta que ya es muy famosa en este momento. Pero, por supuesto, este es el mejor momento para contratar a Relaciones Públicas McCann, para que podamos ayudarla a llevar su carrera en la dirección en la que le gustaría ir. Por favor, siéntese y dígame qué dirección es esa.

Muriel no se había dado cuenta de que seguía de pie, pero estaba demasiado

tensa, demasiado ansiosa, para sentarse. Se acercó a las enormes ventanas y miró el centro de la ciudad. Desde allí se veía un parque.

—¿Quiere dar el salto a actriz? —preguntó Allison.

—No —repuso Muriel—. No sé actuar —era demasiado directa para eso. Era Arte el que quería actuar, cantar y bailar.

—¿Cantante? —preguntó Allison.

Muriel se echó a reír.

—¡Cielos, no! —alzó una mano—. Y antes de que lo pregunte, tampoco soy bailarina —no tenía ritmo. Excepto con Ronan. Con él, siempre encontraba el ritmo perfecto, sus movimientos se coordinaban para volverse locos mutuamente y llevar al otro al éxtasis.

—¿O sea que está contenta con su carrera de modelo?

Muriel se giró a observar a Allison. ¿Detectaba cierta condescendencia en su voz? ¿La juzgaba?

—Sí, soy feliz como modelo.

—¿Por qué? —preguntó Allison.

Esa era la pregunta que Muriel quería que le contestaran. Pero primero respondió ella.

—Admiro la creatividad de los diseñadores y me gusta mostrar su trabajo duro —en especial el de Bette. Sabía cuánto tiempo y con qué ahínco había trabajado Bette para lograr su reciente éxito.

Allison ladeó la cabeza y la observó, como tratando de calibrar si decía la verdad.

—Puedo citar esa frase para conseguirle mucho más trabajo —dijo—. A los diseñadores les encantaría oír eso.

Muriel se echó a reír.

—Está siempre a la que salta, ¿eh?

—¿Eso es un problema?

—Solo cuando difama a personas inocentes.

Allison se puso de pie.

—Si ha pedido esta cita para atacarme, será mejor que se vaya ahora.

—Si hubiera querido atacarla, no habría pedido una cita —repuso Muriel—. Lo habría hecho en un lugar público y embarazoso, en su restaurante favorito o ahí fuera en la calle. Habría querido humillarla como me humilló usted a mí.

La piel pálida de Allison se sonrojó, pero no de vergüenza, sino de furia.

—Yo solo hice mi trabajo, señorita Sanz —dijo a la defensiva—. No debería tomarse esto a pecho ni convertirlo en algo personal.

—Para mí fue personal —repuso Muriel.

Recordó cómo había tenido que avisar a sus abuelos. O, mejor dicho, que intentarlo, porque había llegado demasiado tarde. La historia saltó antes de que tuviera ocasión de hacerlo.

Allison movió la cabeza.

—¿Por eso denunció a Ronan Hall ante el Colegio de Abogados? ¿Por rencor?

Muriel soltó un bufido.

—¿Rencor? No soy una cría.

—Pues se comporta como tal —la acusó Allison—. Atacando a lo loco.

Muriel sintió deseos de enseñarle a aquella zorra lo que era atacar, pero se contuvo. Se contuvo físicamente, pero no verbalmente.

—Debería demandarles por difamación de carácter —amenazó—. Todos los testigos mintieron y tengo pruebas.

—Circulares falsificadas —repuso Allison con una mueca de desdén.

—Eso es lo que sostiene Ronan —dijo Muriel. Y ella empezaba a creerlo—. O sea que ha hablado con él.

—Trabajo de cerca con todos los socios de Street Legal —repuso Allison.

¿Cómo de cerca? ¿Y se limitaba a trabajar con ellos o hacía algo más que trabajar?

—Lo sé —contestó Muriel—. Por eso estoy aquí. Quiero saber de quién fue la idea de difamarme públicamente. ¿Suya o de Ronan? —quería cruzar los dedos con la esperanza de que Allison asumiera esa responsabilidad y dijera que Ronan había combatido todos los comunicados a la prensa.

Pero Allison no contestó. Volvió a sentarse y negó con la cabeza.

—Merezco la verdad —insistió Muriel—. Aunque no espero que la reconozca.

Allison se echó hacia atrás en su silla y su hermoso rostro se contrajo en una mueca tensa, como si acabara de chupar un limón especialmente agrio.

—Ha perdido el tiempo viniendo aquí —musitó—. A menos que lanzar insultos haga que se sienta mejor, ya que sus recientes éxitos parece que no lo han conseguido.

—O sea que usted piensa igual que Ronan —comentó Muriel—, que el fin justifica los medios.

Allison ladeó la cabeza y la observó con sus ojos azules fríos.

—Pues no es así —siguió Muriel—. No cuando los medios son tan rastreros —sus ojos se llenaron de lágrimas y se dirigió apresuradamente a la puerta. Cuando la abrió, chocó con el cuerpo que había al otro lado.

Y estuvo a punto de derribar al asistente de Allison McCann, quien obviamente estaba escuchando al otro lado de la puerta.

—Si hubiera sabido por qué venía —le susurró cuando la acompañaba por la zona de recepción en dirección a los ascensores—, le habría dicho que perdía el tiempo.

—Tendría que haber sabido que aquí no encontraría respuestas —asintió Muriel. Parpadeó para reprimir las lágrimas de frustración.

Ronan tenía la culpa de que estuviera tan frustrada. Lo deseaba muchísimo, pero no quería estar con él si era la persona que ella había creído al principio: el abogado mentiroso y despiadado.

¿Quién era él?

—Tendría que haberme preguntado a mí —comentó Edward cuando llegaban a los ascensores.

Muriel se detuvo.

—¿Usted lo sabe?

—Estoy presente en todas las reuniones de Allison —contestó él—. Excepto en esta.

Al parecer, era la persona con la que Muriel tendría que haber hablado. Tal vez por eso Allison no le había dejado que estuviera presente.

Llegó el ascensor y se abrió la puerta. Estaba vacío. Antes de entrar, Muriel miró a Edward.

—¿De quién fue la idea de difamarme?

—De Ronan Hall.

Y Muriel sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Allí no estaba de acuerdo —continuó él—, pero tiene que cumplir los deseos de los clientes.

—Y Street Legal es cliente suyo —musitó Muriel. Y ella no lo era.

Solo había sido la desventurada víctima.

—Fue idea de Hall —continuó Edward—. Es el peor de esos bastardos de Street Legal.

—¿El bufete es un cliente importante de Relaciones Públicas McCann?

—El más importante —repuso Edward con un suspiro apesadumbrado—. Y

el más despiadado.

O sea que Allison McCann probablemente no la ayudaría con el Colegio de Abogados, aunque supiera de cierto que Ronan había sobornado a los perjurios. Y Muriel no lo sabía de cierto. De hecho, había empezado a creer en él.

Se preguntó si había jugado con ella tal y como había presumido delante de sus socios, para conseguir que retirara la denuncia.

—Por eso tuvo que hacer lo que quería Hall —prosiguió Edward—. Siento mucho lo que le ocurrió a usted.

Muriel le apretó el brazo con gratitud antes de entrar en el ascensor. La disculpa de él era bienintencionada, pero no era la que quería.

La persona que le debía una disculpa era Ronan.

Capítulo 11

A Ronan lo pilló por sorpresa. Apenas se había abierto la puerta del apartamento de Muriel cuando dos manos se posaron en su pecho y lo empujaron hacia atrás.

—¡Eres un hijo de perra! —le gritó Muriel.

—Supongo que me lo merezco —murmuró él. Pero ella no sabía nada de su madre, de lo perra que en realidad había sido esa mujer.

—¡Sí, te lo mereces! —a Muriel le temblaba la voz de rabia. Sus ojos verdes se abrieron por la sorpresa y lo miró fijamente—. ¿Admites que te lo mereces?

¿Qué sabía ella? ¿Que había hablado con Arte? A Ronan no le habría extrañado que aquel bastardo se hubiera puesto en contacto con ella para pedirle dinero. Pero no. Probablemente no sería tan directo. Sería más bien furtivo y solapado. Como había dicho Simon, Arte era un timador.

—¿Por qué lo dices exactamente? —preguntó.

Muriel volvió a empujarlo, pero no era lo bastante fuerte para echarlo hacia atrás. Ronan entró en el apartamento y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Tienes miedo de que nos oigan? ¿De hacer una escena?

Ronan se echó a reír.

—No me importa nada lo que piense la gente.

—Eso no me lo creo —se burló ella—. No quieres que el Colegio de Abogados piense que has hecho algo malo.

—No quería —la corrigió él.

Empezaba a pensar que había obrado mal, aunque hubiera sido sin darse cuenta.

—He hablado con Allison McCann —dijo Muriel.

—¡Qué zorra! —exclamó Ronan, ultrajado—. ¿Te ha enviado una factura?
Muriel rio.

—No. Pero ha pensado que la iba a contratar —volvió a reír hasta que se le escapó un bufido y se puso tensa.

Ronan se echó a reír.

—Es una zorra —dijo Muriel—, pero es una zorra leal a Street Legal. No ha querido decirme quién encargó la campaña de difamación.

A Ronan le ardió el estómago debido a la culpabilidad.

—Fui yo.

—Lo sé. Me lo ha dicho Edward.

—¿Quién es Edward?

—La zorra de la zorra.

Ronan se echó a reír al darse cuenta de que se refería al asistente de Allison.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó ella—. ¿Por qué tenías que difamarme también en la prensa? —el dolor oscurecía sus ojos verdes—. ¿No te bastaba con hacerlo en el juzgado? Ganaste tú. ¿Por qué necesitabas tanto ganar?

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero los apretó con fuerza. Se apartó de él como si la avergonzara llorar.

Ronan deseaba abrazarla y consolarla. Sus lágrimas eran una tortura para él, pero sabía que no podía deshacer lo que ya estaba hecho. Aunque también sabía que le debía algo.

Tal vez fuera porque ella se volvió por lo que él pudo decirle la verdad. No sobre sus encuentros con Arte, todavía no estaba preparado para admitir hasta qué punto se había equivocado. Pero podía explicarle por qué se había equivocado.

—Lo hice por mi padre —dijo.

Muriel se giró entonces. Frunció el ceño, confusa.

—¿Qué? Eso no tiene sentido.

—Acepto todos los casos de divorcio por mi padre —explicó él—. Porque tendría que haberse divorciado de mi madre, pero nunca pudo decidirse a hacerlo a pesar de lo mal que lo trató ella y de las muchas veces que lo engañó.

—Ronan... —ella lo tocó. Fue un contacto ligero, solo puso los dedos en el brazo de él.

A él le cosquilleó la piel y se estremeció. O quizá fue porque de pronto

sentía frío al revivir algunos momentos de su pasado.

—Se peleaban continuamente —dijo.

—Eso tuvo que ser horrible —comentó ella, con voz suave y compasiva.

Él no quería compasión, solo quería que ella lo entendiera.

—Era tan horrible que me fugué de casa. Así fue como conocí a Simon, Stone y Trevor.

—En la calle.

Muriel seguramente habría oído la historia. Allison McCam había sacado varios comunicados de prensa publicitando la historia de los abogados de Street Legal, haciendo hincapié en su paso de la miseria a la riqueza.

—¿O sea que todas las historias sobre tus socios y tú eran verdad?

Ronan asintió.

—Sí.

—Debió de ser duro.

Él soltó una risita, pero era una risa cargada con la amargura que nunca había conseguido dejar del todo atrás.

—Vivir en la calle era más seguro y más fácil que vivir en casa.

—¿Tus padres siguen juntos?

Ronan se encogió de hombros.

—No sé. Mi padre y yo ya no hablamos de eso —pero hablaban una vez a la semana. Del tiempo, de deportes, del bufete... De todo menos del matrimonio de sus padres. Ese era el trato que había hecho con su padre cuando por fin había vuelto a ponerse en contacto con él—. Y no quiero tener nada que ver con mi madre.

—Yo no soy tu madre —comentó Muriel—. No engañé a Arte.

—Ahora lo sé —contestó él—. Lo siento.

Pero sabía que una disculpa no bastaba para compensar por lo que le había hecho. No sabía qué haría falta para que ella lo perdonara y ni siquiera estaba seguro de que pudiera perdonarse él mismo.

Muriel lo vio volverse y avanzar hacia la puerta. ¿Acaso pensaba irse así?

—¡Cobarde! —le gritó.

Ronan se detuvo y la miró por encima de uno de sus anchos hombros.

—¿Qué?

—Vuelves a huir, igual que hiciste de adolescente.

Él sonrió levemente y sus ojos oscuros brillaron con regocijo.

—¿Crees que huyo de ti?

—Tal vez.

O huía de lo que había hecho.

O de lo que le había confesado sobre su pasado.

—Creía que no querías que me quedara —dijo él.

—No he debido perder los estribos de ese modo —repuso ella.

—Eres una mujer apasionada —a él le brillaron los ojos con una pasión propia.

Y a Muriel le latió el corazón con fuerza. Aunque estaba enfadada con él, lo había echado de menos. Mucho. El cuerpo le dolía con un vacío que solo él podía llenar.

Ronan se acercó a ella.

—Eres la mujer más apasionada que he conocido.

—¿Eso es un modo amable de volver a llamarme puta? —preguntó ella, en un esfuerzo desesperado por aferrarse a su furia. Era más seguro estar furiosa con él que loca por él.

Él soltó una risita.

—Nunca te he llamado puta.

—Mentiroso.

—Solo dejé que te lo llamaran otros —musitó él. Y su atractivo rostro se contorsionó en una mueca apesadumbrada—. Lo siento mucho.

—¿Me crees ahora? —preguntó ella.

Ronan abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Dudaba tanto de ella como ella de él.

¿Pero acaso importaba eso en aquel momento?

Ella lo deseaba demasiado para que le importara el pasado. Ninguno de los dos podía cambiarlo. Ya había ocurrido.

No le preocupaba que volviera a ocurrir. Ya no estaba casada y probablemente no se casaría nunca. Obviamente, no podía confiar en su buen juicio en ese tema.

Y como no podía confiar en sí misma en eso, no volvería a arriesgar su corazón. Por lo tanto, estaba segura acostándose con Ronan, porque entre ellos nunca podría haber nada que no fuera sexo.

No obstante, también quería una pequeña venganza por todas las cosas terribles que él había hecho que Relaciones Públicas McCann dijera de ella.

—Muriel... —empezó a decir él.

La joven le puso los dedos en los labios para detenerlo.

—Calla —dijo—. No digas nada que no creas al cien por cien.

Ronan cerró la boca.

Y Muriel se sintió decepcionada. Pero después de lo que le había contado de su padre, tendría que haber sabido que le resultaría difícil creerla, especialmente después de que tantas personas a las que había considerado amigas hubieran declarado en su contra.

No se dio cuenta de que había bajado la cabeza hasta que él le alzó la barbilla.

—Lo siento —repitió él.

Muriel se encogió de hombros.

—Yo tampoco te creo al cien por cien.

Después de la traición de Arte y de las personas a las que creía amigos, no podía creer en nadie, y menos en el abogado de divorcios que había representado a su ex.

Ronan hizo una mueca.

—Lo comprendo —dijo.

—Pero esta noche da igual lo que sea verdad y lo que sea ficción —dijo ella—. Esta noche no importa nada excepto el placer.

—Te daré placer —le prometió él. Bajó la boca y le besó los labios. Los besó y mordisqueó hasta que la respiración de ella se volvió jadeante.

Hacía mucho tiempo que no la besaba. Solo habían pasado días, pero parecían años. Largos años.

Y sabía que, en eso, él decía la verdad. Le daría placer. Pero esa noche no quería solo eso. Retrocedió para apartarse del beso.

Ronan abrió los ojos y la miró. Tenía la mandíbula tensa, como si le preocupara que hubiera cambiado de idea, así que ella le tomó la mano y tiró de él hacia la puerta abierta del dormitorio.

Y él soltó una risita.

—¿Vas a aceptar mi oferta? —preguntó.

Muriel no habría podido rechazarla aunque hubiera querido.

—Tengo una propia —dijo. Le soltó la mano y se acercó al armario—. Te voy a mostrar lo que es pasarlo bien de verdad.

—¿Bette te ha diseñado algo nuevo? —preguntó él, y casi parecía un niño preguntando si Papá Noel había llevado los regalos.

—Bette siempre está diseñando algo nuevo —contestó Muriel, sorprendida de que a su amiga se le ocurrieran tantas cosas que hacer con lazos—. Supongo que últimamente está más inspirada que de costumbre —gracias al amigo de Ronan.

—Eso es una suerte para mí —murmuró él.

—Esta noche no —dijo ella—. No es lencería lo que tengo en mente esta noche —sacó los cinturones de un par de albornoces y tomó también un par de pañuelos—. Esto es lo que tengo en mente.

Ronan entornó los ojos y sonrió.

—¿Qué quieres hacer con eso?

—Atarte, por supuesto.

Él se echó a reír, pero esa vez no era una risa alegre.

—¿Y luego qué? ¿Hacerme fotos desnudo e indefenso para vendérselas a la prensa sensacionalista? ¿O simplemente dejarme atado y marcharte?

Muriel dudaba mucho de que fuera capaz de dejarlo si lo tenía atado y desnudo. Negó con la cabeza.

—Quiero atarte para que no puedas tocarme, para que solo pueda tocarte yo a ti. Solo pueda darte placer yo.

Ronan se acercó más a ella y le quitó las ligaduras improvisadas.

—Esto es cuestión de control y lo sabes.

Muriel se sonrojó. Era un hombre listo. Por supuesto que iba a adivinar que ella quería tener el control y quitárselo a él.

Esa sería su venganza por lo que le había hecho. Volverlo loco. Pero quizá no necesitara atarlo para conseguir eso.

Él la había vuelto loca en todos y cada uno de sus encuentros sexuales y no la había atado en ningún momento.

Pero tiró de las ligaduras y murmuró:

—Ronan, por favor —lo miró aleteando las pestañas.

Él rio.

—No —murmuró a su vez. Hizo una pelota con las ligaduras y la arrojó al pasillo. Cerró la puerta con el pie, como si temiera que ella intentara recuperarlas.

—No quieres que te ate —musitó la joven.

—Quiero tocarte —contestó él. Y procedió a hacer precisamente eso. Le sacó la camiseta por la cabeza, la arrojó al suelo y el pelo de ella cayó sobre sus hombros desnudos.

Esa noche no llevaba sujetador.

—Lo siento. Hoy no hay lazos de Bette.

Ronan tenía ya las manos en sus pechos.

—No me importa. Si hubiera sabido que no llevabas sujetador...

—¿Qué? —preguntó ella.

Él se inclinó y rozó un pezón con los labios.

—Habría hecho esto antes —musitó, antes de lamer el otro pezón.

Muriel se estremeció de placer. Lo deseaba desesperadamente.

—¿No te alegras de no haberme atado? —preguntó él, cuando movió las manos hasta la cinturilla del pantalón de chándal que llevaba ella. Se lo bajó y le pasó los dedos por el trasero desnudo—. Puedo darte mucho más placer cuando puedo tocarte.

Pero cuando la tocaba, ella perdía el control, como le ocurría en aquel momento.

Le temblaban las piernas y el pulso le latía con fuerza. Ya solo le faltaba un lametón más o una caricia más para llegar al orgasmo. Así de rápido y así de potente era el modo en que la afectaba él.

Y ella quería hacer lo mismo con Ronan.

Tendió la mano. Probablemente había venido desde el trabajo o desde el juzgado, porque llevaba traje y corbata. Muriel le aflojó primero la corbata y la liberó del cuello de la camisa blanca. Cuando tuvo la prenda de seda azul en la mano, lo miró fijamente.

—Ni se te ocurra —le advirtió él, pero había risa en su voz y un brillo de malicia en sus ojos. Le quitó la corbata y la arrojó a un lado. Definitivamente, todavía no se fiaba de ella.

Muriel empezó a trabajar en los botones de la camisa y dejó al descubierto los músculos cubiertos de vello del impresionante torso masculino. Le bajó la camisa y la chaqueta gris por los hombros y llevó las manos al cinturón. Ronan le apartó las manos y terminó de desnudarse él.

Muriel empezó a tocarlo y a besarlo por todas partes. Le acarició el trasero y bajó las manos por sus muslos duros al tiempo que se dejaba caer de rodillas ante él. Cerró los labios en torno a su polla y succionó con fuerza.

Ronan gimió. Y ella notó que temblaba.

No había hecho falta que lo atara. Podía hacerle perder el control sin ligaduras.

Pero él no lo perdió del todo. La apartó antes de que ella consiguiera

llevarlo al clímax. La tomó en brazos y la arrojó sobre la cama. Muriel rebotó levemente en el colchón y él se le echó encima.

Formaban un revoltijo de brazos y piernas, pero sus bocas se encontraron y aparearon y se besaron profundamente. La lengua de él acariciaba la de ella y deslizó los dedos dentro de ella. Empezó a meterlos y sacarlos, hasta que ella se arqueó y gimió al llegar al orgasmo.

Pero aquello no era nada comparado con el placer que sabía que él podía darle. Ronan se apartó, pero solo para ponerse un preservativo, y a continuación deslizó la punta de la polla dentro de ella. Puso las piernas de Muriel en sus hombros para hundirse más en ella.

La llenaba por completo.

Muriel deslizó la mano entre ellos e intentó acariciarlo, pero él le agarró la mano y la retuvo.

—Por eso necesitaba atarte —musitó ella.

—Entonces todo se habría acabado ya —repuso él—. Y te habrías perdido esta diversión.

La joven no sabía si era diversión o tortura. La tensión se acumulaba de nuevo en su cuerpo. Ronan la llevó al borde del orgasmo y entonces se apartó.

Muriel le agarró el trasero y lo empujó de nuevo dentro de ella. A continuación guió con las manos las caderas de él.

Ronan volvió a moverse y se colocó de espaldas, llevándola consigo. De pronto, ella se encontró a horcajadas sobre él.

Le había dado el control que quería y lo usó para jugar con él como había jugado él con ella, subiendo hacia arriba hasta que la polla casi se salía, y bajando de nuevo con fuerza. Arriba y abajo...

Ronan gimió y golpeó el colchón y luego agarró con las manos las caderas de ella, aunque no hacía falta que la guiara, pues Muriel conocía el ritmo. Con él podía bailar. Se movieron al unísono hasta que ella se puso tensa. Sus músculos internos convulsionaron, su cuerpo se estremeció y gritó el nombre de Ronan.

Este la acompañaba con las manos clavadas en sus caderas y el cuerpo muy tenso. Se estremeció y llegó también al orgasmo.

Muriel se dejó caer de espaldas sobre el colchón, relajada y exhausta. Necesitaba aquello. Lo necesitaba a él. Cerró los ojos, completamente saciada.

Ronan salía ya de la cama. Ella supuso que querría limpiarse, pero no fue la

puerta del baño la que oyó abrirse y cerrarse. Fue la puerta del apartamento.

Hacía lo que ella le había acusado antes de hacer. Huir. ¿De ella? ¿O de lo que sentía cuando estaban juntos?

Muriel también quería huir de sus sentimientos. Pero no estaba segura de que le quedaran músculos, tan floja y relajada estaba, excepto por el loco golpeteo de su corazón. Tenía miedo de estarse enamorando de Ronan.

Pero daba igual lo que sintiera, porque Ronan jamás se permitiría sentir nada que no fuera miedo en una relación. Y ella acabaría igual que todas las demás mujeres con las que había salido él, abandonada y queriendo más.

Porque se daba cuenta de que, debido a su pasado, él no era capaz de dar más.

Capítulo 12

A Ronan le temblaba la mano cuando se llevó el vaso de agua a la boca.

—Tendría que haberos citado en el bar —dijo. Le habría venido bien una bebida fuerte en vez de agua. Pero había convocado la reunión en el despacho de Simon y estaban todos sentados en torno a la mesa que usaban para sus reuniones de trabajo.

Aquello no era una reunión de trabajo habitual. Claro que, desde que lo habían denunciado ante el Colegio de Abogados, el trabajo para él ya no había sido el habitual.

—¿Queréis una copa? —preguntó Simon. Se puso en pie y avanzó hacia el bar que había en la parte de atrás de su despacho.

Era sábado por la noche. Simon tendría que estar con Bette y Ronan tenía la culpa de que no fuera así. Como si Bette no lo odiara ya bastante, él le daba todavía más razones. Pero ella no era la única que lo odiaba. Muriel también. Y él tampoco estaba muy contento consigo mismo en aquel momento.

—Sírreme una copa —pidió Stone—. El juicio empieza la semana que viene.

—¿Estás preparado? —le preguntó Trevor.

—Por supuesto. Solo me preocupa que pueda haber alguna sorpresa, como le ha ocurrido a Ronan.

El aludido había tenido muchas sorpresas últimamente.

—¿Se sabe ya algo del topo? —le preguntó Trevor a Simon.

El socio administrador negó con la cabeza.

—Nada. No tengo ni idea de quién pudo ser.

Aquello no era nada bueno. De todos ellos, Simon era el que tenía mejor ojo para la gente. Para haberlo engañado a él, el topo tenía que ser muy bueno.

A Ronan, en cambio, había sido fácil engañarlo. Se había tragado fácilmente

el montón de mentiras de Arte.

—Por eso he convocado esta reunión —dijo.

—¿Sabes quién es el topo? —preguntó Simon, sorprendido. Suspiró—. No me digas que es Muriel Sanz. Ella no tiene acceso a nuestros despachos.

La joven había entrado allí un fin de semana, pero Ronan no se molestó en comentar eso. Él tampoco creía que fuera Muriel.

—No sé quién es el topo, pero me preocupa mi carrera —dijo.

—¿Por qué te preocupa? —preguntó Simon.

—Creo que me van a prohibir ejercer —admitió, y se le encogió el estómago.

—Tú no sabías que los testigos mentían —dijo Stone—. Eso se sabrá durante la investigación de la denuncia. No te pasará nada.

—A Street Legal no le pasará nada —añadió Simon, quien, como tenía muy buen ojo para la gente, sabía que lo que preocupaba a Ronan no era lo que le pasara a él.

Tampoco era el bufete lo que le preocupaba.

—Metí la pata hasta el fondo —dijo.

—Ese tío es un timador —le recordó Simon.

Ronan se encogió de hombros.

—Pero fui mucho más lejos de lo necesario. Utilicé a McCann para difamar a Muriel.

Porque creía que era como su madre y porque, en su subconsciente, seguramente había utilizado a Muriel para vengarse de un modo infantil de la mujer que había destrozado a su padre.

—Quiero que McCann saque comunicados de prensa contando la verdad sobre Muriel —dijo. Era lo justo, después del daño que le había hecho.

—Entonces el Colegio de Abogados creerá que sabías que los testigos mentían —intervino Stone—. Tienes que tener la boca cerrada y dejar que las cosas sigan su curso.

—Y tener la bragueta cerrada también —le aconsejó Trevor—. No me parece que tu plan para seducirla y que retirara la denuncia te haya salido bien. Me da la impresión de que te ha seducido ella a ti.

Eso era verdad y Ronan no podía negarlo. Pero también le había hecho descubrir la verdad.

—Metí la pata —repitió—. Y tengo que arreglarlo.

—Puedes hacerlo —repuso Stone—, pero espera hasta que se retire la

denuncia.

—Ella no la retirará —comentó Ronan.

Y no la culpaba por no confiar en él lo suficiente para retirarla. Después de lo que le había hecho, jamás podría ganarse su confianza. Él, más que nadie, comprendía lo difícil que era confiar en alguien, y menos en una persona que ya le había hecho daño.

Estaba lleno de remordimientos. Lamentaba mucho haberle hecho daño a Muriel, pero no bastaba con lamentarlo.

—O sea que necesitamos que eso desaparezca —intervino Simon.

Y Ronan tenía una idea sobre cómo conseguirlo.

—Tengo un plan.

—Tu último plan no ha funcionado —le recordó Trevor—. Tendrías que haber dejado que la sedujera yo para que retirara la denuncia. ¿Me vas a dejar que lo intente ahora?

—¡No! —Ronan gritó con tanta fuerza que Stone le agarró el brazo como si temiera que fuera a saltar por encima de la mesa y lanzarse al cuello de Trevor. Ronan sentía tentaciones de hacer justamente eso, pero se relajó en su silla—. Esto tiene que hacerlo Simon.

—No —repuso este, cortante—. Es amiga de Bette. Y no pienso serle infiel a Bette.

—Pues sugiere un trío —propuso Trevor con un suspiro de lujuria—. Eso sería divertido.

Simon lanzó un juramento.

—¿O es que no puedes con dos mujeres? —se burló Trevor.

—Casi no puedo con una —admitió Simon por voluntad propia.

—Esto no tiene nada que ver con mujeres —intervino Ronan—. Quiero que Simon seduzca a un hombre.

—¿Qué? —preguntaron sus tres socios a la vez.

—Al ex de Muriel —explicó Ronan—. El otro día se fijó en ti. Creo que podrías hacerle hablar.

—¿Es gay? —preguntó Trevor, con la boca muy abierta por la sorpresa—. ¿Y estaba casado con la mujer más bella del mundo?

Simon suspiró.

—Timador —murmuró.

—Sí, lo es —contestó Ronan—. Y si podemos lograr que admita que pidió a esos testigos que declararan y los entrenó sobre lo que tenían que decir, creo

que el Colegio de Abogados rechazaría la denuncia contra mí.

—No pienso seducir a un hombre —declaró Simon.

—No tienes que seducirlo, solo engañarlo.

Simon entornó sus ojos azules y Ronan decidió picarle.

—A menos que hayas perdido facultades y ya no estés a la altura de la tarea —dijo.

Simon lo maldijo, pero sonreía.

—Esto no es solo por salvar tu licencia y al bufete, ¿verdad? —preguntó.

—Pues claro que lo es —contestó Ronan—. ¿Por qué otra cosa iba a ser?

—Por Muriel —repuso Simon—. Te has enamorado de ella.

Ronan negó con la cabeza y una garra de pánico le apretó el corazón. Por eso había salido corriendo del apartamento de ella la noche anterior, por los sentimientos que lo embargaban. Porque quería quedarse y abrazarla toda la noche, quería despertar y que su rostro fuera lo primero que viera. Pero de todos modos lo era. Ella estaba siempre en su cabeza.

—No —repuso, y le habría gustado que su voz sonara sincera—. No me he enamorado. Solo quiero reparar un error —y cuando lo hubiera hecho, se olvidaría de Muriel Sanz. El problema estaba allí, en que tenía que limpiar su conciencia. Después podría sacarla de su mente y de su...

¿Corazón?

No. Ella no estaba allí. Ninguna mujer había estado allí.

—Solo necesito terminar con esto —dijo. Y que su vida volviera a la normalidad, a ligar con mujeres en los bares para aventuras de una noche y concentrarse solo en el trabajo.

Por alguna razón, esa normalidad le parecía de pronto vacía y hueca.

El timbre de la puerta hizo que a Muriel se le acelerara el pulso. ¿Habría vuelto Ronan?

Confiaba en que así fuera. Lo de la noche anterior había sido maravilloso, pero había terminado demasiado pronto y él había salido corriendo. Si se hubiera quedado...

Si se hubiera quedado, ella habría empezado a acostumbrarse a tenerlo allí. Habría empezado a imaginar un futuro con él. Y eso no era posible por muchas razones.

No. Era mejor que se hubiera largado. Y si ella fuera lista, no le abriría la

puerta. Pero lo deseaba todavía, así que abrió sin ni siquiera mirar por la mirilla.

Debería haberlo hecho, porque, en ese caso, jamás le habría abierto la puerta a Arte Armand, al único hombre al que jamás permitiría volver a entrar en su vida.

«¡Demonios!».

Pero le sorprendía tanto que tuviera el valor de ir a verla, que se quedó sin palabras. Y, al parecer, su silencio le puso nervioso, pues él empezó a tartamudear.

—Mu... Muriel, sé que después de todo lo que pasó, probablemente no quieras verme.

Si esperaba que ella lo negara, Muriel no lo hizo.

—No, no quiero verte —dijo. Porque ya no podía ver lo que había visto en otro tiempo, a un hombre tierno y divertido al que creía amar.

Ya solo veía la comadreja mentirosa en la que se había convertido. O quizá siempre había sido la comadreja mentirosa. ¿Cómo había podido estar tan ciega? Cerró los ojos, pues solo ver su cara ridículamente atractiva le producía náuseas. Mientras los rasgos de Ronan quedarían bien tallados en granito, los de Arte serían de porcelana o de algún otro material liso y sin mácula. Sus rasgos eran tan perfectos que era más bonito que atractivo. ¿Tan superficial era ella, que se había enamorado de una cara bonita sin ver su verdadera personalidad?

¿Qué personalidad? Durante el divorcio había quedado claro que no tenía ninguna.

—Pensaba que no seguirías enfadada todavía —dijo él con un mohín petulante.

¿Acaso ignoraba cuánto daño le había hecho?

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Tan estúpida crees que soy?

Había sido muy estúpida para enamorarse de Arte y, más todavía, para casarse con él. Pero había creído que el acuerdo prematrimonial le cubría las espaldas. No se había parado a pensar que alguien como Ronan Hall podría anularlo con tanta facilidad.

—No eres estúpida —dijo Arte—. Eres muy lista. Has usado lo que pasó, la atención de la prensa, para subir de nivel en tu carrera. Eres la mujer más bella del mundo.

Muriel suspiró. Aquel título empezaba a molestarla, sobre todo porque

sentía que no se lo había ganado, no como otras muchas mujeres que habían tomado decisiones inteligentes. Ella lo único que hacía era ir de un hombre que no le convenía a otro.

Arte seguramente no percibió su reacción, porque siguió hablando.

—Eso demuestra que no hay publicidad mala.

Quizá Allison McCann pudiera usar aquello para su siguiente campaña publicitaria, pero fuera cual fuera esta, no conseguiría que la contratara Muriel.

—No necesitaba publicidad —le recordó a Arte. Había tenido trabajo continuado de modelo desde los catorce años. Su abuela había trabajado de costurera para un diseñador y este le había dado a Muriel su primer trabajo.

—Yo sí —repuso Arte—. Estoy produciendo ese musical del que siempre hablaba.

La joven no sabía qué esperaba que hiciera. ¿Felicitarlo? Sabía que, si había conseguido producir algo, era por el dinero que le había robado en los tribunales.

Arte sonrió como un niño que intentara convencer a su madre de que le diera una galleta, o quizá un cachorrito.

—Y no me vendría mal contar con publicidad —dijo él—, para que venga a verlo la gente.

Le había robado dinero, pero no tanto como para producir algo en Broadway, así que debía de ser *off-Broadway*.

—¿Has venido por eso? —preguntó ella, con el estómago revuelto por el asco—. ¿Porque quieres que hable de tu obra de teatro?

—O podrías invertir en ella.

Muriel pensó que si alguien se merecía una bofetada, ese era su ex. Pero no le inspiraba ninguna pasión. Quizá nunca se la había inspirado. Porque cualquier atracción que hubiera podido sentir por él resultaba insignificante comparada con lo que sentía por Ronan.

Lo único que podía hacer era reírse en su cara.

—Si crees que te ayudaré después de lo que hiciste, estás loco —empujó la puerta hacia él para hacerlo retroceder al pasillo.

Arte agarró con fuerza el borde de la puerta.

—Por favor, Muriel.

Y ella vio desesperación en sus ojos. El *karma* lo había atrapado por fin. Probablemente estaría a punto de perder todo lo que le había quitado.

—¿Por qué no vas a ver qué puede hacer Ronan Hall por ti? —preguntó.

Solo lo dijo porque quería oír lo que diría de su antiguo abogado.

—Ya he ido —admitió Arte—. Dijo que el acuerdo era final, que no puedo sacarte más dinero —volvió a hacer aquel mohín petulante con los labios—. A pesar de que la publicidad del juicio te ha hecho todavía más famosa.

Y obviamente, quería una parte, como si fuera su agente o algo por el estilo. Muriel sintió náuseas. ¿Por qué no se había dado cuenta de lo mercenario que era Arte? ¿Cómo se había engañado tanto?

Porque siempre intentaba ver lo mejor de la gente, a diferencia de Ronan, que solo veía lo peor. ¿Pero por qué no había visto él a Arte Armand por lo que era?

—No, no puedes sacarme nada más —dijo. Jamás ayudaría de ningún modo a aquel gusano.

—Me dijo que has puesto una denuncia contra él —prosiguió Arte.

A Muriel le habría gustado saber quién había provocado aquella reunión, si Ronan o Arte.

Daba igual. Lo único que importaba era que ella descubriera por fin la verdad.

—Si me das algo de dinero, declararé contra él —dijo Arte—. O si no quieres pagarme, puedes mencionar el musical en alguna de tus entrevistas en los medios de comunicación.

Muriel apretó los puños. Quizá en lugar de abofetearlo, debería darle un puñetazo. Pero tenía que saber.

—¿Qué harías? —preguntó.

—Diría que sabía que los testigos mentían —respondió Arte—. Que fue idea suya. ¿No es eso lo que quieres, que pierda la licencia?

Muriel negó con la cabeza.

—No, Arte. Lo que quiero es la verdad —pero no sabía si él sería capaz de reconocer la verdad aunque la tuviera delante.

Arte se puso tenso, como si percibiera una trampa.

—Te ofrecería pagarte por ella —dijo Muriel—, pero no sabría si me decías la verdad o solo lo que pensabas que quería oír.

Por lo tanto, no podría averiguar nada por medio de Arte. Al menos, nada que pudiera creerse.

—Eso se me da bien —admitió él—. Decirle a la gente lo que quiere oír, mostrarles a la persona que quieren ver.

Muriel se estremeció al darse cuenta de que él no era tan estúpido como ella creía. Había jugado con ella un maestro del engaño.

Y tenía la impresión de que también había jugado con Ronan. La tenía incluso antes de que Arte confesara.

—Sabía lo de la infancia de Hall, que su madre le había sido infiel a su padre.

—¿Cómo?

—Por las redes sociales —dijo Arte, con una mueca de desaprobación porque ella no les dedicara más tiempo.

Muriel nunca había sido muy fan de las redes sociales. No era una modelo que se pasara la vida haciéndose *selfies* y colgándolos en internet. Dejaba las fotos a los fotógrafos.

—Un reportero de un periódico sensacionalista sacó una exclusiva sobre su pasado —siguió Arte.

—¿Y tú utilizaste eso? —preguntó ella, asqueada de que hubiera hurgado en el pasado de Ronan y en su dolor.

Arte, en cambio, parecía casi orgulloso de lo que había hecho, pues asintió.

—Sabía que era el único abogado que podía anular el contrato prematrimonial que me hiciste firmar, pero tenía que estar motivado.

Y Arte lo había motivado.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Eso es lo que no entiendo. Creía que éramos amigos —y lo habían sido... antes de convertirse en marido y mujer. Siempre habían sido más amigos que amantes y ella empezaba a entender por qué.

—A mí no me ocurren las cosas como te pasa a ti —dijo él—. Tú nunca has tenido que trabajar por nada. El éxito te ha caído del cielo.

Su carrera de modelo. La fama. Incluso las circulares, que por fin se daba cuenta de que eran falsificadas. Esas también le habían caído del cielo.

Tal vez él tuviera razón, pero eso no indicaba que tuviera que perdonarle lo que había hecho.

—Eso no disculpa lo que hiciste —dijo.

Arte suspiró.

—No, es verdad —empezó a girarse para salir—. Ha sido un error venir aquí.

—Sí, es cierto —musitó ella. Pero se alegraba de que hubiera ido, porque por fin sabía que no solo la había engañado a ella, sino también a Ronan—.

Pero tenías razón en una cosa.

Arte se volvió a mirarla.

—No hay publicidad mala —dijo ella—. Cuéntale tu exclusiva a la prensa.

Él frunció el ceño.

—¿Qué exclusiva?

—La verdad —comentó ella, como si fuera evidente. Pero la verdad era lo último evidente para un hombre como Arte—. Diles lo que me hiciste.

—¿Eso enmendaría lo que te hice a ti?

—Yo no te importo nada —respondió ella. Nunca le había importado—. Pero tu musical sí. Dale publicidad.

—Pero yo seré el malo —respondió él, claramente horrorizado de pensar en colocarse en la posición que le había adjudicado a ella—. La gente me odiará.

No le había importado hacerle eso a Muriel, quien agarró una de las revistas que había sobre la mesita estrecha del vestíbulo, detrás de la puerta, y le enseñó la portada.

—Parece que últimamente a los medios de comunicación les gusta premiar a los malos.

Cosa que resultaba más bien triste.

Arte le quitó la revista y la estudió, pero Muriel sabía que no era la cara de ella la que veía, sino la suya propia.

—Tienes razón —asintió él—. Necesito esto.

Y entonces entendió Muriel por qué habían mentido los testigos. Algunas personas estaban dispuestas a hacer lo que fuera por conseguir cinco minutos de fama. Por suerte para ella, en aquel momento Arte era una de esas personas.

Al fin él alzó la vista de la revista para posarla en la cara real.

—También necesito hacerlo por ti. Lo siento mucho, Muriel.

La joven dudaba de su sinceridad, pero asintió como si aceptara sus disculpas. A continuación les cerró la puerta a él y al pasado. Ya era hora de dejar atrás todo aquello.

También a Ronan. Especialmente a este, porque él no había olvidado su pasado y todavía le afectaba, todavía lo influenciaba. Jamás confiaría en una mujer ni dejaría que una llegara a estar tan cerca como quería estar ella con él. Ya no lo quería solo dentro de ella.

Quería estar también dentro de él, en su corazón. Y ni siquiera estaba segura de que él tuviera uno.

Sí. Había llegado el momento de olvidar el pasado y a Ronan Hall con él.

Capítulo 13

Ronan miraba fijamente la pantalla del ordenador portátil de Simon, donde Arte Armand hacía una confesión completa en un programa de internet.

—¿Cómo demonios has conseguido eso? —preguntó.

Después de los años pasados en la calle, sabía que Simon era un cuentista de primera, pero había pasado tanto tiempo desde entonces, que pensaba que habría perdido facultades, aunque, en todo caso, era aún mejor que antes. Ronan, admirado, le dedicó una pequeña reverencia de apreciación y respeto.

—Eso —intervino Trevor, desde el otro lado de la mesa de reuniones—. ¿Qué tuviste que hacerle para convencerlo de que contara la verdad?

Simon soltó un bufido.

—Ni siquiera he hablado con él.

—¿Qué? —preguntó Ronan—. Pero el plan era ese.

—Tu plan —le recordó Simon—. Y era imposible que funcionara.

—Igual que tu plan de la seducción —lo pinchó Trevor.

No. Ese tampoco había funcionado. Pero Ronan no entendía nada.

—¿Y por qué ha hecho esto Arte? —preguntó.

—¿Qué más da? —preguntó Trevor—. Ahora puedes lograr que rechacen la denuncia contra ti.

—No es necesario —intervino Stone—. Mi amigo del Colegio de Abogados dice que la denuncia ha sido retirada. Te han enviado una carta certificada para notificártelo.

¿Muriel la había retirado antes de descubrir la verdad? ¿Había confiado en él?

¿Por qué? Él no había hecho nada para ganarse esa confianza.

—Escuchad esto —dijo Simon, con los dedos en el teclado de su ordenador. Después de rebobinar un trozo de vídeo, volvió a pulsar la tecla de

play y la voz de Arte sonó por los altavoces.

—He visto a Muriel hace poco —dijo.

Ronan hizo una mueca. El timador probablemente había ido a pedirle dinero. No le había importado nada que su abogado le dijera que no tenía derecho a más. ¡Qué narices!, ni siquiera había tenido derecho a lo que le había sacado ya.

—Y me dejó claro que el único modo de que pudiera enmendar lo que le había hecho era decir la verdad.

—Me pregunto si le habrá pagado ella —murmuró Stone.

Ronan lanzó una maldición al pensar que aquel caradura pudiera haberle sacado ni un centavo más.

—Desde luego, espero que no —musitó.

—¿O sea que mintió sobre su matrimonio? —preguntó el reportero a Arte.

Este soltó una risita y cruzó las piernas.

—He mentido en muchas cosas.

—Pero en el juicio hubo testigos que declararon que había habido orgías.

—Eso no ocurrió —repuso Arte.

—¿Y por qué mintió esa gente? —insistió el reportero.

Arte suspiró.

—Les prometí cosas. Un papel en el musical que estoy produciendo y más cosas —Arte se lanzó entonces a un monólogo de autopromoción que Simon cortó por lo sano.

—Y ahora sabemos por qué ha hecho las entrevistas —dijo Stone—. Publicidad gratuita.

Desde luego, no había sido por la bondad de su corazón, pues Ronan dudaba de que tuviera corazón.

—Sus razones no importan —terció Trevor—. Supongo que Ronan ya no tendrá problemas con el Colegio de Abogados.

El aludido se movió un poco en su silla. Odiaba estar sentado.

—No, ya no tengo problemas —repuso—, ¿pero cómo afectará al bufete que se sepa que me engañaron tan fácilmente?

Se sentía como un estúpido por eso.

Simon negó con la cabeza.

—¿Crees que es la primera vez que le mienten a un abogado? —resopló—. La gente miente continuamente.

Muriel no. Había dicho la verdad desde el principio. Ronan tendría que

haberla escuchado. ¡Qué narices!, no debería haber aceptado el caso en su contra.

—Espero que no —comentó Stone—. Espero que mi cliente haya dicho la verdad.

—¿Por qué has vuelto a ser cínico? —le preguntó Trevor a Simon—. Creía que estabas enamorado.

—Lo estoy —admitió Simon, al que en otro tiempo le habría dado vergüenza confesar sus sentimientos y también admitir que los tenía—. Y Bette jamás me mentiría. Me refería a los clientes, a este trabajo.

Y todos los abogados asintieron al unísono. Sabían bien que la ley no era una cuestión de blanco y negro. Había en ella demasiados tonos de gris.

—Yo he confiado en Bette desde el principio —prosiguió Simon—. Y tenía razón sobre Muriel.

—Es cierto —dijo Ronan. Muriel era tan directa y sincera como su verdadera amiga había dicho. Solo le quedaba esperar que también fuera indulgente.

¿Pero lo que le había hecho tenía perdón? Ronan no creía que él pudiera perdonarse nunca a sí mismo.

Las luces del camerino lucían calientes y brillantes encima del espejo que había enfrente de Muriel, pero ella se estremeció a pesar del calor. Últimamente tenía frío sin los besos y las caricias de Ronan, sin su pasión.

¿Sabía él lo que había hecho? ¿Que había retirado la denuncia? ¿O le había enfurecido tanto que se la pusiera que no se sentía capaz de perdonarla?

La verdad había salido a la luz, estaba por todo internet y también en algunas revistas y periódicos de los kioscos. Arte tenía toda la publicidad que había buscado.

La joven no podía evitar pensar que él se había equivocado al decir que no había publicidad mala. La reacción del público no había sido buena con él y habían amenazado con retirar su musical antes del estreno.

Había habido también amenazas de acciones legales, de presentar cargos contra sus amigos y contra él por haber mentido bajo juramento.

Muriel tendría que haberse sentido reivindicada. Su apartamento volvía a parecer una funeraria por la cantidad de flores que recibía con la etiqueta Lo siento. Mucha gente se había disculpado con ella por haber creído las mentiras

de su ex.

Mucha gente, pero no Ronan.

Hacía más de una semana que no lo veía, desde la noche que había salido corriendo de su dormitorio después de que se hubieran revolcado juntos en él. Tal vez le hubiera asustado que quisiera atarlo.

La joven habría esperado que a un hombre como él, famoso por su potencia sexual, le gustara jugar un poco sexualmente, pero, al parecer, solo le gustaba si él tenía el control.

¿Había huido por eso, porque había tenido miedo de perder el control?

¿Empezaba a sentir también algo por ella?

¿O se engañaba a sí misma como había hecho con Arte? A este, desde luego, nunca le había interesado ella, solo su dinero.

Muriel suspiró y le hizo una mueca a su imagen en el espejo. La sesión de fotos había terminado. Ya no tenía que ponerse más ropa ni que maquillarse o peinarse más.

De hecho, a juzgar por el silencio que reinaba en el estudio de fotografía, sospechaba que se habían ido todos menos ella. Mejor así. Si había reporteros esperando fuera, quizá hubieran tirado ya la toalla. Al ver que habían salido todos, probablemente habrían pensado que se había escapado sin ser vista.

Eso era lo que tendría que haber hecho, pero no tenía ganas de ir a la floristería que era su casa. Podría haber quedado con Bette en alguna parte o haber salido con otras modelos, que la habían invitado a ir a cenar y tomar una copa.

Su estómago protestó y se arrepintió de haber rechazado la invitación, pero últimamente no tenía mucha hambre, al menos de comida.

Tenía hambre de Ronan. Deseaba verlo aunque fuera solo un momento.

La prensa también lo había acosado a él, y lo habían pillado fuera de las oficinas de Street Legal. Estaba atractivo incluso agachando la cabeza para meterse en la limusina que lo esperaba, sin hacer comentarios a los reporteros.

¿Qué podía decir?

¿Que se había equivocado?

¿Acaso un hombre tan orgulloso y terco como Ronan admitiría alguna vez que se había equivocado?

Muriel también se había equivocado, y tampoco se había puesto en contacto con él. ¿Quién era el cobarde? ¿O quizá estaba tan acostumbrada a que las cosas le cayeran del cielo, como había dicho Arte, que esperaba que le

ocurriera lo mismo con Ronan?

Suspiró y volvió a mirarse al espejo. Y esa vez no fue su cara la que vio allí, sino la de él.

Miró los ojos oscuros de la imagen del espejo y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Esperar a que termines —contestó él—. Todos los demás se han ido ya.

—¿Has venido a la sesión de fotos? —preguntó ella—. No te he visto —y lo había buscado en todas las fotos, con la esperanza de que apareciera como había hecho en otra ocasión.

—No podía mirar —dijo él.

Muriel se volvió entonces.

—¿Por qué no?

Aquella sesión no había sido por Lazos Hechiceros de Bette, sino por una campaña de perfume y ella había lucido un vestido de noche en vez de lencería.

—No podía ver cómo te tocaba otro hombre —contestó él. Hablaba entre dientes y en su mandíbula se movía un músculo—. Cómo te tocaba ese modelo.

Aquello hizo reír a Muriel.

—¿Tenías celos? —no podía creer que un hombre tan seguro de sí como Ronan tuviera nunca celos de otro hombre.

A menos que creyera todavía todas aquellas mentiras sobre ella. ¿No creía que Arte había dicho por fin la verdad?

—¿Esto son celos? —preguntó él, como si tuviera un sabor horrible en la boca—. Nunca había sentido nada parecido.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque nunca me ha importado nadie.

No era una declaración de amor, pero partiendo de Ronan, era casi igual de monumental. A Muriel se le aceleró el corazón y de pronto le costó mucho respirar. Entreabrió los labios para dejar pasar el aire.

Y la boca de él se posó en ellos y se movió con ansia contra la de ella. La besó como si la consumiera, mordisqueándole los labios. Se apartó de pronto y emitió un gemido profundo.

—¿Por qué me afectas como nunca me ha afectado nadie? —preguntó.

Muriel podría haberle preguntado lo mismo, pero se limitó a sonreír con el placer que le producía el comentario de él. Aunque cumpliera la primera regla

del cotilleo y creyera solo la mitad de lo que había oído, él había tenido muchos amantes y era bueno saber que la consideraba especial.

—No tienes que estar celosa por mi causa —le aseguró—. Porque eres el único hombre al que deseo.

Ronan se puso rígido y ella vio la expresión de miedo que cruzó por sus ojos oscuros. En vez de tranquilizarlo, lo había asustado. Y recordó que era un hombre que jamás se permitiría enamorarse porque no quería acabar como su padre.

Pero ella no era como su madre y quería que él lo supiera.

—Solo me acuesto con un hombre cada vez —dijo—. Y tú eres el único con el que quiero acostarme ahora.

Sin embargo, nunca habían dormido juntos. Él se había ido siempre después del sexo.

—¿Por eso has retirado la denuncia? —preguntó él.

Muriel negó con la cabeza.

—Lo siento. No lo he hecho porque me sedujeras para eso.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque Arte me dijo la verdad.

—A ti y al mundo entero —comentó él. La observó atentamente—. ¿Cómo lograste que hiciera eso?

La joven se encogió de hombros.

—Supongo que se dio cuenta de que era la única publicidad que iba a conseguir.

—Es publicidad mala.

—Sí —contestó ella—. ¿Lo es para ti? ¿Ha tenido consecuencias negativas?

—Los socios me han llamado idiota —repuso él—. Pero no ha afectado nada al bufete. De hecho, creo que nos ha traído más clientes.

—¿O sea que has estado ocupado? —preguntó ella.

Quería saber dónde había estado y por qué no había aparecido antes. Él no era el único que conocía los celos por primera vez.

Ronan asintió.

—Y no sabía si querrías verme después de que la verdad hubiera salido a la luz o si volverías a pegarme como el primer día en el ascensor.

Muriel rio y lo besó en la mejilla.

—¡Pobrecito!

—Me lo merecía —contestó él—. Lo siento.

—Arte te engañó igual que me engañó a mí —comentó ella. Y, de algún modo, eso hacía que le resultara menos desagradable. Si un hombre tan listo como Ronan había caído en el engaño, ya no se sentía tan tonta ella.

Ronan hizo una mueca. Obviamente, no le gustaba que lo hubieran engañado.

—Hubo algo más en eso.

—Lo sé —respondió ella. Pero no quería hablar del pasado. Lo había echado mucho de menos y su cuerpo anhelaba que la tocara.

Sin embargo, se giró de nuevo hacia el espejo y vio allí que él la observaba entornando los ojos.

—¿Muriel?

Como había tenido que devolver el vestido que se había puesto en la sesión de fotos, ya llevaba solo una bata. Se había sentido demasiado aletargada, por las noches sin dormir pensando en él, para hacer acopio de energía y ponerse la ropa de calle, que estaba en la parte de arriba de la bolsa colocada en el suelo, al lado de la cómoda.

Sin dejar de mirarlo en el espejo, se desabrochó el cinturón de la bata y lo sacó de las trabillas.

Ronan sonrió.

—No me vas a atar —dijo.

—No —confirmó ella—. Quiero que me toques —se abrió la bata y se la bajó por los hombros, de modo que quedó desnuda delante del espejo y de él—. Quiero que me toques aquí.

Se llevó los dedos a los labios y lamió las yemas. Después bajó las yemas mojadas por su garganta y la curva de uno de sus pechos. Tocó el pezón, ya erecto, que acarició con la yema mojada. Lanzó un gemido.

—Quiero mucho que me toques aquí...

Daba la impresión de que Ronan estuviera paralizado, pues se limitaba a estar detrás de ella y ver cómo se tocaba.

Muriel bajó la mano por su estómago, que, gracias a que él le había quitado el apetito, estaba más plano que nunca. Después rozó con las uñas el pubis, hasta que pudo deslizar los dedos entre sus labios inferiores. Dio un respingo.

Ronan la acompañó con un respingo propio. Un gemido escapó de su garganta. Dejó de estar paralizado y extendió los brazos.

—No parece que me necesites —murmuró, cuando le puso las manos en los hombros y encontró su mirada en el espejo.

—Las apariencias engañan —contestó ella, que sabía que los dos eran ya muy conscientes de eso—. Sí te necesito —le aseguró. Y puso las manos encima de las de él y las guio hacia abajo, a sus pechos.

Se miraron el uno al otro en el espejo. Muriel lo observaba jugar con sus pechos y endurecer los pezones con la tensión acumulándose dentro de ella. Y con cada gemido que ella emitía, los ojos de él se oscurecían más, su mirada se hacía más intensa y la joven sentía detrás de sí el calor y la dureza del cuerpo de él. Su erección palpitaba contra el trasero de ella.

Ronan la necesitaba tanto como ella a él. Al menos Muriel intentaba convencerse de eso a medida que su deseo por él se iba convirtiendo en locura. Trató de darse la vuelta, pero él la sujetó en el sitio, de espaldas a él, y siguió mirándola en el espejo incluso mientras se desabrochaba los pantalones y sacaba la polla.

Muriel sintió la verga desnuda de él frotando su trasero. Luego el látex separó las pieles de ambos cuando él se puso un condón.

Por suerte, parecía tan defensor del sexo seguro como había sido siempre ella, así que quizá algún día podrían probar sin preservativo, aunque eso implicaría un compromiso para el que no sabía si estaban preparados.

Por el momento, lo que esperaba de él era placer. Y él se lo daba. Se inclinó sobre su hombro y la besó en el cuello. Muriel volvió la cabeza hasta que sus labios se encontraron. Se besaron con ansia. Ella ardía con una sed que solo él podía saciar.

Ronan le puso las manos en la cintura y la sentó en el mostrador de maquillaje, con la cara de ella hacia el espejo y el culo hacia él. Deslizó los dedos dentro de ella antes de inclinarse a lamerla. Le pasaba la lengua y la miraba en el espejo, y la mezcla de ambas cosas resultaba tan sexy que ella se corrió. Soltó un grito de sorpresa por la rapidez con que había llegado al orgasmo.

Él le sonrió. Pero dejó de sonreír en cuanto perdió el control. Le dio la vuelta, se colocó entre las piernas de ella y la penetró.

Muriel lanzó un respingo cuando él la llenó por dentro. Siempre le sorprendía que su polla encajara tan bien en su cuerpo, pues encajaba de tal modo que parecían hechos el uno para el otro. Y aunque habían pasado días desde la última vez que habían estado juntos, se movían al unísono con un baile perfectamente sincronizado, como si llevaran años haciéndolo.

Mientras Ronan la embestía, sus manos encontraron de nuevo los pechos de

ella. Los apretó, pero se le salían de las palmas, así que se centró en los pezones, que retorció con gentileza para volver a crear tensión dentro de ella.

Muriel tenía la sensación de que podía partirse en dos, no por el tamaño de él ni por sus embestidas, sino por la necesidad insoportable de encontrar alivio a la tensión. Ronan retiró una mano de los pechos para acariciarle el clítoris con el pulgar.

Y ella se corrió de nuevo y no pudo reprimir un grito. Se estremeció con el orgasmo, que fue tan intenso que le rodaron lágrimas por las mejillas y su cuerpo tembló por la reacción.

Confiaba en que se hubiera ido todo el mundo, porque de no ser así, seguro que alguien habría llamado a la policía para informar de una agresión. Habría gritado como si la estuvieran asesinando.

Ronan se puso rígido y gritó el nombre de ella al correrse. Apoyó la cabeza, con el pelo húmedo de sudor, en el pecho de ella y emitió un suspiro entrecortado.

—Eres increíble.

Muriel pensó que la increíble no era ella, sino lo que ocurría entre ambos. Había empezado con una atracción que no habían sido capaces de vencer a pesar de su furia y desconfianza mutuas. Y cada vez que estaban juntos, esa atracción era más poderosa que la última vez. No moría, se hacía más intensa.

Seguramente Ronan también se había percatado de ello, porque cuando levantó la cabeza de la espalda de ella, Muriel vio sus ojos en el espejo y leyó miedo en ellos.

No supo si el miedo era de él o suyo, porque ella también lo sentía. Tenía miedo de enamorarse de un hombre que jamás se permitiría amar a nadie.

Se alegraba de que se hubieran visto allí en lugar de en su apartamento, porque ese día era ella la que quería huir, pero no estaba segura de poder escapar de sus sentimientos por él, sentimientos que la abrumaban.

Capítulo 14

Ronan miró la dirección que Muriel le había enviado en un mensaje al móvil. ¿No sería un error?

Quería que se vieran en una casa pequeña del Bronx. ¿Pero por qué?

La casa no era de ella. ¿Sería algún tugurio sadomasoquista? Daba la impresión de que ella quería atarlo a toda costa. Dudó antes de llamar al timbre, pero dentro de la modesta casa ladró un perro y seguramente eso alertó de su llegada, pues Muriel abrió la puerta y le sonrió.

—Has venido.

Ronan, que estaba dos escalones más abajo, quedaba justo a la altura del hermoso rostro de ella. Se acercó a besarla.

—No podía faltar. Te deseo demasiado.

Muriel se sonrojó y sus pupilas se dilataron y se tragaron el color verde como quería tragarse él su...

—¿Ha llegado tu amigo? —preguntó una voz masculina dentro de la casa.

Ronan se puso tenso.

—Muriel, hazle pasar —dijo una voz femenina.

Y Ronan se preguntó si sería verdad lo que habían contado Arte y sus amigos sobre las orgías.

—¿Dónde estoy? —preguntó. ¿Y por qué le había dicho que fuera a verla allí?

—En casa —musitó ella. Y su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Has comprado una casa? —preguntó Ronan. Con el dinero que tenía que estar ganando como la mujer más bella del mundo, seguro que podría permitirse una mucho mejor que aquella.

Muriel se echó a reír.

—No. Esta es la casa de mis abuelos. Mi hogar.

Eso explicaba la presencia de ella allí. Pero ¿por qué lo había invitado?

—¿Querías que viniera aquí? —preguntó. Quizá había entendido mal el mensaje, tal vez ella solo le hubiera dicho dónde estaba porque él le había preguntado si estaba en casa. Bajó un escalón—. Puedo irme.

—No —Muriel tiró de él para que volviera a subir—. Te he invitado yo. Quería que vinieras a la comida del domingo.

Ronan contuvo el aliento y cruzó el umbral con pánico. Y no era solo porque no le gustaran los perritos como el que había aparecido corriendo a saltar alrededor de sus pies. Era porque no le gustaban las familias.

Ninguna familia.

Había odiado la suya y nunca había visto otra de la que quisiera formar parte, ni siquiera las que parecían perfectas por fuera. Bajó la voz para preguntar:

—¿Por qué me has invitado a venir aquí?

Muriel lo miró dolida.

—Quería que los conocieras.

—Deberías haberme preguntado si yo quería conocerlos —dijo él.

—Eso no me importaba —respondió ella, con voz cortante—. Quería que vieras por qué estaba tan disgustada por lo del juicio. Quería que lo entendieras.

Y Ronan lo entendió de pronto. No estaba seguro de que ella lo hubiera perdonado. No lo estaba ni siquiera aunque hicieran el amor todos los días desde la noche del camerino. Habían pasado un par de semanas, lo cual era mucho tiempo para él. Más del que nunca había estado en exclusiva con otra mujer.

Aquel debía de ser el punto en una relación en el que la mujer presentaba el hombre a su familia, pero él no lo sabía porque nunca había tenido una relación. Y no parecía que la tuviera entonces tampoco.

Era obvio que Muriel no lo había perdonado todavía. Y no podía culparla.

—¿O sea que esto es una emboscada? —preguntó en voz baja, para que no la oyeran sus abuelos—. Seguro que me odian tanto como me odiabas tú.

¿O lo odiaría todavía?

—Les he explicado lo que hizo Arte, que te mintió también a ti.

Ronan asintió, pero no estaba convencido de que eso fuera excusa para lo que le había hecho, así que no esperaba que sus abuelos se mostraran indulgentes y amables. Pero no salió corriendo, que era lo que quería hacer.

Se merecía todo lo que quisieran decirle. Y quizá cuando Muriel viera que su familia no podía perdonarla, se diera cuenta de que no había ninguna posibilidad de que tuvieran un futuro juntos.

A Muriel le enervaba el silencio. Se prolongaba desde que Ronan y ella habían salido de la casa de sus abuelos. Durante la cena, la conversación había fluido con facilidad. Ronan se había mostrado encantador, su abuela había coqueteado un poco y su abuelo se había reído.

Muriel se había divertido y creía que Ronan también lo había pasado bien. Había comido, había bebido, había reído y había sonreído.

Pero no la había mirado en ningún momento.

¿Acaso estaba furioso?

Le había tendido una especie de emboscada, pero si le hubiera dicho que la dirección era la de la casa de sus abuelos, no se habría presentado. Por eso lo había engañado un poco.

—Lo siento —musitó—. Tendría que habértelo dicho —lo miró desde el asiento del acompañante.

—Tendrías que habérmelo preguntado —corrigió él. Pero no apartó la vista de la calzada y apretaba el volante con fuerza.

—Habrías dicho que no —contestó ella.

—Es verdad —replicó él. La miró, y en sus ojos había tristeza y pesadumbre—. No soy el tipo de hombre que las mujeres presentan a sus familias.

Muriel se sonrojó.

—Ya te he dicho que no te he invitado por eso. Quería que vieras por qué estaba tan disgustada contigo.

—Por cómo les había afectado a ellos lo que decían los medios de comunicación.

Muriel asintió.

—Tenían reporteros delante de la puerta haciéndoles preguntas horribles sobre mí, sobre mi vida y mi educación.

—¿Por qué te criaron ellos? —preguntó él—. Nunca me has dicho cómo terminaste con ellos.

Muriel pensó que les había caído del cielo, igual que le habían caído tantas otras cosas a ella. Suspiró.

—Mi madre era muy joven cuando se quedó embarazada de mí. Una adolescente que se enamoró de un chico más mayor. Él se metió a los Marines y ella me tuvo a mí. Pero él no volvió.

—Lo siento —dijo Ronan. Tendió el brazo y le tomó una mano.

Muriel soltó su mano. No necesitaba consuelo.

—No se murió —dijo—. Simplemente no volvió al Bronx. Y cuando mi madre se dio cuenta de que no iba a volver, quiso irse también. Quería ir a la universidad y mis abuelos le dijeron que ellos se ocuparían de mí.

—¿Pero ella tampoco volvió?

—No. Se mudó a la Costa Oeste. Envía cartas y postales y llama algunas veces, pero para mí, mis abuelos son mis padres. Las personas a las que más quiero y que más me quieren.

—¿Por qué querías que viera eso? —preguntó él—. ¿Para que me disculpara de nuevo? —se había disculpado repetidamente con los abuelos de ella—. Ya te dije que hice mal. ¿Qué más quieres de mí?

Su corazón. Muriel quería su corazón. Pero sabía que él no se lo iba a ofrecer libremente. No le iba a caer del cielo como todo lo demás en su vida. Tendría que esforzarse por ganárselo.

—Quería que vieras que no soy una persona horrible —le dijo—. No voy por ahí abofeteando a la gente y poniendo denuncias ni...

—¿Follando en ascensores? —preguntó él, cuando ella se interrumpió. Y entonces sí había humor en su voz.

—No —contestó ella—. Nunca he hecho ninguna de esas cosas, excepto contigo.

—Ya lo sé. Bueno, lo del ascensor no, pero lo demás sí.

Muriel pensaba que no había estado de más que sus abuelos hubieran insistido mucho en lo cariñosa y pragmática que era. Pero un hombre como Ronan no querría una mujer dulce y pragmática, querría a la mujer apasionada del ascensor.

Quizá hubiera sido un gran error que conociera a sus abuelos. Tal vez ya nunca más la miraría como antes... con lujuria desenfrenada.

Extendió el brazo y le pasó la mano por el muslo. Los músculos de él ondularon y se tensaron bajo su caricia, y algo largo y duro empujó la bragueta de los vaqueros.

—Muriel... —la voz de él contenía una advertencia, pero ella no hizo caso y siguió subiendo la mano por el muslo y después por la bragueta—. ¿Quieres

que nos estrellemos?

Ella no quería que se estrellaran, pero quería que él perdiera el control. Lo deseaba. No importaba la cantidad de veces que hicieran el amor, siempre quería más, más placer del que solo él podía darle.

—Eres un buen conductor —dijo.

Ronan soltó una risita.

—Es la primera vez que vas conmigo en un automóvil.

Sí. A pesar de la cantidad de tiempo que habían pasado juntos las dos últimas semanas, no habían hecho otra cosa que no fuera sexo. No habían salido a cenar, siempre habían pedido que les llevaran comida. No habían ido a un espectáculo ni a un concierto, su único entretenimiento habían sido ellos mismos.

Como Muriel se escondía de los reporteros que la acosaban, no había tenido ningún problema en mantener esa intimidad, pero la prensa ya no la molestaba tanto como antes.

Ya podían salir en público, pero en lugar de dirigirse hacia el centro, Ronan aparcó el vehículo en una pequeña zona boscosa. La carretera de dos carriles que había encontrado probablemente había llevado en otro tiempo a algún sitio, pero nadie la había recorrido últimamente, pues estaba cubierta por la maleza. Ronan no fue muy lejos, solo lo bastante para que no vieran el coche desde la calle. Después aparcó y apagó el motor.

Muriel sabía por qué había parado, sabía lo que quería. Ella quería lo mismo, así que apartó de su mente todo lo demás para concentrarse solo en la fuerte atracción que había entre los dos.

Ronan echó su asiento hacia atrás y la acercó hacia sí. La sentó en su regazo de modo que ella también mirara por el parabrisas. Empezaba a oscurecer en el bosque y el cristal reflejaba solo las imágenes de ellos, igual que había hecho el espejo del camerino.

Y al igual que en aquel espejo, se observaron mutuamente, pendientes de cualquier aleteo de placer y de cualquier suspiro de deseo. Muriel llevaba un vestido tan corto que ya se le había subido hasta la cintura. Ronan apartó las bragas y le introdujo los dedos. Subió la otra mano por el vestido de ella y alzó el sujetador sin hombreras para liberarle los pechos. Mientras jugaba con el pezón de uno de los pechos, deslizaba los dedos dentro y fuera de ella. Muriel empezó muy pronto a jadear, buscando aire, y las ventanillas se llenaron de niebla. Ya no podía verse ni podía ver a Ronan.

Solo pudo sentir cómo se bajaba la bragueta, se puso un preservativo y la penetró. La levantó para que ella pudiera bajar de nuevo encima de su pene. La llenaba totalmente.

La tensión dentro de ella subió en espiral y luego estalló en un orgasmo estremecido. Ronan se puso tenso y se retorció dentro de ella, perdiendo el control, hasta que se corrió también y gritó su nombre. Muriel, saciada, se dejó caer sobre el volante y sonó el claxon.

Ronan lanzó un juramento y la apartó.

—¡Maldita sea! Pueden vernos.

Un momento atrás, ella había perdido el control, pero en aquel momento perdió los estribos.

—¿Y eso sería tan malo? —preguntó—. ¿Tienes miedo de que te vean conmigo?

—¿Por qué dices eso?

Muriel se colocó la ropa y volvió al asiento del acompañante.

—Lo digo porque nunca me llevas a ninguna parte, nunca nos dejamos ver en público —dijo. Y cuando las palabras resonaron en el interior del coche empañado, se avergonzó porque reconoció que hablaba como una esposa quejosa.

—No estabas muy contenta con la publicidad que ya conseguiste por mi culpa —respondió él—. Por eso pensaba que no querías que te vieran conmigo.

Muriel se avergonzó de nuevo, porque el argumento de él era válido. La prensa acababa de empezar a frenar un poco. Si la veían en público con el abogado de divorcios de su ex, eso resucitaría el escándalo.

—Y de todos modos, no estamos saliendo —terminó él.

Y ella recibió aquello como un puñetazo en la cara.

—¿Y qué es lo que hacemos? —preguntó. Pero la pregunta era más para ella que para él.

Él sabía lo que hacía. Lo que hacía siempre... follar y nada más.

Muriel no era de echar polvos, ella se enamoraba. Y una vez más, había elegido al hombre equivocado para eso. Al menos Ronan no la había engañado, había sido sincero desde el principio, había insistido en que no era un hombre para toda la vida.

Para ser un hombre que sabía lo que hacía, no contestó enseguida. Solo abrió y cerró la boca, como si no pudiera encontrar las palabras.

—Lo siento —dijo ella.

—¿Lo sientes?

Muriel asintió.

—No tendría que haberte pedido que me llevaras a casa. Ahora no tienes escapatoria.

Ronan frunció el ceño, confuso.

—¿De qué hablas?

—De que siempre sales corriendo en cuanto terminamos de follar —explicó ella—. Ahora no puedes hacerlo, a menos que me eches del coche y me hagas volver andando a la ciudad.

—Yo no haría eso —repuso él. Pero puso el vehículo en marcha y salió rápidamente a la calle marcha atrás. Empezó a conducir tan deprisa que era obvio que estaba deseando escapar.

—No tendría que haberte obligado a conocer a mis abuelos —dijo ella—. Supongo que esperaba que vieras que tienen algo especial, que no todos los matrimonios son como el de tus padres.

—La mayoría lo son —insistió él—. ¿Cómo puedes olvidar que soy abogado de divorcios?

—No lo he olvidado —le aseguró ella—. Pero tú tienes que entender que solo ves los matrimonios malos, no los buenos.

Ronan resopló con desdén.

—Podría darte también estadísticas, pero no creía que fuera necesario. Tu matrimonio fue un engaño. ¿Cómo puedes pensar en volver a casarte? —se estremeció como si aborreciera esa idea.

—Yo tampoco pensaba que volvería a planteármelo —admitió ella—. Arte me hizo dudar de mi criterio, no solo a la hora de juzgar a los hombres, sino también a los amigos. Pero luego Bette se convirtió en una amiga muy leal —parpadeó para reprimir las lágrimas. Había aprendido que no importaba la cantidad de amigos que tuviera, lo que importaba era la calidad.

—Yo también he tenido suerte en eso —dijo él—. Tengo muy buenos amigos.

—Pues si podemos elegir buenos amigos, ¿por qué no vamos a poder elegir buenas parejas?

Ronan la miró un momento y volvió de nuevo la vista a la calzada.

—No quiero una pareja —dijo—. No tengo intención de casarme nunca. Por si pensabas que llevarme a conocer a tus abuelos haría que te propusiera

matrimonio.

Muriel soltó un bufido.

—¡Dios santo, no! No quiero casarme contigo. Ni siquiera hemos tenido una cita propiamente dicha —y eso era lo que quería de él. No una proposición de matrimonio, solo una cita. Una relación y la esperanza de que pudiera llevar a alguna parte algún día, cuando los dos estuvieran preparados.

Pero estaba claro que Ronan jamás estaría preparado. Al menos, no con ella.

Guardaron silencio durante el resto del camino. Y cuando se acercaron al apartamento, aparcó en doble fila al lado de un taxi. Era obvio que no tenía intención de acompañarla a la puerta. Muriel salió de un salto antes incluso de que él pusiera el freno de mano.

—No temas —le dijo—. No tengo intención de intentar atarte en ningún sentido.

—Muriel...

—De hecho, considérate liberado para siempre —terminó ella, antes de cerrar la puerta con fuerza.

Ronan salió por su puerta y la llamó por encima del techo del vehículo.

—¡Muriel!

La joven respiró hondo para prepararse antes de volverse hacia él.

Ronan tenía el ceño fruncido.

—No comprendo —dijo—. Creía que tú disfrutabas... —miró a su alrededor, a la calle llena de gente, como si temiera que pudieran oírlos.

Pero todo el mundo parecía demasiado absorto en su vida para ponerse a escucharlos a ellos. Y por una vez, no había reporteros por allí.

Muriel volvía a ser agua pasada. Y, desgraciadamente, lo que habían estado haciendo Ronan y ella, también.

—Ya no lo disfruto —dijo.

Le dolía. Cada vez que él salía corriendo, le dolía. Por eso, en esa ocasión fue ella la que dio media vuelta y salió corriendo.

Pero sabía que no importaba lo lejos ni lo rápido que huyera, pues el dolor la alcanzaría igual. Se había enamorado de otro hombre que jamás podría corresponderle.

Capítulo 15

—¿Seguro que ella quiere que esté aquí? —preguntó Ronan, de pie delante de la última silla vacía que había cerca de la pasarela. Probablemente era la única silla vacía en un lugar caótico y lleno de gente. Tenía suerte de que Simon se la hubiera guardado, pero no estaba seguro de que hubiera hecho bien.

—¿Quién? —preguntó su amigo—. ¿Muriel?

Su nombre golpeó a Ronan con la fuerza de un golpe. Lanzó un suspiro estremecido.

—No te preocupes —dijo Simon—. Muriel no tiene ni idea de que estás aquí.

Ronan estaba seguro de eso. De no ser así, probablemente no habría conseguido pasar por seguridad, ni siquiera con el pase que les había dado Simon a los demás socios. Trevor y Stone estaban sentados al otro lado del socio administrador.

—Me refería a Bette —dijo Ronan—. No es muy fan mía que digamos, y este es su desfile —el lanzamiento oficial de su línea de lencería. Había trabajado muy duro para llegar allí y él no quería estropeárselo.

—Quizá si tú te haces fan suya, ella se convierta en fan tuya —sugirió Simon.

Ronan se instaló en la silla a su lado.

—Ya soy fan suyo —dijo—. Soy un grandísimo fan de su trabajo.

Simon soltó una risita.

—O sea que ya has visto sus diseños —asintió—. ¡Ah, claro!, cuando seducías a Muriel.

Ronan no estaba seguro de haberla seducido nunca. Pero no había ninguna duda de que ella lo había seducido a él. Hasta tal punto de que no podía dejar

de desearla.

Habían pasado casi dos semanas desde que ella le había plantado delante de la puerta de su casa. ¿Le había plantado? Nunca habían sido pareja para que ella pudiera plantarlo. Como ella misma había dicho, nunca habían tenido ni siquiera una cita. Debería haberla invitado a salir en lugar de asumir que no querría ser vista con él.

Porque así se había hecho una idea equivocada sobre él, había creído que se avergonzaba de ella o algo por el estilo.

Pero esa no había sido la única idea equivocada. También había empezado a pensar que él podía querer algo más que sexo. Y eso era una locura.

Se había divertido en todo momento. Y había disfrutado mucho la comida con sus abuelos. Eran tan encantadores, divertidos y sinceros como ella.

Trevor chasqueó los dedos delante de su cara.

—¿Qué te pasa? —preguntó, con el cuerpo inclinado por delante de Simon.

—Se ha quedado en babia pensando en Muriel —contestó este, como si lo entendiera perfectamente.

Stone emitió un ruidito de desdén.

—Que tú hagas eso pensando en Bette no significa que Ronan se haya enamorado también.

Trevor rio.

—Ronan enamorado... No llegará ese día.

—¿Por qué? —preguntó Ronan, y hasta a él le sorprendió que hablaba a la defensiva—. ¿Por qué no llegará ese día?

Stone se levantó y lo miró fijamente, con sus ojos grises llenos de preocupación.

—¿Estás bien?

No. No estaba bien desde el día en que Muriel había salido de su coche y le había dicho que lo dejaba libre.

—Tú eres el que siempre dice que el amor es una farsa —le recordó Trevor—. Así que, por supuesto, no te enamorarás nunca.

—Yo también decía eso —declaró Simon—. Y ahora sé la verdad.

Ronan también. La verdad era que Muriel era una buena persona. No era mentirosa ni infiel. No era su madre. Y él había sido un idiota al pensar que lo era.

—El amor es real, chicos —dijo Simon.

Stone y Trevor se echaron a reír, pero Ronan no. Porque, por primera vez,

se daba cuenta de que era verdad.

Simon amaba a Bette y ella a él. Tal vez no duraran, quizá se quemaran como tantas otras parejas, excepto los abuelos de Muriel. Ellos seguían coqueteando el uno con el otro, intercambiando miradas apasionadas y tocándose, y eran viejos. Llevaban muchos años juntos, pero seguían viéndose el uno al otro. Era posible amar a alguien y era posible que ese amor durara.

No sabía si le duraría a él. Pero quizá se debiera a sí mismo, y le debiera a Muriel, intentarlo al menos. Pero sabía que necesitaría algo más que flores y una invitación a cenar para conseguir que ella le diera otra oportunidad. Necesitaría un gran gesto, un gesto que resultara humillante si ella lo rechazaba de plano.

Si había empezado a salir con otro.

Abrió la boca para preguntarle a Simon si Muriel salía con alguien, pero antes de que pudiera hacerlo, bajaron las luces y paró la música de fondo. Se abrió el telón y apareció una mujer de pie detrás de un podio. Bette llevaba uno de sus diseños, una bata de seda con lazos, y Ronan entendió por primera vez por qué su socio estaba loco por su exasistente.

Era espectacular. Pero no era la mujer más bella del mundo.

Bette estaba hablando, pero él no oía lo que decía. No oía nada que no fuera el pulso latándole con fuerza en los oídos y la sangre corriendo veloz por sus venas. Porque Muriel había salido al escenario.

Estaba guapísima con un body rosa suave con lazos en vez de tirantes. Hasta las zapatillas con las que recorrió la pasarela llevaban lazos. Ronan quería que lo viera, pero cada vez que ella apartaba la vista del escenario, había tantos flashes, que seguramente la cegarían.

¿Todos los desfiles de moda recibían tanta atención o los periodistas estaban allí por Muriel?

Ronan no podía culparlos. Él también estaba allí por ella. Había dicho que lo hacía por apoyar a Bette, pero lo cierto era que había querido ver de nuevo a Muriel.

Y nunca le bastaba con verla.

Quería besarla, tocarla y saborearla. Y sobre todo, quería abrazarla toda la noche. No salir corriendo.

Tenía que convencerla de que le diera otra oportunidad. Y mientras los flashes seguían brillando a su alrededor, supo lo que iba a hacer. Sí, sería una humillación si fracasaba, pero otra oportunidad con Muriel bien valía que

corriera ese riesgo.

Muriel veía puntitos delante de los ojos. Tenía suerte de no haberse caído en la pasarela. Las luces de los flashes casi la habían dejado ciega. No podía ver bien, pero sí había podido sentir... la presencia de él.

Ronan había asistido al desfile.

Bette la había consultado antes de darle entradas a Simon para sus socios y Muriel se había mostrado de acuerdo, pero solo porque no había creído que asistiría Ronan.

¿Había ido solo o había ido con una cita, con alguna mujer con la que quería ser visto?

Por supuesto, él le había explicado por qué nunca habían salido juntos. Pero la prensa había terminado por dejarla en paz y podrían haber salido en público. Claro que, entre ellos solo había habido sexo, y hacer eso en público, en un lugar más público que el ascensor, el camerino y el coche, habría servido para que los detuvieran.

Muriel salió del camerino, donde había cambiado la lencería de Lazos Hechiceros de Bette por un vestido negro corto y botas. Le había prometido a Bette que asistiría a la fiesta después del desfile, pero si Ronan estaba allí...

Las bombillas de los flashes brillaron de nuevo en su cara y se encogió. Ronan era la última de sus preocupaciones en ese momento. Además de las cámaras, había micrófonos, todos dirigidos a su rostro. ¿Cómo habían entrado entre bastidores?

—¿Qué tiene que decir sobre las últimas noticias? —preguntó una voz.

Muriel no sabía a qué se referían, pero se concentró en lo que debería ser el interés de todos en ese momento.

—Bette es maravillosa —dijo—. Sus diseños son fantásticos. Y es a ella a la que deberían entrevistar —a su amiga, no a ella. Ella había tenido ya prensa suficiente para durarle toda la vida.

—¿O sea que no tiene nada que decir sobre la entrevista que ha dado su ex? —preguntó una reportera.

Muriel tragó saliva. ¿Qué demonios habría hecho Arte? Aquel hombre era patético, una verdadera prostituta de la fama.

—No he visto su entrevista —dijo—. Y no me interesa lo que diga.

—¿O sea que tiene razón, nada de lo que diga conseguirá que le dé otra

oportunidad?

—¡Dios santo, no! —Muriel se estremeció solo de pensarlo. ¿A qué jugaba Arte?

¿Creía que una declaración de amor eterno por ella salvaría su musical?

Lo último que quería Muriel era alimentar su necesidad de fama. Movi6 la cabeza.

—Pierden el tiempo. Y 6l tambi6n. Por favor, conc6ntrense en la historia que importa, la de los hermosos dise1os de Bette.

Los reporteros aceptaron su consejo. Bajaron los micr6fonos y apartaron las c6maras. La reportera que hab6a hecho las preguntas movi6 la cabeza.

—Eres m6s fuerte que yo —murmur6—. Yo jam6s le dir6a que no a Ronan Hall.

Muriel la agarr6 del brazo para impedir que se alejara. Esper6 a que los dem6s salieran antes de preguntar:

—¿Qu6? ¿Qu6 has dicho de Ronan?

—Es 6l el que ha hablado de ti —contest6 la mujer.

-¿6l es el ex del que hablabais?

La reportera asinti6 y se ech6 a re6r.

—¿Cre6as que hablaba de tu exmarido?

—S6.

—¡Demonios, no! Hablaba de su guap6simo abogado. Ninguno sab6amos que sal6ais hasta que ha dado la entrevista en el desfile.

Muriel tampoco sab6a que sal6an juntos.

—¿6l ha dicho eso? —pregunt6.

—Puedo mostrarte la entrevista —se ofreci6 la mujer.

Sac6 una tableta del bolso y toc6 la pantalla. Apareci6 un v6deo en el que ella, la reportera, hablaba en c6mara con Ronan.

—Ha rechazado todas las entrevistas relacionadas con haber sido el abogado de Arte Armand en su juicio de divorcio de Muriel Sanz. ¿Por qu6 ha accedido a hablar ahora?

—Porque tengo que disculparme p6blicamente con Muriel —contest6 6l—. No sab6a que su ex hab6a influido en los testigos para que cometieran perjurio.

—Sin embargo, alguien le denunci6 al Colegio de Abogados por haberlos sobornado para cometer perjurio —dijo la reportera en la tableta.

Muriel mir6 a la joven que ten6a delante. No era una reportera sensacionalista m6s, hac6a bien su trabajo.

—Esa persona estaba mal informada —repuso Ronan—. Y más tarde retiró la denuncia.

—¿Esa persona era Muriel Sanz? —preguntó la reportera.

Ronan sonrió.

—Quiero hablar más de Muriel —dijo—. Quiero decir lo hermosa, lo sincera y lo trabajadora que es.

—Habla como un hombre enamorado —señaló la reportera, quien, en aquel momento, estaba más concentrada en la cara de Muriel que en la pantalla de la tableta.

Muriel sabía que la observaba, pero tenía la mirada clavada en la pequeña pantalla, en el rostro injustamente atractivo de Ronan. Buscaba miedo, pánico, pero en el rostro de él solo vio otra sonrisa.

—Supongo que lo estoy —murmuró.

—¿Enamorado de Muriel Sanz?

—Me estaba enamorando de ella.

—¿Ha salido con ella?

No habían salido, pero él asintió como si lo hubieran hecho.

—Pero lo estropecé todo —dijo.

La reportera rio en la cámara y, de pie al lado de Muriel, se sonrojó de vergüenza.

—Eso me cuesta mucho creerlo, señor Hall.

—Es verdad —musitó él, con voz arrepentida.

¿O no sería que era eso lo que Muriel quería oír? ¿Quería que él se arrepintiera de haber huido otra vez?

En realidad, era ella la que había huido la última vez, pero él no la había detenido entonces. ¿Y qué demonios se proponía ahora?

—Metí la pata hasta el fondo —dijo él—. No creo que haya nada que pueda hacer para convencerla de que me dé otra oportunidad.

En la tableta, la reportera le ponía una mano en el brazo.

—Estoy segura de que se le ocurrirá algo —le acariciaba el brazo con los dedos—. O encontrará a otra persona.

Muriel la miró en la vida real, de pie a su lado. Y no tuvo dudas de que ya sabía lo que eran los celos. Porque quería arrancarle los ojos a aquella mujer.

—¡Eh!, no me ha hecho ningún caso —le aseguró la reportera—. Jamás podría competir con la mujer más bella del mundo.

—No hay ninguna competencia —le contestó Muriel. Porque, a pesar de lo

que dijera él en aquella entrevista, ya no había nada entre Ronan y ella. Nunca había habido nada real entre ellos.

Solo sexo.

Lo echaba mucho de menos. Echaba de menos el modo en que la besaba y la acariciaba.

Y también lo echaba de menos a él. Sus comentarios de listillo, su terquedad y hasta su miedo.

Captó una muestra de ese miedo hacia el final de la entrevista, cuando él decía que creía que no había nada que pudiera hacer para convencerla de que le diera otra oportunidad.

Pero si de verdad quería esa oportunidad, ¿por qué no se la había pedido?

¿Por qué se había mantenido alejado el último par de semanas?

¿No la había echado de menos tanto como ella a él?

—Yo no compito por Ronan Hall —dijo a la reportera.

—¿Quieres decir que puedo quedármelo? —preguntó esta, esperanzada.

Muriel no creía que nadie pudiera tener a Ronan por mucho tiempo, y desde luego, no para siempre. Ella no arriesgaría su corazón otra vez.

Capítulo 16

Por primera vez en su vida, Ronan sabía lo que era fracasar a lo grande. Cuando apagó la televisión de pantalla plana que estaba montada sobre su chimenea de mármol blanco, le temblaba la mano. Se volvió hacia las ventanas que daban a Central Park. Había visto ya suficiente.

Los reporteros habían atrapado a Muriel en la puerta del camerino del desfile de moda. Y como la habían pillado por sorpresa, había sido sincera.

No le daría otra oportunidad.

¡Dios santo, no!

Esa había sido su respuesta. Ronan se sentía enfermo y vacío por dentro, más todavía de lo que se había sentido la noche en que la había dejado cerca de su casa. ¡La echaba tanto de menos!

Al parecer, tendría que acostumbrarse. Ella no le daría otra oportunidad.

Llamaron al timbre y el sonido reverberó en los altos techos artesonados de su apartamento. Ronan dudó antes de dirigirse a la puerta. Probablemente sería uno de sus socios. O quizá todos. Excepto Simon.

Este estaría celebrando con Bette. El desfile de moda había sido un gran éxito. Aunque, por supuesto, sus diseños por fuerza tenían que resultar increíbles cuando los lucía la mujer más bella del mundo.

El timbre volvió a sonar, más tiempo y con más fuerza, como si alguien lo apretara con rabia. Ronan, irritado, fue a abrir la puerta.

—¿Qué demonios...?

Pero no eran Trevor ni Stone los que estaban en la puerta de su ático.

—Muriel —murmuró, sorprendido de verla. ¿Cómo lo había encontrado? Nunca la había llevado a su casa. Debería haberlo hecho, pero...

Pero entonces le habría resultado todavía más difícil dormir en su cama si ella hubiera estado allí con él. Aunque, en ese caso, tampoco habría dormido.

No podía hacer otra cosa que pensar en ella, en la sensación de su cuerpo, en su sabor...

—Muriel —murmuró.

Tendió los brazos hacia ella, pero antes de que pudiera estrecharla en ellos, ella le puso las manos en el pecho y lo empujó igual que había hecho una noche al echarlo de su apartamento, solo que en aquel momento entraba ella en el de él y, cuando cruzó el umbral, cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué demonios te propones ahora? —quiso saber.

—¿Proponerme? —preguntó él—. ¿Por qué dices eso?

—La entrevistas que has dado. ¿Lo has hecho para calmar tu conciencia?

—Una vez me dijiste que no tengo conciencia —le recordó él.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó ella. Y sus hermosos ojos verdes lo miraban con recelo—. ¿Por qué demonios das una entrevista y vuelves a abrirlo todo?

Ronan se encogió al darse cuenta de que había sido muy mala idea.

—Todo el mundo te envía flores —dijo—. Tu casa parece una funeraria.

Muriel lo miró de hito en hito, pero no discutió lo de las flores. De hecho, en sus ojos apareció una chispa.

—Si querías enviarme algo, también hay bombones o vino.

Ronan se dio una palmada en la frente.

—Bombones o vino. No se me había ocurrido.

—En vez de eso, has ido directamente a una entrevista con la prensa —comentó ella—. Y todavía no sé por qué.

En aquel momento, él tampoco lo sabía.

Le había parecido que Muriel se había ofendido porque no había hecho pública su relación. Pues bien, ya era imposible hacerla más pública. Solo que, obviamente, era demasiado tarde. No tenían una relación y lo único que había hecho público era su humillación cuando ella había dejado claro que no le daría otra oportunidad.

Suspiró con cansancio.

—No ha sido inteligente —admitió—, pero lo he hecho por lo que les he dicho a los reporteros, porque me he enamorado de ti.

Muriel cerró los ojos como si ni siquiera pudiera mirarlo.

—Me gustaría que me lo hubieras dicho antes a mí —musitó.

Ronan se puso tenso. ¿Ella hablaba así porque no correspondía a sus sentimientos?

—¿O sea que me he puesto en ridículo? —preguntó, no porque le importara su orgullo. En realidad, no le importaba nada excepto ella.

Muriel negó con la cabeza. Su cabello ondulado le caía en cascadas sobre los hombros.

—No, solo me gustaría que me lo hubieras dicho.

¡Oh, no! Ella había pasado página y probablemente ya estaría saliendo con otro. Y saliendo con él de verdad, yendo juntos a cenar, al cine, a espectáculos y galerías de arte...

—¿O sea que es demasiado tarde? —preguntó—. Ya sales con alguien que...

—¡No! —exclamó ella, abriendo los ojos—. No salgo con nadie.

—Pero no quieres volver a verme.

Muriel arrugó la frente, confusa.

—No he dicho eso.

—Sí lo has dicho —Ronan señaló la pantalla apagada de la televisión—. Cuando te han preguntado si me darías otra oportunidad, has contestado: «¡Dios santo, no!».

—Creía que el ex del que hablaban era Arte —explicó ella.

La tensión cedió un poco en el pecho de Ronan y suspiró aliviado.

—Sí, eso tiene sentido.

—Ni siquiera sabía que tú fueras mi ex —dijo ella—. Nunca hemos salido juntos.

—Éramos amantes —contestó él. En más de un sentido, puesto que se había enamorado de ella. Por supuesto, en su momento no se había dado cuenta porque nunca antes había estado enamorado.

A ella le brillaron los ojos como si recordara todas esas veces que habían estado juntos.

Y Ronan entonces sintió esperanza.

—Sé que no le darás otra oportunidad a Arte, pero ¿y a mí? ¿Me darás otra oportunidad o lo he estropeado todo?

Muriel entornó los ojos y observó su rostro.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Salir conmigo, no follar?

Ronan soltó una risita.

—Mentiría si no dijera que las dos cosas.

Muriel también rio.

Pero no había contestado a la pregunta de Ronan ni hecho ningún comentario

sobre sus sentimientos.

—¿Qué quieres tú, Muriel? —preguntó él. Y esa vez, cuando avanzó hacia ella, no lo apartó. Le dejó abrazarla por los hombros.

Volvió a poner las manos en el pecho de él, pero no lo empujó, sino que las subió y le echó los brazos al cuello. A continuación le bajó la cabeza y lo besó en los labios.

El beso lo dejó sin aliento. Era gentil y amoroso y logró que el corazón de Ronan se llenara de esperanza. ¿Acaso ella correspondía a su amor?

—¿Qué deseas tú, Muriel? —preguntó de nuevo.

—A ti —contestó ella—. Te deseo a ti.

No era una declaración de amor, pero debería haberle bastado. A Ronan siempre le había bastado. Pero antes nunca había estado en juego su corazón.

No quería acabar como su padre, enamorado de una mujer que no lo amaba y posiblemente no podría corresponderle. Pero entonces se recordó que Muriel no era su madre.

Era directa y honesta. Y tenía un corazón muy grande. Lo había visto cuando había defendido y apoyado a su amiga y también en la relación que tenía con los abuelos que la habían criado.

Por eso se había enamorado de ella. Por eso y por lo increíble que era el sexo entre ellos. Tal vez pudiera hacer que se enamorara de él, esmerándose mucho en el sexo. La tomó en brazos y avanzó hacia el dormitorio.

Muriel le rodeó los hombros con el brazo, se acurrucó contra su cuello y le dio besitos en la piel. Ronan se estremeció, embargado por la pasión.

Cuando entró en el dormitorio, la depositó en la cama y se apartó. Ella le tendió los brazos, pero él se apartó y se acercó al armario.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con voz espesa por la pasión.

Ronan sacó cuatro corbatas y se las mostró.

—Te dejo que me ates —dijo.

La joven abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Así sabrás que no saldré corriendo después.

—Te dije que no volvería a intentar atarte —le recordó ella.

—Quiero que me ates —contestó él—. En todos los sentidos —se quitó la ropa y ató el extremo de cada corbata a uno de los cuatro postes de su cama. Luego se tumbó sobre el lecho—. Átame.

Muriel se inclinó sobre él. Su hermoso rostro resultaba todavía más bello por la gran sonrisa que entreabría sus labios.

—Te amo —dijo.

Las palabras lo golpearon con fuerza e hicieron que se empalmara. Su polla endurecida se extendía hacia ella. Ronan quería entrar en ella, quería estar tan cerca que no fuera posible saber dónde terminaba uno y empezaba la otra. Pero antes de que pudiera abrazarla, Muriel le colocó una corbata alrededor de la muñeca y después hizo lo mismo con la otra y los tobillos.

Él le había prometido eso, cederle el control. Pero aquello lo estaba matando. Y un instante después, era ella la que lo mataba con sus besos y caricias.

Muriel tocó con los labios y con las yemas de los dedos cada centímetro de la piel de él, lo tocó en lugares que él no sabía que fueran sensibles. Como la rodilla y la cadera, por ejemplo.

Ronan quería moverse, pero no combatió las ligaduras. No luchó con los sentimientos.

Y cuando ella cerró los labios en torno a su polla y succionó profundamente, estuvo a punto de correrse. Pero ella jugó con él pasando la lengua por el contorno y mordisqueando un poco el glande.

Él lanzó un gemido.

—Muriel, te deseo. Quiero estar dentro de ti.

Ella se apartó y lo miró fijamente. Y por un momento, él se preguntó si aquello sería su venganza. Si lo dejaría atado y loco de pasión y se iría. Pero había dicho que lo amaba, ¿no?

Muriel vio el miedo en los ojos oscuros de Ronan y supo que se había colocado con ella en una posición más vulnerable de lo que había estado nunca con nadie.

Su hermoso cuerpo estaba desnudo y atado a la cama. Su polla vibraba con la necesidad de librarse de la tensión que ella había hecho acumularse en su interior.

Lo más vulnerable era su corazón, porque, por primera vez, Muriel podía verlo. Lo veía en sus ojos cuando la miraba. No hacía falta que dijera las palabras que había dicho ella. Sabía que la amaba.

—Te amo —repitió ella.

Y el cuerpo de él se relajó ligeramente y el miedo abandonó sus ojos, que brillaban con ese amor que ella había visto ya.

—Te amo —dijo él.

Muriel sabía, sin que se lo dijera, que era la primera vez que había dicho esas palabras a una mujer. Y se alegraba muchísimo de ser esa mujer.

Su mujer.

Se quitó el vestido y lo dejó caer al suelo, encima de la ropa de él. Llevaba la última lencería que había mostrado en el desfile. La seda y el encaje eran morados y negros y muy sensuales, con lazos sujetándolos en la espalda. Se dio la vuelta para que él viera los lazos cuando tiraba de ellos para abrirlos.

La lencería cayó al suelo y quedó tan desnuda como él.

Ronan se debatió contra las ligaduras.

—Quiero tocarte —dijo con voz rasposa—. Tengo que tocarte.

Y ella necesitaba sus caricias, así que lo desató.

Pero cuando estuvo libre, él no tendió de inmediato los brazos hacia ella, sino que observó su rostro.

—¿No tienes miedo de que salga corriendo?

Muriel negó con la cabeza.

—Ya no.

Él adelantó el cuerpo hacia ella y la besó en los labios.

—No voy a ninguna parte.

—Estás en tu casa —le recordó ella.

Ronan rio y apoyó la frente en la de ella.

—Te amo.

Muriel se sentía embargada de amor y de deseo. La intensidad de ambos la dejaba atónita.

—Te odié por lo que me hiciste en los tribunales y en los medios de comunicación —dijo.

—Lo siento —el arrepentimiento le oscureció los ojos. Bajó la cabeza como si fuera incapaz de mirarla—. Me odio por lo que hice.

La joven deslizó los dedos por la mandíbula dura de él y le echó la cara hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Todo eso ya es pasado —le aseguró—. Ahora te quiero mucho más de lo que nunca te he odiado.

Ronan respiró aliviado.

—Eso está bien. Me preocupaba que no pudieras perdonarme nunca.

Muriel le echó los brazos al cuello y apretó su cuerpo desnudo contra él. Sintió su polla moverse entre ellos, palpitando de deseo. Y el clítoris de ella empezó a vibrar. Nunca había deseado tanto a nadie, ni siquiera al propio Ronan.

El amor lo cambiaba todo, hacía cada caricia y cada beso más intensos. Él la besó profundamente y a ella casi se le curvaron los dedos de los pies por la pasión que recorría su cuerpo.

Ronan bajó las manos por la espalda desnuda de ella y cuando llegó a las caderas, la levantó. Muriel lo abrazó por la cintura con las piernas y frotó el clítoris en el pene de él. Un gemido salió de sus labios. Casi llegó al orgasmo solo con ese contacto. Y no podía dejar de moverse, de frotar las caderas contra él.

—Muriel —dijo él con un gemido—. Vas a hacer que me...

—¡Venga! —gritó ella. Se estremeció y empezó a correrse. Pero no era bastante. Quería más. Lo quería muy dentro de ella.

Y seguramente él quería lo mismo, puesto que, a pesar de que le temblaba la mano, se colocó rápidamente un preservativo. Después la tumbó boca arriba, le separó las piernas y la penetró.

Muriel lo abrazó con fuerza y le bajó las uñas por la espalda. Los músculos de él ondeaban bajo sus dedos. Le agarró el trasero. ¡Era tan firme, tan duro, tan condenadamente sexy!

—Es cierto que podrías ser modelo —murmuró contra sus labios.

Ronan la besó profundamente. Ella abrió los labios en un respingo de placer y él le introdujo la lengua en la boca. Su polla también entraba y salía de ella. Muriel arqueó las caderas para recibirlo más y más adentro.

Él rodó sobre la cama, llevándola consigo, hasta quedar de espaldas con ella encima. Ella gimió cuando la polla de él se hundió todavía más adentro. Estaba tan cerca del clímax que la tensión que había en su interior resultaba casi insoportable. Ronan le agarró las caderas y la alzó, al tiempo que arqueaba las suyas en el colchón. Encontraron el ritmo que era solo suyo, como una emisora de radio que solo pudieran oír ellos dos.

Y la tensión explotó cuando el orgasmo la invadió. Sus músculos interiores convulsionaron y su cuerpo se estremeció. Gritó y el orgasmo se prolongó y se prolongó.

Ronan le apretó las caderas y su cuerpo se tensó debajo de ella. Gritó su nombre al terminar. Muriel se quitó de encima y se dejó caer en la cama a su

lado. Pero, como siempre, él se movió con rapidez y la dejó sola sobre las sábanas de seda revueltas.

Quizá no hubiera hecho bien en desatarlo. Pero él volvió en cuestión de segundos y la abrazó.

Muriel apoyó la cabeza en su pecho y oyó claramente que el corazón de él latía con frenesí.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ronan la estrechó contra sí.

—Tengo miedo —admitió.

Muriel había creído que él se había colocado en una posición muy vulnerable al declararle su amor y dejarse atar, pero aquello era todavía más importante.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó.

—Nunca he sentido esto —respondió él—. Es abrumador.

Ella apretó los labios en el pecho de él.

—Lo sé. Pero yo nunca te haré daño.

Los latidos del corazón de él se fueron tranquilizando. Y cuando le acarició la espalda con ternura, no le temblaba la mano.

—Confío en ti —dijo—. Espero no estropear esto. No quiero que te vayas.

—No iré a ninguna parte —le aseguró ella.

Ronan debió de creerla, porque acabó por dormirse. Y Muriel también se adormiló.

Pero cuando despertó un rato después, la embargó el pánico. Ronan se había ido.

No, no se había ido. Ella sintió sus labios en el tobillo. Luego la seda reemplazó su boca cuando le ató una corbata alrededor. El otro extremo estaba ya atado a un poste de la cama.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Atarte —dijo él.

—¿Ahora tienes miedo de que huya yo?

—En absoluto —dijo él—. Ya no tengo miedo de nada.

—¿Y por qué lo haces?

—Para mostrarte cuánto te quiero.

Se lo mostró una y otra vez besando y acariciando cada centímetro de su cuerpo. La tocó en todas partes con los labios, en el interior de los codos, en la curva de la cadera, en la parte trasera de la rodilla...

Luego hundió la lengua en su ombligo antes de seguir bajando por su cuerpo. Le besó el pubis al tiempo que frotaba uno de sus pezones entre el pulgar y el índice y después le hizo el amor con la lengua, al tiempo que rozaba el clítoris con los labios.

Muriel tiraba de las ligaduras porque quería tocarlo, quería subirlo por su cuerpo para que pudiera deslizarse en su interior.

Cuando llegó al orgasmo, arqueó el cuerpo. Pero él no había terminado. Siguió haciéndole el amor con la boca, hasta que ella se corrió una y otra vez.

Las sábanas no estaban solo revueltas, sino también húmedas debajo de ella. Cuando Ronan la desató por fin, ella se lanzó sobre él e hicieron el amor con frenesí, con la polla de él deslizándose muy adentro en la humedad de ella.

Muriel se estremeció cuando llegó de nuevo al clímax. Casi sollozó su nombre.

—Ronan...

Él se puso rígido, su cuerpo se tensó antes de la última embestida. Gritó el nombre de ella y se dejó caer en el colchón a su lado. Su piel estaba tan resbaladiza como la de ella.

—Se equivocaron con ese título —murmuró.

—¿Qué título?

—La mujer más bella del mundo.

Muriel no se ofendió. Se apartó de la cara el pelo empapado en sudor y asintió de corazón.

—Yo también he pensado siempre que se habían equivocado.

—Tu título debería ser... —él hizo una pausa dramática antes de continuar—. La mejor amante del mundo.

Ella sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

—Ese título es tuyo —dijo—. Todo tuyo.

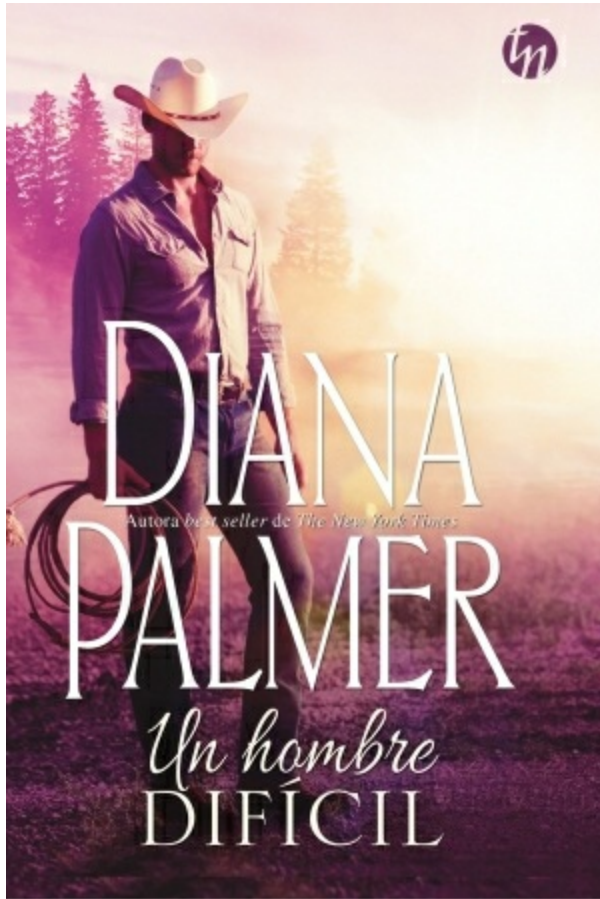
—Nuestro —corrigió él—. Juntos somos increíbles.

Pero ya eran más que amantes. Estaban enamorados. Y aunque su amante fuera demasiado cínico para creer que aquello duraría, ella no tenía dudas. Ya habían sobrevivido a lo peor. Por delante solo había placer.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



SIN
COMPROMISO
CARA LOCKWOOD

Sin compromiso

Lockwood, Cara

9788413075167

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Emma Allaire no tenía aventuras de una noche. Hasta que conoció al señor X, un hombre increíblemente atractivo, a través de una aplicación anónima de contactos y sus fantasías más sexys se hicieron realidad. ¿Quién era ese hombre enigmático que la esperaba en la cama de su habitación de hotel? Un amante misterioso, el hombre de sus sueños o un embustero... ¿salvaría su corazón o se lo rompería para siempre?

[Cómpralo y empieza a leer](#)